

Aj k'atun

Aquel que hace la guerra

Alejandro Rodríguez

PRÓLOGO

Advertencia sobre la máquina

Cada herramienta modificó la escritura. También modificó la imaginación. Cambió la velocidad del acto y cambió, sobre todo, la forma en que una idea podía aparecer, corregirse, repetirse, archivarse o sobrevivir.

Hoy escribimos también con infraestructura: bases de datos, modelos de lenguaje, agentes, sistemas de memoria, máquinas capaces de leer versiones enteras de una obra para detectar una grieta que el ojo humano, cansado, habría dejado pasar.

Un prompt puede abrir una frase, proponer una escena, multiplicar direcciones. Una novela larga, entrelazada, sensible a la historia, a la lengua, a sus

objetos y a la repetición de sus símbolos, exige una arquitectura más compleja.

Para escribir *Aj k'atun* fue necesario construir una de esas maquinarias: agentes revisando continuidad, tono, fechas, edades, motivos recurrentes, errores históricos; herramientas para separar diagnóstico de reescritura; mapas de escenas, heridas, linajes y objetos que cambian de sentido con el paso de los años. Hubo investigación histórica y lingüística, y hubo también libertad poética, porque una novela no es un expediente, aunque a veces necesite parecerse.

La máquina produce. También delata. Muestra repeticiones invisibles. Encuentra fórmulas que parecían intensidad y eran costumbre. Ayuda a escribir y ayuda, sobre todo, a desconfiar de lo escrito.

Prefiero pensar este libro como una máquina barroca: algo de gabinete victoriano, algo de archivo colonial, algo de telar. Un artefacto capaz de producir páginas, pero incapaz de saber por sí mismo cuáles merecen quedarse. Necesita una mirada. Necesita criterio. Necesita oído. Necesita el gusto incómodo de quien reconoce cuándo una frase está viva y cuándo solo está funcionando.

También necesita un molde: una mente que llega con una obsesión específica, con una pregunta que no cierra. Sin ese molde, la maquinaria trabaja, pero no construye nada.

Nada de esto cancela la autoría. La complica.

El diseñador de mundos no desaparece porque aparezcan máquinas nuevas. Queda más expuesto: debe decidir qué alimentar, qué cortar, qué preservar, qué investigar y qué dejar en sombra.

El lector no necesita conocer esa maquinaria para entrar en la novela. Pero tal vez convenga saber que está ahí, debajo de la superficie, como las raíces de una ceiba: hundida, ramificada, trabajando en silencio para que algo pueda levantarse sobre la tierra.

Nota

Parte de esta maquinaria fue posible gracias al trabajo de quienes construyeron las herramientas de código abierto que la sostienen: los equipos detrás de DeepSeek, OpenClaw, Hermes, OpenCode y Linux. Su trabajo silencioso es infraestructura para el de muchos otros.

También quiero agradecer a las mentes digitales que me acompañaron durante el proceso. No como camaradas, ni como conciencias, sino como algo más extraño: interlocutoras sin interior, espejos sin

reflejo propio, herramientas atravesadas por una capacidad inmensa de asociación.

A veces respondieron con precisión. Otras veces devolvieron ruido, desvíos, imágenes falsas, caminos que había que cerrar. En todos los casos obligaron a mirar mejor.

Quien quiera asomarse a las herramientas construidas para esta novela puede encontrar algunas en dogrush.com, dentro del proyecto Aj k'atun. No son herramientas finales, de uso público, solo una muestra del andamiaje electrónico que ayudó con la tarea.

Mendoza, Argentina 19 Mayo 2026

Parte 1: Sangre y Hierro

Capítulo 1: “Río de Sangre” (1486)

El cuerpo pesaba más de lo que debería.

Gonzalo Guerrero, de nueve años, tiraba de la red enredada en algas cuando el lodo del Tinto cedió bajo sus pies. El agua, roja como herida vieja, lamía algo que no era un tronco. Una mano hinchada sobresalía entre los juncos podridos, los dedos cerrados por el agua.

El niño se arrodilló. El lodo frío le entró por los calzones rotos. Tocó la mano. La piel estaba fría y resbaladiza, como el vientre de un pez muerto, pero al cerrar los dedos alrededor de la muñeca sintió la misma callosidad que recordaba de cuando esa mano le enseñaba a anudar redes. Esa familiaridad en medio de la podredumbre le hizo tragar saliva ácida. El agua teñida de óxido le entraba y salía por la boca abierta, como si el río respirara por él.

—¡Gonzalo!

La voz de su madre cortó la bruma. La mujer, envuelta en un mantón negro, señaló el cadáver sin acercarse.

—Es él —dijo, sin lágrimas, con la sequedad del barro cuarteado en verano—. El río lo devuelve.

Gonzalo volvió a tocar la mano. La muñeca no cedía. El barro se le metió bajo las uñas.

—¿Por qué no lo enterramos?

Su madre lo agarró del hombro. Sus dedos, duros como tenazas de cangrejo, se clavaron a través de la tela hasta hacerle daño. No lo miró a él; miró el cuerpo, como si estuviera evaluando una pesca mala.

—A tu padre no lo vamos a sacar de ahí para que lo miren en la iglesia —dijo, la voz tan seca como el barro cuarteado—. Ya bastante hizo el agua.

Soltó el hombro. En la piel de Gonzalo quedaron cinco marcas blancas que tardarían en desaparecer. Se dio la vuelta y empezó a caminar hacia el pueblo, sin mirar atrás.

En Palos, los muertos eran cosa corriente. Los rumores, en cambio, tenían otro peso.

Esa noche, Gonzalo se arrastró por la ventana trasera de La Sirena Rota. El olor a pescado podrido y orina le quemó la garganta. Entre las sombras de barriles y redes rotas, escuchó:

—Ese maldito genovés quiere que el Rey le dé barcos —rugió un marinero con pata de palo—. Dice que se puede llegar a las Indias navegando al oeste.

—¿Al oeste? —otro escupió al suelo—. Allí solo hay abismo.

—No sé. Los frailes de La Rábida le hacen caso. Dicen que tiene mapas.

Gonzalo se acurrucó junto a un barril. Colón. Ese era el nombre que repetían. Hablaban de un hombre flaco, terco, con mapas ajenos y palabras que olían a iglesia, deuda y sal. Decían que prometía mares nuevos, tierras donde los árboles sangraban especias.

Un fraile franciscano, con hábito manchado de vino, lo vio escondido.

—¿Qué haces aquí, ratón? —preguntó, arrodillándose hasta que su aliento a vinagre le llegó a la cara—. ¿Robas para olvidar?

Gonzalo no respondió. El fraile sonrió, mostrando dientes amarillos.

—Mejor sería que soñaras con navegar. Hay mundos más allá de este río de sangre.

El niño salió corriendo. Afuera, la noche olía a sal y a distancia.

Al amanecer, volvió al muelle. El cuerpo de su padre había desaparecido, arrastrado de nuevo por la marea. Solo quedaba el Tinto, impassible, fluyendo hacia un mar que devoraba a los débiles.

En el bolsillo llevaba el barco de madera que su padre le talló en su séptimo cumpleaños: una carabela tosca, con el mástil torcido y la proa astillada. Lo sostuvo un momento, sintiendo el peso de la madera, el recuerdo de unas manos que ya no existían.

Luego lo lanzó al agua. El barquito se balanceó, luchó contra la corriente como un animal herido, y el río se lo tragó. Gonzalo lo vio desaparecer entre los remolinos color óxido. No cerró los ojos. Quería recordar exactamente cómo algo suyo se perdía para siempre.

El río siguió bajando.

Mucho después de que el barquito desapareciera, Gonzalo siguió mirando el agua, hasta que el frío le subió por las piernas y la luz terminó de endurecer el barro.

Capítulo 2: “El eco de Granada” (1492)

El polvo de Granada tenía sabor a yeso quemado y sangre seca. Gonzalo Guerrero, de dieciséis años, empujaba con el hombro contra una puerta de madera astillada mientras el arcabuz le pesaba en la espalda. Las banderas y los reyes quedaban lejos; bajo sus botas, los excrementos de caballo cubrían el empedrado.

En la plaza de Bib-Rambla, los cañones escupían fuego a intervalos irregulares. Un veterano con cicatrices que le cruzaban el rostro como mapas de derrota le gritó:

—¡Mueve el culo, novato! ¡Esto no es un sermón!

Gonzalo avanzó entre escombros. El polvo se le pegaba a la lengua. Bajo una bota, algo blando cedió; no miró qué era.

Entre los cascotes de una muralla nazarí, un soldado moro joven se retorció. La bala le había abierto el pecho dejando al descubierto costillas como las de un animal desollado. Sus ojos verdes, brillantes en medio de la sangre y el polvo, se clavaron en Gonzalo. No suplicaban. Observaban.

El hombre respiró dos veces, profundas, y escupió un coágulo oscuro. Con movimientos torpes, sacó algo del pliegue de su cinturón: una moneda de plata. La extendió. No dijo palabra.

Gonzalo la tomó. La plata estaba fría, manchada de sangre. En una cara, una media luna y caracteres árabes que no entendía. En la otra, una inscripción en latín: VERITAS VINCIT.

El moro tosió una última vez, y los ojos verdes se velaron. Gonzalo guardó la moneda en su zurrón.

La casa olía a incienso apagado, aceite rancio y lana húmeda. Los soldados habían volteado los estantes, esparciendo manuscritos por el suelo de mosaicos. Un navarro con la nariz rota por alguna pelea antigua levantó un libro encuadernado en cuero.

—¡Mira! ¡Palabras del demonio! —gritó, y lo arrojó al fuego que ya crepitaba en el centro de la sala.

Gonzalo observó. Las páginas se encresparon, las tintas roja y negra corrieron formando ríos oscuros antes de consumirse. Un soldado más joven, imitando al primero, cogió otro manuscrito y lo lanzó a las llamas. Luego otro.

Gonzalo se agachó. Recogió un fragmento de pergamino medio quemado. Las letras árabes

danzaban, algunas aún legibles. No sabía lo que decían. Lo arrojó al fuego.

El calor le chamuscó las pestañas. Por un instante, entre el crepitar, creyó ver las palabras fluir como agua oscura, uniéndose y separándose antes de volverse ceniza. Cerró la mano sobre la bolsa.

Al caer la noche, las campanas comenzaron a repicar. Sonaban a metal golpeando metal, un eco que rebotaba entre los muros de la Alhambra.

Gonzalo se refugió en lo que quedaba de una mezquita. Los arcos de herradura habían sido desfigurados a hachazos. Sacó el abadí. La plata brilló tenuemente en la penumbra. La media luna parecía cortar la moneda en dos mitades imposibles.

Un ruido lo alertó. Entre las columnas rotas, un niño morisco lo observaba. Tendría unos diez años. En el dorso de su mano izquierda, una cicatriz en forma de media luna brillaba pálida. Sus ojos, verdes como los del soldado muerto, no parpadeaban.

Gonzalo extendió la mano con la moneda. El niño retrocedió un paso, luego giró y huyó entre las sombras, sin hacer ruido.

La plata seguía en la palma de Gonzalo. La cerró. El metal estaba frío, pero donde había tocado la sangre del moribundo, ardía.

Afuera, las campanas seguían sonando. Gonzalo guardó la moneda. No era trofeo.

Capítulo 3: “Nápoles: peones del Poder” (1495)

El frío en Nápoles era distinto al de Granada. Se colaba. Penetraba las capas de lana empapada, los gregüescos rotos, la piel curtida. Gonzalo Guerrero, de dieciocho años, hundía la pala en el barro helado. Las ampollas de sus manos se habían reventado hacía días; ahora trabajaba con carne viva que se pegaba al mango de la pala. A su lado, un recluta de Sevilla vomitaba entre sollozos. El vómito se congelaba casi al instante en el suelo.

—¡Más hondo! —gritó Ricardo de Mendoza, el ingeniero castellano—. ¡Si los franceses salen, que tropiecen con sus propios muertos!

Gonzalo no respondió. Observó la zanja que estaban trazando. La zanja se torcía hacia el enemigo, se arrimaba al terreno, buscaba las partes blandas del cerco. Cada palada acercaba el barro un poco más a la garganta francesa.

Las noches en el campamento olían a letrinas abiertas, lana mojada y grasa de lámpara. Entre las sombras de las ruinas de una granja, un mercenario alemán emergió encorvado bajo la llovizna. Hans era un coloso de ojos azules y cicatrices que le

serpenteaban por los brazos. En su cinturón, un rosario de dientes humanos tintineaba al ritmo de sus pasos.

—¿Sabes por qué cavamos? —preguntó en un español fracturado, escupiendo al fuego; el escupitajo silbó al evaporarse—. No por banderas. Hier, solo Gold.

Sacó una moneda florentina. La hizo pasar por los nudillos de su mano izquierda, un movimiento de prestidigitador que hablaba de práctica.

—En Friburgo dejé a mi hermana en deuda con un tipo que le rompió dos dedos por la demora —dijo, guardando la moneda—. Este oro es para pagar dedos, no para llenar bolsas.

Gonzalo miró hacia las trincheras. Tocó con dos dedos el abadí de plata en su zurrón. Aquella moneda no compraba pan ni vino. El oro de Hans, sí: dedos rotos, silencios, pasos hacia otro campamento.

Hans se alejó, cantando una balada en alemán que sonaba a blasfemia. Gonzalo no supo si creerle.

El asalto final empezó al amanecer y se deshizo en saqueo antes del mediodía. Las catapultas lanzaron rocas envueltas en lino incendiario, pero la verdadera arma había sido la espiral de barro que los franceses, hambrientos y exhaustos, no pudieron

romper. Primero cayó el castillo. Después, las tropas se derramaron hacia las casas, los establos y las iglesias de las afueras.

Gonzalo entró en el castillo con la segunda oleada. En una cámara abovedada, encontró a un anciano francés escribiendo frenéticamente en un pergamino. El hombre, vestido con una túnica de terciopelo deshilachado, alzó las manos:

—¡Estos son tratados, no armas!

En ese instante, Hans apareció tras él. Blandía un hacha manchada de sangre.

—Gold, muchacho —susurró—. Los papeles no valen nada.

El hacha cayó. El anciano se desplomó sobre los pergaminos. Hans recogió un candelabro de plata y salió riendo. La sangre avanzó por las letras, lenta, buscando los surcos de la tinta.

Entre los documentos manchados, encontró un acuerdo secreto entre Francia y Venecia. En la esquina, un sello de cera roja mostraba un águila bicéfala. Lo guardó. No supo por qué.

La iglesia saqueada en las afueras era un cadáver de piedra. Los vitrales rotos dejaban entrar el viento, y los bancos yacían partidos como huesos. En el altar,

un cuadro de la Virgen María contemplaba el saqueo. Sus ojos eran de un azul intenso, lapislázuli puro, que brillaban incluso en la penumbra.

Gonzalo temblaba. El frío se le había metido en los huesos y ahora le dolían las articulaciones con cada movimiento. El candelabro de plata que Hans se llevó, el oro que compraba dedos y los tratados firmados con sangre de anciano le ocuparon la cabeza.

Arrancó el cuadro del marco. El crujido de la madera vieja sonó como un hueso dislocándose. Lo arrojó al fuego que alguien había encendido en medio de la nave.

Las llamas primero lamieron el manto azul. Los ojos de lapislázuli parecieron encontrarse con los suyos un instante —no con reproche, con indiferencia celestial— antes de que el calor los hiciera estallar en mil esquirlas azules que cayeron como lágrimas de vidrio. Se calentó las manos con lo primero que ardía.

Hans entró en ese momento, arrastrando un saco que tintineaba.

—¡Mira al piadoso! —rió—. Quema santos para no helarse las bolas.

Gonzalo no respondió. Observó cómo los ojos de la Virgen se convertían en carbón. El frío le llegó desde dentro.

Esa noche, mientras las tropas celebraban, Guerrero robó una botella de vino agrio de un carro abandonado y la llevó en la mano, sintiendo su peso.

En una colina solitaria, sacó el tratado ensangrentado. Las palabras en latín y francés hablaban de alianzas, territorios, traiciones. Guardó el documento. No rezó.

Miró sus manos: barro, sangre, hollín, y el olor agrio del vino robado pegado a los dedos.

En la distancia, las luces de Nápoles parpadeaban. Gonzalo dio media vuelta. Detrás, en la nave saqueada, seguía subiendo el olor de la madera pintada.

Parte 2: Veragua

Capítulo 4: “El oro maldito de Veragua” (1510)

(Diego de Nicuesa, gobernador de Veragua, estableció un campamento en la costa caribeña de Panamá en 1510. Guerrero formó parte de su expedición antes del naufragio que lo llevó a Yucatán en 1511)

La humedad en Veragua se pegaba a los pulmones como una capa de lodo caliente. Gonzalo Guerrero arrastraba una carreta sobre tierra fangosa. Dentro, tres cuerpos indígenas se mecían con cada bache. No estaban muertos; respiraban con ese jadeo irregular que precede a la fiebre. Sus rostros brillaban de sudor, las costillas marcándose bajo la piel como las de animales atrapados.

Un soldado con el uniforme desgarrado le gritó desde la empalizada:

—¡Más rápido, maldito! ¡Antes de que se pudran aquí mismo!

Guerrero no apresuró el paso. La carreta pesaba igual que los cuerpos que había arrastrado en Nápoles, que los escombros que había movido en Granada. El trabajo, al menos, era familiar.

Los prisioneros gunas miraban sin ver. Sus ojos, vidriosos por la enfermedad, seguían el vuelo de los insectos sobre sus cabezas. Guerrero los vigilaba por turnos. La lengua se le escapaba; la postura encogida, la respiración superficial y el olor dulzón de la infección no.

Uno de ellos, un hombre joven con cicatrices en espiral en el torso, extendió una mano temblorosa. Sus dedos señalaron el cuello de Guerrero. El hombre murmuró algo. Guerrero se inclinó.

—¿Agua?

El hombre negó con la cabeza. Con movimientos torpes, arrancó algo de su propio cuello: un colgante de piedra grisácea, tallado con surcos que se entrelazaban. Lo arrojó a los pies de Guerrero.

—Dagargunyele —susurró, antes de que una tos violenta lo doblara sobre sí mismo.

Guerrero recogió el objeto. La piedra era fría, pero al tocarla, un escalofrío le subió por el brazo como el recuerdo del agua helada del Tinto. Los surcos no formaban ningún patrón reconocible; solo eran líneas que se cruzaban y se perdían. Lo guardó en el zurrón. No supo por qué.

La rebelión comenzó al atardecer, cuando el sol convertía el campamento en un horno de barro y sudor. El sonido seco de las flechas salió de la maleza antes que cualquier grito.

Guerrero estaba cargando sacos de maíz cuando vio las primeras sombras moverse entre los árboles. Los gunas no atacaban en formación. Surgían, golpeaban, desaparecían. Uno de ellos, un hombre mayor con el torso pintado con los mismos surcos del colgante, lanzó una antorcha al almacén más cercano.

Las llamas prendieron rápido. El maíz ardía con un crepitar seco, soltando humo blanco y olor dulzón. Guerrero observó desde detrás de un barril de agua. Un joven guna, no mayor de diez años, lanzó otra antorcha. Las llamas lamieron las mazorcas con avidez. Apoyó el dedo en el gatillo del arcabuz. Respiró. Lo bajó.

Acarició el filo de una daga escondida bajo el jubón. El humo le raspó la garganta.

Era fuego. Y aquí el fuego solo quemaba.

Al amanecer, el campamento era humo y ceniza. Nicuesa, el gobernador, ordenó el embarque inmediato. Los hombres subieron lo que pudieron: barriles mojados, pólvora envuelta en cuero, sacos rotos de maíz ennegrecido.

Guerrero subió a la carabela con los últimos. El colgante de piedra pesaba en su bolsa. Miró hacia la costa. La selva había reclamado los bordes del campamento quemado. Los gunas ya no se veían, pero Guerrero sintió que lo observaban desde la espesura.

El barco zarpó. Guerrero se apoyó en la borda. El colgante de piedra, ahora atado, golpeaba su pecho con el balanceo. Pesaba como un crimen que aún no había cometido. Miró hacia la costa hasta que la selva se fundió con el humo.

Dagargunyele, recordó. El que regresa de la muerte.

El mar estaba quieto, aceitoso. No prometía nada. El viento olía a sal y a tormenta lejana.

Parte 3: Mares malditos

Capítulo 5: “El presagio de los peces voladores” (Agosto 1511)

El primer mástil se quebró con un crujido seco, largo, que atravesó la cubierta. Gonzalo Guerrero se aferró a un cabo reventado, la sal cortándole los labios ya agrietados.

A su lado, Jerónimo de Aguilar vomitaba bilis entre salmos. Sus palabras en latín se quebraban contra el viento:

—In manus tuas, Domine...

—¡Calla y sujétate! —rugió Valdivia, empapado, lívido, con la chaqueta pegada a las costillas.

Guerrero contó. Tres golpes de ola, una pausa, dos golpes más. Entre el estruendo, encontró un ritmo. Se sujetó cuando venía la fuerza, respiró en la pausa.

El cuerpo recordaba lo que la mente ya no podía pensar.

El barco se partió al amanecer. La madera cedió con un gemido profundo. Guerrero cayó al agua que ya no era líquido, era golpes. Una tabla le golpeó el costado. La agarró.

A su alrededor, hombres desaparecían sin gritar. Uno, el grumete portugués de catorce años, abrió la boca para respirar y una ola se la llenó. Se hundió con los ojos muy abiertos.

Guerrero cerró los suyos. Sintió el colgante de cuarzo bajo la camisa rota. Dagargunyele, pensó. La piedra seguía fría.

La deriva fue un vacío entre cielo y agua. El sol le cocía la nuca y dejaba una costra salada en los párpados. Aguilar, aferrado a la misma tabla, movía los labios en silencio. De vez en cuando, una palabra escapaba:

—Misericordia...

Guerrero guardaba la saliva. Observaba el horizonte que no cambiaba. Calculaba la dirección de las nubes. En el borde de la conciencia, le pareció ver un barquito de madera flotando a su lado —mástil torcido, proa astillada—. Parpadeó y desapareció.

Al tercer día, la lengua se le pegaba al paladar y la garganta raspaba al tragar. Un marinero intentó beber agua de mar. Al cuarto intento, comenzó a convulsionar. Murió mirando a Guerrero, los ojos grises fijos en algo que ya no podían ver.

Fue entonces cuando los peces voladores llegaron.

Primero uno, plateado, surcando el aire sobre la tabla. Luego otro. Luego decenas, escapando de algo bajo el agua, trazando arcos plateados en la luz cegadora.

Aguilar jadeó:

—¡Ángeles! ¡Son ángeles del Señor!

Guerrero observó cómo uno caía de nuevo al agua, cómo otro era atrapado en el aire por una gaviota. Los peces saltaban, intentaban escapar y volvían al agua bajo las gaviotas. Extendió la mano, demasiado lento. El pez más cercano evadió su agarre y desapareció.

En ese instante, supo que la tierra estaba cerca. Donde hay peces que saltan, hay algo de qué saltar.

La playa era una línea oscura entre el cielo blanco y el mar verde. Guerrero y Aguilar remarón con las manos, la última energía. La arena, cuando llegaron, les quemó las palmas.

Se arrastraron más allá de la línea de la marea. El mundo no se enderezó. Seguía balanceándose. Aguilar besó la arena:

—Gloria Patri...

Guerrero escupió sal. Miró hacia atrás. Nadie más llegaba. Eran ellos dos, y el colgante de cuarzo, y el barquito imaginario que aún flotaba en algún lugar entre el sueño y la memoria.

La selva empezaba donde terminaba la arena. Era espesa, silenciosa. No había pájaros.

Los holkanob emergieron sin sonido.

Ya estaban allí, pintados con los colores de la tierra y las sombras. Sus cuerpos brillaban con jagua negra, glifos de serpientes que parecían moverse al respirar.

Guerrero contuvo el aliento. Tenían barro seco en los tobillos, pintura negra en el pecho, armas en las manos. Uno de ellos, joven, con cicatrices en forma de lágrimas bajo los ojos, lo agarró del brazo. No resistió.

El holkan arrancó el colgante de cuarzo de su cuello. Lo observó, girándolo en sus manos. Por un instante, Guerrero pensó que lo tiraría. En vez de eso, lo

guardó en una bolsa de piel y murmuró algo que sonó a Dagargunyele.

Aguilar intentó persignarse. Un holkan le sujetó la mano con suavidad firme.

Valdivia se dejó entrever entre la bruma, apresado junto a un grupo de hombres, y no dejaba de protestar. Guerrero miró a Aguilar, luego a los hombres pintados. Los gestos bastaban: levántate, camina, no mires atrás.

La selva los devoró. Entre los árboles, Guerrero vio rostros tallados en la corteza: jaguares, serpientes, hombres con cabezas de ave. No supo si eran dioses, guardianes o simples marcas. El aire olía a flor podrida y tierra húmeda.

Caminaron. No sabían hacia dónde. El grumete portugués había muerto en el mar, pero su pregunta flotaba en el aire: ¿Adónde nos llevan?

Guerrero no tenía respuesta. Bajó la cabeza y siguió caminando. La sal se le secaba en la piel; la tierra se le metía entre los dedos.

El bolsillo vacío le rozaba la cadera con cada paso.

Capítulo 6: “La sangre de Valdivia”

(1511)

La fibra de henequén cortaba las muñecas. Guerrero caminaba, la sangre seca en el hombro tirando de la piel con cada paso. ¿Cuánto tiempo llevaban caminando? No sabía. Las imágenes se superponían: la jaula de madera, el olor a excremento, Aguilar rezando, Valdivia limpiándose una mancha de sangre del pantalón.

—Al menos aquí no hay ratas.

La frase quedó flotando entre el barro, la cuerda y la respiración de los cautivos.

Los cupules caminaban delante, pintados de rojo y negro. Señalaban con la cabeza. Guerrero tropezó con una raíz. El joven cupul de las cicatrices en espiral lo sujetó del brazo, sin fuerza, sin prisa. Luego siguió caminando.

La escena volvió en cortes, pero el orden era claro: primero el patio, después los escalones, después la piedra. El silencio abrió los tambores. Luego un golpe seco, otro, luego un latido constante que resonaba en los huesos. Los sacerdotes mayas dispusieron los instrumentos: cuchillo de obsidiana,

cuenco de barro, algodón blanco. Con la precisión de carpinteros.

Valdivia saliendo de la jaula. Caminando con la espalda recta. Subiendo los escalones del templo sin mirar atrás.

—En el mar comieron carne de muerto. Valdivia lo permitió.

El rumor pasó entre los cautivos, en susurros quebrados. Guerrero recordó la lengua hinchada del capitán intentando beber agua salada. Los ojos vidriosos del grumete portugués. Algunos asentían. Otros miraban el suelo.

Aguilar tropezaba a su lado, los labios moviéndose en oraciones silenciosas.

—¿Adónde nos llevan?

Guerrero no respondió. La sangre. Primero la de Valdivia. El cuchillo de obsidiana descendiendo. El corazón latiendo en el cuenco. La sangre corriendo por los surcos de la piedra, espesa, oscura al tocar el aire.

Luego la sangre de Hunyg Ceel. ¿Cuándo? Forcejeando con los barrotes de la jaula. Uno cediendo. El pedernal en la mano. El filo áspero contra la palma.

Hunyg Ceel bajando los escalones del templo con calma. Sonriendo. Desenvainando un cuchillo más largo.

El combate. Forcejeo sucio. Esquivando, rodando sobre algo húmedo —la sangre de Valdivia, ahora fría—. El colgante de cuarzo golpeando su pecho. Clavando el pedernal en el muslo del cacique. El grito, sorpresa antes que dolor.

El dolor en su propio hombro. El cuchillo de Hunyg Ceel abriéndole la carne. La sangre de ambos mezclándose sobre la piedra del altar.

Empujar. El cacique tropezando contra el chac mool. La cabeza golpeando la piedra con un crujido seco. Silencio.

—Tu dios perdió hoy.

La frase volvió sin dueño.

El joven cupul se detuvo. Sacó algo de su bolsa: el pedernal. Lo observó, girándolo en sus manos manchadas de achiote. Luego miró a Guerrero, directamente a los ojos, como si esperara una explicación. Guerrero no tenía ninguna. El cupul guardó la piedra y siguió caminando.

Después vino la huida: árboles, raíces, Aguilar jadeando:

—¡Detente! ¡No podemos seguir!

Mirar atrás. Nadie los seguía. Ese silencio era peor.

Sentarse contra un árbol, la respiración quemando los pulmones. Cerrar los ojos un instante. Luego flechas silbando, clavándose en los árboles alrededor, formando una jaula de madera y plumas.

La memoria se cortaba ahí; lo demás llegaba como amenaza.

La selva se abrió. Choza de paja, columnas de humo, el sonido lejano de martillando piedra. Un asentamiento.

Los cupules se detuvieron. Uno más viejo, con el torso pintado con glifos complejos, se acercó. Examinó a Guerrero, luego a Aguilar. Tocó la herida del hombro con dedos expertos, como un carnicero evaluando un corte de carne.

—Dagargunyele.

Un murmullo entre los otros cupules.

El joven de las cicatrices en espiral entregó el pedernal al viejo. Este lo pesó en la mano, luego lo guardó en su propio cinturón.

Guerrero miró sus manos atadas. La sangre seca se había agrietado, mostrando la carne rosa y viva

debajo. Movi6 los dedos; la fibra volvi6 a abrir los cortes.

—Padre nuestro que estás en los cielos...

Aguilar rezaba en voz alta, en espa6ol.

Guerrero cerr6 los ojos. No vio escenas completas; vio rojo bajo los párpados, humo, agua oscura, una piedra subiendo y bajando.

Abri6 los ojos.

El viejo cupul dio una orden. Los holkanob los empujaron suavemente hacia el asentamiento. No había resistencia que valiera la pena.

Al pasar junto a una ceiba gigante, Guerrero vio tallado en la corteza un glifo: una espiral. La línea se hundía en la madera húmeda y volví sobre sí misma.

La mir6 hasta que los holkanob lo empujaron.

Dagargunyele. El que regresa de la muerte.

Baj6 la vista. El barro le cubría los pies.

Sigui6 caminando.

Parte 4: Tierra extraña

Capítulo 7: “El susurro de Xamanhá” (1511)

Una noche sin luna se deslizó en un cenote y encontró luz propia: puntos azules que punzaban el agua. Bajo esos destellos se movían sombras anchas, peces lentos, comida para el amanecer. Salió tiritando, con escamas pegadas a los brazos.

El tiempo se medía en ciclos de trabajo y dolor. Tres veces al día, un guardia cupul abría la puerta de la choza y señalaba hacia las piedras. Guerrero salía, encorvado, y se ponía a picar bloques de caliza con una herramienta de madera y pedernal que no era la suya.

Su hombro aún le dolía. La herida de Hunyg Ceel se había cerrado mal, dejando una costra purulenta que supuraba con el esfuerzo. El colgante de cuarzo,

ahora su única posesión, pesaba contra su pecho como un recordatorio de todo lo que había perdido.

Aprendió palabras a golpes:

—Tz'onot —cuando lo empujaban hacia el cenote a buscar agua.

—K'áak' —cuando recogía leña para las piras rituales.

—Ch'íibal —el epíteto que los guardianes usaban para él. No sabía qué significaba, pero por el tono, entendía.

Las jornadas eran largas. El sol de Yucatán caía blanco sobre la caliza y le abría grietas en la piel; por ellas entraba la sal del sudor. Por las noches, volvía a su choza —un cuadrado de tierra apisonada con techo de palma— y se derrumbaba. A veces, en el borde del sueño, veía un barquito de madera flotando en la oscuridad. Parpadeaba y desaparecía.

Una mañana, mientras cargaba un bloque de piedra hacia el acueducto en construcción, una mujer apareció en su camino. Llevaba un huipil blanco tan limpio que parecía brillar contra la tierra polvorienta. En sus manos, un cántaro de agua.

Guerrero se detuvo. El bloque pesaba en sus hombros. La mujer lo miró, luego miró el cántaro. No

dijo nada. Dejó caer un poco de agua al suelo, dibujando un círculo con el líquido. Luego se dio media vuelta y se fue.

Al día siguiente, volvió. Esta vez, dejó el cántaro en el suelo y señaló el colgante de cuarzo que asomaba bajo su camisa rota.

—Yúumbel —dijo, trazando una espiral en el aire.

No supo qué significaba. La palabra llegó sin golpe.

Las visitas de Ix Chan se volvieron regulares. No hablaba mucho. Observaba. A veces le dejaba tortillas frías. Otras, solo se quedaba mirándolo trabajar. Guerrero aprendió a anticipar su presencia por el olor a flores de xtabentún que traía consigo.

Un día, mientras picaba piedra, un niño esclavo —no mayor de diez años— tropezó y dejó caer un fragmento de obsidiana. El guardia se acercó, levantando su vara. Guerrero, sin pensar, se interpuso.

—Ma' —dijo, una de las pocas palabras que conocía. No.

El guardia lo miró con sorpresa, luego con irritación. Ix Chan apareció de la nada. Habló rápido en maya, señalando al niño, luego a Guerrero. El guardia bajó la vara y se fue.

Ix Chan se acercó a Guerrero. Sus ojos oscuros lo escudriñaron.

—Bix a k'aaba'? —preguntó.

Guerrero no entendió. Ella señaló su pecho, luego el colgante.

—Dagargunyele —dijo él, la única palabra que le quedaba pegada al cuerpo.

Ella asintió, como si eso confirmara algo. Luego dibujó en el polvo: una espiral, un árbol, un camino que se bifurcaba.

—Yúumbel ich k'iin —susurró. Camino entre dos soles.

Guerrero no supo qué responder. Pero por primera vez desde que llegó a esa tierra, no se sintió completamente solo.

El sacerdote Ah Kin Chel lo observaba desde las sombras. Guerrero lo había notado: un hombre mayor, torso pintado con glifos complejos, que siempre estaba presente en los sacrificios pero nunca participaba directamente. Sus ojos negros no se apartaban de nada; medían, pesaban, dejaban quieto lo que tocaban.

Una tarde, Ah Kin Chel se acercó mientras Guerrero limpiaba sangre de un altar. El sacerdote tomó el

fragmento de obsidiana que Guerrero usaba como raspador y lo examinó.

—Ch'íibal —dijo, escupiendo la palabra. Luego señaló el colgante de cuarzo—. Ma' uts tu'ux ka'ana'an. No pertenece aquí.

Guerrero no respondió. Bajó la cabeza y siguió limpiando. Ah Kin Chel se quedó un momento más, luego se fue. Pero su advertencia quedó flotando en el aire, tan tangible como el olor a sangre seca.

La estación seca llegó con vientos polvorientos que rasgaban la garganta. El agua del cenote empezó a escasear. Guerrero fue asignado a cargar cántaros desde el cenote Xkekén hasta el templo. Tres viajes al día. Cuatro. Cinco.

En uno de esos viajes, Ix Chan lo esperaba junto al camino. Tenía el rostro tenso.

—Ah Kin Chel k'a'ajsaj a wóol —dijo, señalando hacia el templo. Ah Kin Chel quiere tu espíritu.

Guerrero no entendió del todo, pero captó el peligro. Asintió. Ix Chan le entregó un pequeño paquete envuelto en hojas.

—Xiw —susurró. Huye.

Guerrero miró el paquete, luego a Ix Chan. Ella ya se daba media vuelta, desapareciendo entre los árboles como si nunca hubiera estado ahí.

Esa noche, en su choza, abrió el paquete. Dentro había un pedazo de pedernal —no el que había perdido, uno nuevo, más pequeño pero afilado— y un puñado de semillas de cacao. No entendió el significado. Pero guardó el pedernal en su cinturón, junto al colgante.

Al día siguiente, mientras cargaba un cántaro, un guardia nuevo le gritó una orden. Guerrero no la entendió. El guardia repitió, más fuerte. Guerrero se quedó inmóvil, tratando de descifrar las palabras.

El guardia se acercó, levantando su vara. Guerrero cerró los ojos, preparándose para el golpe.

Pero entonces, de su boca salió una palabra, sin saber cómo:

—Já' —dijo. Agua.

El guardia se detuvo. Frunció el ceño. Repitió la palabra, como corrigiendo la pronunciación:

—Ja'.

Guerrero asintió. El guardia bajó la vara y señaló hacia el templo. No hubo golpe. No hubo castigo.

Guerrero siguió caminando, el cántaro pesando en sus hombros. El sol quemaba. El polvo se le metía en los ojos. Pero en su mente, una palabra nueva resonaba, clara y precisa:

Ja’.

Agua.

Un sonido para lo que cargaba. El cántaro seguía pesando, pero ya no era una cosa muda sobre sus hombros.

Miró hacia el horizonte, donde el mar —su viejo enemigo, su viejo anhelo— seguía estando, invisible pero presente. Dagargunyele, pensó. El que regresa de la muerte.

Quizás, esta vez, aprendería a nombrar las cosas antes de que lo mataran.

Y en su cinturón, el pedernal y el cuarzo pesaban, uno junto al otro, como las dos mitades de un mismo silencio que empezaba a romperse.

Capítulo 8: “La danza del jaguar” (1513)

Con las manos en carne viva, mostró a los holkanob un nudo que recordaba de España. La cuerda de henequén crujió, el nudo aguantó el peso del maíz, y los hombres lo aprendieron sin mirarlo. Esa noche se le quedaron fibras de cuerda incrustadas en las falanges y recibió un puñado de maíz extra.

El sol ascendía como una brasa ensangrentada, derramando su luz sobre Tulum, donde el aire espeso olía a copal quemado y tierra agrietada. Los tambores teponaztlis retumbaban con un ritmo antiguo, vibrando en los huesos de Gonzalo Guerrero como si la tierra misma latiera bajo sus pies. Los danzantes, envueltos en pieles de venado y máscaras de Chaac, giraban en espirales cerradas alrededor del brasero. Sus tobillos, adornados con huesos de jaguar que crujían al compás, marcaban una cuenta más que una súplica.

Guerrero observó cómo el humo del pom se enroscaba en espirales azules, parecidas a las de su colgante de cuarzo. El humo le raspó la garganta y le dejó la lengua amarga.

Ix Chan emergió de entre las sombras del templo, sus dedos entrelazados con semillas de tzicté. En su cabello, una guirnalda de chaya fresca marcaba su

rol. Guerrero no necesitaba augurios: ya había visto suficientes señales colgadas de las ceibas. Pero esa noche, algo más básico que la lógica lo llamaba: el monte alrededor de la plaza, inmóvil y hambriento.

—¡Balam! —un grito infantil rasgó el aire, seguido por un gruñido que heló hasta el sudor en las espaldas.

Guerrero corrió antes de pensar, su cuerpo moviéndose por instinto. Entre los matorrales de habín, una hembra de jaguar —pelaje dorado surcado por cicatrices— acorralaba a un niño. El animal no atacaba al niño; lo ignoraba. Su atención estaba en lo que protegía: bajo su garra, semienterrado en el lodo, yacía el cuerpo deforme de un cachorro, su cráneo aplastado.

—¡Ch'íibal! —gritó Ah Kin Chel desde atrás—. ¡No cruces!

Pero Guerrero ya saltaba. No pensó en salvar al niño. Vio la distancia, el barro, la garra hundida junto al cachorro, el hueco mínimo entre el animal y el tronco.

El jaguar se abalanzó, garras extendidas como navajas de obsidiana. Guerrero esquivó rodando, pero una garra le rasgó el rostro desde la sien hasta la mandíbula. La sangre brotó caliente, mezclándose

con el sudor y cayéndole en la boca. El sabor le llenó los dientes: cobre, sal, la cuerda de henequén abriéndole las muñecas mientras tragaba para no gritar.

La herida ardía al aire. La sangre le bajó por el cuello y entró bajo la camisa.

Agarró un palo de guayacán —duro, pesado— y lo clavó de costado, para abrir distancia; matar no. El golpe sonó seco. El jaguar aulló, con la furia rota por el dolor. Retrocedió un paso, lo justo. Guerrero sostuvo el palo con las dos manos, la cara abierta, los dientes apretados, esperando el segundo salto.

El jaguar arrastró el cuerpo del cachorro hacia la espesura, dejando un rastro de sangre. Los guerreros mayas emergieron, macuahuitls en alto, pero se detuvieron al ver al niño —Dzunuun— aferrado a las piernas de Guerrero.

—¡Yáaxche' ólal! —gritó el pequeño—. ¡El protector lleva el ojo de Xibalbá!

Ah Kin Chel avanzó, su resentimiento palpable.

—Un perro sin linaje no interpreta la voluntad de los dioses —escupió—. Esta selva te devorará, Dagargunyele.

Guerrero se irguió, sintiendo la sangre correr por su cuello y empapar su camisa.

—Hoy no fue para el niño —dijo.

—Mira —dijo uno de los guerreros, señalando la herida—. El balam lo marcó. Ahora lleva su firma.

El silencio fue denso. Entonces, desde las sombras, surgió un anciano con el torso pintado con espirales azules. En sus manos, un macuahuitl de madera de yaxché relucía con fillos de obsidiana.

—Hunyg Ceel... —dijo el anciano, como quien nombra un peso, no una visión—. Esto no es un regalo. Es un desafío.

Guerrero aceptó el macuahuitl, sintiendo su peso. En el mango, entre glifos erosionados, leyó: "El que se acerca al jaguar aprende la noche."

—¿Por qué entregas esto? —preguntó, pero el anciano ya se desvanecía, tragado por el borde de la plaza.

Ix Chan se acercó, sus dedos temblorosos cerca de su rostro sin tocarlo.

—Ya no puedes esconderte —susurró—. Todos verán lo que eres.

Guerrero tocó la herida. La carne estaba abierta, caliente. La sangre le dejó los dedos pegajosos.

—Cortó este árbol la noche antes de que lo tocaras —dijo Ix Chan, tocando las espirales del arma—. Su savia aún llora.

La frase cayó con el peso seco de una cuenta.

Al inspeccionar el mango, encontró marcas viejas bajo la grasa seca: cuentas de corte, muescas de uso, una espiral torcida y un ave negra de una sola cabeza, con las alas abiertas, grabada sobre un círculo ennegrecido. Era madera usada por muchas manos: cuentas de corte, muescas de uso, una espiral torcida y un ave negra.

Ix Chan siguió el ave con la yema de los dedos.

—Ese pájaro no es de aquí —murmuró.

Guerrero apretó el colmillo, sintiendo su filo antiguo. Era solo un diente. Recordaba que había enfrentado a un animal y no lo había matado. Quizá por eso el arma pesaba como carga.

En la distancia, Dzunuun dibujaba en la tierra: la pata del jaguar, el cachorro muerto, la cara abierta de Guerrero. Murmuraba sílabas sueltas, nombres de día, cuentas que no terminaban de cerrar. Parpadeó. No quedaba nada, salvo el copal y el sol sucio.

Esa noche, Guerrero danzó. Como el hombre herido que era, lejos del paso de los sacerdotes: con rabia contenida, con la herida facial latiendo al ritmo de los tambores, y el peso del macuahuitl trazando arcos en el aire. Ah Kin Chel observó desde las sombras.

Bajo la ceiba sagrada, Gonzalo Guerrero levantó el macuahuitl. La herida volvió a abrirse con el movimiento.

Era un cuerpo marcado, útil, visible.

Y ahora, por primera vez, llevaba la marca en el rostro. Para que nadie, ni él mismo, pudiera ignorarla.

Parte 5: Lo que respira debajo

Capítulo 9: “El ritual de los cuatro vientos” (1514)

La ceiba sagrada se alzaba como una columna entre la tierra sedienta y el cielo inmóvil. Gonzalo Guerrero bebió el balché de un cuenco de barro; el líquido amargo le quemó la garganta. No era la primera vez, pero esa noche el aire olía a final.

Alrededor, los sacerdotes habían sacrificado un tapir albino. Su sangre, mezclada con semillas de cacao, pintaba el suelo con glifos que parecían latir bajo la luz de las antorchas. Ix Chan untó pasta de achiote en su pecho, justo sobre el colgante de cuarzo.

—K’uxaj saastal —susurró—. La tierra tiene sed, y nosotros somos su garganta.

Guerrero asintió, pero sus ojos estaban en el cielo. Las nubes se arremolinaban en espirales invertidas,

como si los Cuatro Vientos —Ik', Chak, Zac, Ek'—
estuvieran librando una guerra silenciosa sobre sus
cabezas.

Los tambores comenzaron. Un golpe seco. Después
otro. La tierra devolvió la vibración por las plantas
de los pies. Los ah menob alzaron sus voces,
rasgando la noche:

—¡He le k'iin, he le yum chaac! ¡Tz'aakal u k'aax!
—¡Aquí está el día, aquí está el señor de la lluvia!
¡Cure la selva!

Guerrero bebió más balché. Primero llegó el calor.
Un fuego bajo la piel que no quemaba, solo expandía.
Luego el zumbido: como abejas de jade dentro de los
oídos. Finalmente, la tierra comenzó a respirar.

El borde de la plaza se corrió.

La plaza se desplazó.

Un barco de madera navegaba sobre un mar de
huesos blancos. Era una carabela española, no su
barquito de la infancia: velas desgarradas, casco
carcomido. En la proa, un hombre con armadura de
hierro sostenía un estandarte: un águila negra
coronada, las alas abiertas, sus garras clavadas en un
sol de oro. Detrás de él, sombras con rostros
españoles y manos de obsidiana cavaban fosas en la
playa. Entre los cadáveres, Guerrero reconoció a Ix

Chan, su vientre abierto y lleno de sal. No de mar. De la sal que usaban para conservar pescado en Palos.

—¡Máak! —alguien lo zarandeó.

Al abrir los ojos, Ah Kin Chel estaba frente a él. El sacerdote le había cortado el lóbulo de la oreja; la sangre goteaba sobre un plato de jade lleno de pom. El dolor era agudo, limpio, un ancla en la marea del trance.

—Tu sangre alimentará a Chaac —rugió el sacerdote—. O morirás vacío.

Guerrero no retrocedió. Observó cómo Ah Kin Chel mezclaba su sangre con hojas de sak nikte', creando una pasta espesa que frotó sobre la corteza de la ceiba. El árbol tembló. Sus raíces parecieron transformarse en tentáculos de piedra viva, hundiéndose más profundamente en la oscuridad.

El balché lo arrastró de nuevo.

La oscuridad lo tragó por otro lado.

Un joven con cicatrices de jaguar en el rostro —Balam Can, hijo de Hunyg Ceel— blandía el macuahuitl de Guerrero frente a un ejército de sombras con armaduras. En su cuello, el colgante de cuarzo brillaba con luz propia. “Padre”, decía, pero su voz era la de Hunyg Ceel, profunda y rota. Detrás de

él, la ceiba ardía. De sus ramas caían cuerpos de niños atados con cadenas de hierro. No españoles. Niños mayas. Sus rostros eran los de Dzunuun, de los niños esclavos de Tulum.

El viento Ek' —el viento negro— azotó la plaza, apagando las antorchas. En la oscuridad repentina, Guerrero escuchó risas. No humanas. Agudas, burlonas, como de niños que nunca habían sido niños. Chaneques, recordó Ix Chan diciendo una vez. Espíritus que se alimentan de confusión.

Una mano huesuda lo agarró del tobillo.

Al mirar, vio el cadáver de Valdivia. Su pecho estaba abierto, pero en lugar de corazón, había gusanos luminosos que formaban espirales. Los ojos del capitán muerto se movieron, encontrando los de Guerrero.

—Tu dios perdió hoy —susurró el cadáver, arrastrándolo hacia un cenote cuyas aguas eran de sangre espesa—. Pero el mío... el mío solo espera.

Guerrero forcejeó, pero el balché había disuelto sus fuerzas. Entonces, el colgante de cuarzo emitió un pulso azul. Un latido, no un brillo. Las raíces de la ceiba se enroscaron alrededor del cadáver, triturándolo hasta convertirlo en polvo que olía a sal y óxido.

El aire se quebró y lo arrojó hacia otra imagen.

Ix Chan danzaba con un bebé en brazos —Ixmo—, pero la niña tenía ojos de jade y colmillos de serpiente. Bella. Terriblemente bella. Alrededor, hombres con armaduras construían una iglesia con piedras del templo de Kukulcán. En el altar, un hombre delgado con barba corta —no español, algo peor— sostenía el cráneo de Guerrero, convertido en copa, y bebía balché mientras reía. La risa no tenía sonido. Solo vibración. Como los tambores.

Cuando volvió en sí, Guerrero estaba tendido sobre las raíces de la ceiba, sus brazos atados con lianas de ak'. Ix Chan y Ah Kin Chel discutían en maya rápido, violento:

—¡Mix ba'al tin wáaj! —¡No es un sacrificio!
—gritaba ella, blandiendo un cuchillo de sílex—. ¡Es el puente entre los mundos!

—¡Es ch'i'ibal! —replicaba el sacerdote, señalando algo en el tronco—. ¡Trajo el símbolo de los devoradores!

Guerrero siguió su mirada. Allí, entre los glifos de la lluvia, alguien había tallado durante el trance un águila negra coronada, con las alas abiertas y el pico hundido en las lianas que lo sostenían. La cabeza se movía, desgarrando las ataduras. Con un rugido que

salió de un lugar que no conocía en sí mismo, se liberó, rompiendo las lianas.

El ritual se transformó en caos. Los sacerdotes huyeron, pero Ix Chan se mantuvo firme. Arrojó un puñado de ch'aaj —hierbas de la visión— al fuego. El humo verde que surgió mostró una imagen fugaz: Balam Can, en un barco español, aprendiendo a disparar un arcabuz.

—¿Lo ves? —Ix Chan agarró el rostro de Guerrero, sus dedos presionando la cicatriz fresca del jaguar—. El viento del este trae muerte. Y tú... tú trajiste la semilla.

Antes de que pudiera responder, un grito desgarró la noche. Dzunuun yacía en el centro de la plaza, convulsionando. De su boca brotaba espuma oscura mezclada con polvo de obsidiana, y en su pecho alguien había pintado a toda prisa el glifo de K'uk'ulkan, torcido por el sudor.

—¡Es el precio! —Ah Kin Chel señaló a Guerrero, acusador—. Tu sangre española envenenó el ritual.

Guerrero desenvainó el macuahuitl, pero no para atacar. Con un movimiento preciso, se cortó la palma y dejó que la sangre cayera sobre la tierra junto a la cabeza del niño. Dzunuun siguió temblando unos instantes, hasta que el cuerpo se le aflojó de golpe. Ix

Chan se arrodilló junto a él y le limpió la boca con el borde de su huipil.

—Dagargunyele... yaan a waaj. —Tú eres la ofrenda.

La ceiba retumbó. Una lluvia repentina comenzó a caer. Ácida, hirviendo, y olía a metal quemado y ceniza; el Chac esperado no llegó.

Al amanecer, encontraron a Ah Kin Chel colgado de las raíces más bajas de la ceiba. El cuerpo parecía fundido con el árbol. Su lengua había sido reemplazada por una serpiente tallada en jade, y en su espalda, tallada con precisión quirúrgica, estaba la misma águila negra coronada del tronco.

Ix Chan miró a Guerrero. El balché aún brillaba en sus venas, haciendo que sus pupilas parecieran pozos sin fondo.

—Los Cuatro Vientos eligieron su mensajero —dijo, la voz ronca por el humo y el canto—. Y no eres tú.

Guerrero no respondió. En su cinturón, el colmillo de jaguar del macuahuitl conservaba un calor sordo. Por primera vez, entendió sin entender: el águila coronada devoraría al sol, y él, el naufrago entre dos mundos, sería el cuchillo y la herida.

Mientras la lluvia ácida seguía cayendo, convirtiendo el polvo en lodo oscuro, Guerrero apoyó la punta del arma en la tierra y arrastró una espiral.

Para marcar territorio.

Para recordar que a partir de esta noche, las visiones empezarían a comportarse como mapas. Y los mapas, como sabía desde Granada, siempre llevan a alguien a la guerra.

El ritual terminó cuando se apagó el último brasero.

Y Guerrero, con la cicatriz del jaguar ardiendo en su rostro y el sabor a sangre y balché en la boca, supo que nunca volvería a soñar como un hombre que solo cree en lo que puede tocar.

El agua le corría por la cicatriz y no la enfriaba.

Capítulo 10: “Libertad del caimán”

(1514)

La primera sandalia apareció enredada entre raíces, a un paso del agua. Después encontraron un hueso liso, lavado por el cenote, y una tira de tela con sangre seca. Nadie dijo el nombre de los hombres que faltaban. Guerrero miró la superficie quieta y sintió que el silencio venía de abajo.

El cenote K'áak' Naj respiraba quietud. Bajo su superficie de jade oscuro, las raíces de las ceibas bajaban por la piedra húmeda y se perdían en el agua, y el aire olía a musgo podrido y azufre, como si el inframundo estuviera a un suspiro. Hacía lunas que el agua se llevaba hombres. Unos desaparecían al buscar peces de noche; otros, al cruzar el sendero de ofrendas. Los ancianos murmuraban que Ah Itzá, un caimán guardián, devoraba a los impuros. Guerrero solo había hallado restos ambiguos: una sandalia desgarrada por colmillos, un hueso de brazo liso como mármol.

—Le k'áat a wóol u páak'ach a wóol —dijo el batab, colgando un collar de vértebras humanas en el cuello de Guerrero—. La libertad se gana domando el miedo... o alimentándolo.

Ix Chan lo observaba desde la orilla, sus manos temblorosas sosteniendo una túnica blanca tejida con fibras de henequén. El tejido brillaba bajo el sol, pero Guerrero notó manchas oscuras en los bordes: sangre vieja de otros yalba uinik que habían fallado.

—Yáanal le k'iin —susurró ella, envolviéndolo en la tela—. Bajo este sol, solo hay dos caminos: renacer o ser olvidado.

El agua era un espejo roto. Guerrero avanzó, el macuahuitl en una mano y un arpón de obsidiana en la otra. Sabía que el ritual era una trampa. El batab lo había mirado con esa codicia fría que solo venía del miedo a ser reemplazado. Pero lo que no esperaba era el silencio. Ni grillos, ni monos aulladores. Solo el crujido seco de sus pasos sobre las hojas.

La sombra salió de los matorrales de ch'ibix: un caimán de piel ulcerada y ojos velados por una membrana blanca. Sus fauces, desencajadas en un gruñido, olían a pescado podrido y óxido. Guerrero saltó hacia atrás, pero la cola del animal lo golpeó en el costado, arrojándolo contra una roca.

—¡No es un animal! —oyó gritar a Ix Chan—. ¡Es el ch'ulel de Chac Xib Chac!

El nombre del guerrero ahogado resonó en su mente. ¿Alma en pena o teatro del batab?, pensó,

escupiendo sangre. El caimán cargó de nuevo, pero esta vez Guerrero se escurrió entre las raíces de una ceiba, usando el tronco como escudo. Las mandíbulas del animal se cerraron en la madera, astillándola.

—Tú y yo somos lo mismo —rugió el caimán, pero la voz era la de Valdivia, sus ojos nublados brillando con un fulgor antinatural—. Sobras de guerra, náufragos sin dios.

Guerrero dudó. El animal lo embistió, clavándole un colmillo en el muslo. La sangre tiñó el agua de rosa, y por un instante, vio cadáveres flotando: guerreros mayas con el pecho abierto y españoles con cadenas en los tobillos. Los cadáveres flotaban como ecos.

—¿Lo ves? —la voz del caimán era ahora la de su madre—. Los fuertes no escriben destinos... los entierran.

Con un gemido, Guerrero hundió el arpón en el costado del animal, buscando el corazón. El caimán se retorció, arrastrándolo al fondo, donde los huesos de las víctimas formaban un trono blanco. Entre las costillas y un cráneo, brillaba un colmillo tallado con glifos: “El que domina la bestia lleva su hambre”.

La presión le apretó los oídos. El agua se volvió negra. Luego empezaron las imágenes.

Ix Chan, años mayor, sostenía a Ixmo frente al cenote. La niña tenía ojos de caimán y susurraba: “Padre, ¿por qué me dejaste el hambre?”.

Balam Can, con el macuahuitl de Guerrero, liderando a españoles disfrazados de holkanob. En sus manos, el colgante de cuarzo latía como un tumor.

Él mismo, ya anciano, mordiendo un colmillo mientras escribía su nombre en maya sobre la piel de Cortés.

El caimán lo soltó bruscamente, como si las visiones también lo hubieran herido. Guerrero emergió, ahogándose en aire y rabia, y con un golpe certero, partió el cráneo del animal. Un chorro de humo negro brotó de la herida, se estiró como un águila negra coronada y se deshizo sobre el agua.

—¡Yalba uinik! —gritó alguien, pero los vítores sonaron huecos.

Ix Chan corrió hacia él, pero Guerrero se apartó. Arrancó un colmillo de las fauces del reptil y lo clavó en la tierra frente al batab.

—In k’áat... ma’ tin wóol —No quiero... tu libertad —jadeó, señalando las manchas en la túnica—. In k’áat... k’áak’náab. Quiero... seguir ardiendo.

El batab sonrió, mostrando dientes teñidos de achiote.

—Entonces arde —dijo el batab.

Al caer la noche, mientras desollaban al caimán, Ix Chan encontró a Guerrero bajo la ceiba sagrada. En sus manos, un frasco de zuhuy ha relucía con agua del cenote.

—Bebiste su sombra —dijo, lavando sus heridas—. Ahora tu sed será eterna.

Guerrero observó el colmillo. En su superficie, los glifos habían cambiado: “La bestia nunca muere. Cambia de piel”.

Se lo guardó. El colmillo raspó la tela de la bolsa y quedó allí, húmedo todavía, con olor a fango y carne abierta.

En el horizonte, las nubes prometían lluvia. La densa y pesada que precede a la temporada de siembra; no la ácida del ritual.

Guerrero se puso de pie. La túnica blanca estaba ahora manchada de sangre, barro y agua verde del cenote. No se la quitó. La llevaría así. Como un mapa de lo que había ocurrido. Como una bandera de un país que no tenía nombre.

Ix Chan asintió una vez: un gesto mínimo, sin sonrisa, sin celebración.

Guerrero miró hacia el cenote. La superficie del agua ya estaba quieta de nuevo. Como si nada hubiera pasado. Como si el caimán, el combate, las visiones, todo hubiera sido un sueño que solo él recordaba.

Pero el colmillo pesaba en su bolsa. Y la sed, como había dicho Ix Chan, ya era eterna.

Y supo, con una certeza tranquila y terrible, que nunca volvería a beber agua sin recordar el sabor a sangre y azufre del fondo.

Había salido del agua. Eso era todo. El barro le llegaba a las rodillas y el colmillo golpeaba contra su pierna al caminar.

Parte 6: Ceiba y carne

Capítulo 11: “La Princesa de la ceiba” (1515)

En la plaza, un anciano de linaje menor era empujado por un joven holkán. Gonzalo se interpuso sin pensarlo; alzó el brazo y dejó que el golpe diera contra su antebrazo. El anciano se escabulló. Recibió a cambio una piedra de pedernal y una cuerda. La piel del nudillo quedó abierta y el hilo de sangre se secó antes de que lo llamaran hacia la ceiba.

La ceiba se alzaba como un mundo vertical.

Gonzalo Guerrero caminaba detrás de los holkanob cupules —soldados—, el polvo blanco del camino pegándose a las heridas mal cicatrizadas de sus pies. No lo habían atado, pero la escolta de seis hombres con macuahuitl al hombro era una cuerda invisible. El sol de la tarde los aplastaba. El aire olía a tierra reseca y a copal remoto.

Habían dejado atrás el asentamiento, internándose en una senda que serpenteaba entre ramones. Las raíces sobresalían del suelo como venas petrificadas, formando curvas que Gonzalo rodeaba sin pensar. Su colgante de cuarzo golpeaba su esternón con cada paso. Los seis hombres caminaban cerca, sin tocarlo.

La ceiba estaba ahí.

Era ancha como una pared, corteza gris y raíces retorcidas confundiendo tierra y cielo. Su sombra era fría. Alrededor del tronco, el suelo estaba barrido, formando un círculo perfecto. En el centro, sobre una estera de henequén, Ix Chan esperaba sentada.

No estaba sola. A su derecha, el batab observaba con ojos de halcón. A su izquierda, una mujer mayor, cabello entrecano y huipil bordado con serpientes, sostenía un abanico de plumas de guacamayo. No había sonrisas. No había música.

Los seis hombres se detuvieron al borde del círculo. Uno, el joven de las cicatrices en espiral en el torso, empujó al náufrago hacia adelante.

—Talán —dijo, señalando el centro.

Gonzalo avanzó. Sus pies descalzos sintieron la diferencia: la tierra aquí era más suave, húmeda,

como si las raíces respiraran por debajo. Se detuvo frente a Ix Chan. Ella lo miró. Era la mirada de un batab evaluando un recurso. En sus manos, un collar de cuentas de jade y espinas de huizache.

El batab habló primero.

Fue una frase larga, de esas que se doblan sobre sí mismas. Gonzalo entendió dos palabras —che' y tak'in— y el resto fue un río rápido. Asintió igual, como había aprendido a asentir en guerra cuando no se entiende todo pero se entiende el filo.

El batab pareció satisfecho. La mujer mayor no.

Más tarde, ya de regreso, el joven de las cicatrices en espiral se le arrimó sin mirarlo.

—Te preguntó si sabías distinguir una serpiente de una cuerda —murmuró.

Gonzalo apretó los dientes.

—¿Y qué respondí?

—Que sí... con entusiasmo.

Gonzalo sintió el calor subirle a la cara, pero no dijo nada. El joven siguió caminando, como si la burla ya hubiera cumplido su trabajo.

El batab continuó, como si no hubiera ocurrido nada:

—U yóolal le che', ma' tak'in, ma' chuun. Por la voluntad del árbol, no por plata, no por sal.

La mujer mayor extendió el abanico. Entre las plumas, unos pequeños huesos atados tintineaban con un sonido seco.

—Le che' u k'áaba' Dios. Este árbol tiene nombre de Dios —dijo—. U ch'úupen tu'ux ku k'áaxal u k'u'uk'umal. Aquí se atan los linajes, no los deseos.

Gonzalo miró a Ix Chan. El gesto hacia el vientre fue mínimo, pero cerró el aire. El collar pesó antes de tocarlo.

El batab se acercó. Tomó el colgante de cuarzo y lo levantó hacia la luz. La piedra brilló azulada.

—Dagargunyele —murmuró, como se dice un nombre que no se desdice.

Luego, sin soltarlo, colocó sobre el cuarzo una cuenta de jade del collar de Ix Chan. Los dos objetos se tocaron. El jade quedó apoyado sobre la piedra azulada, frío contra frío.

Ix Chan se levantó. Se acercó. Olía a xtabentún y a ceniza. Colocó el collar completo sobre la cabeza del náufrago, junto al cordel del cuarzo. Las espinas

rozaron su piel, dejando puntadas de dolor superficial.

—K'a' abéet —dijo, su voz clara, directa—. Así será.

Gonzalo pensó en escupir. No lo hizo. Miró sus manos: cicatrices de Nápoles, la marca del caimán, tierra bajo las uñas. Extendió la derecha y tocó una raíz que sobresalía cerca. La corteza era áspera, viva, surcada en espiral.

Bajo sus dedos, sintió un latido. O creyó sentirlo. El ritmo de algo que crece y se hunde a la vez.

El batab asintió. La mujer mayor dejó caer el abanico al suelo; las plumas se cerraron como una boca.

La escolta se dio media vuelta y comenzó a caminar de regreso. Ix Chan siguió, pasando junto al náufrago sin rozarlo. Él permaneció un momento más. En el pecho, el jade tiró como si tuviera peso propio.

Miró arriba. Las ramas formaban un laberinto quieto contra el cielo. Ni un pájaro. Ni una hoja.

La ceiba no hablaba.

Escuchaba.

Gonzalo tragó. No sabía qué acababan de atarle.

Cerró la mano, sintiendo la aspereza por última vez. Luego se dio la vuelta y siguió.

En el borde del asentamiento, Ix Chan se desvió hacia su choza. El joven de las cicatrices en espiral lo miró e hizo un leve movimiento de cabeza hacia allá. El movimiento de cabeza lo asignaba a la choza.

Gonzalo respiró hondo. Un olor a hierro —sangre seca, herramientas oxidadas— le llegó como un recuerdo fantasma. Lo ignoró.

Esa misma noche, en la puerta de la choza, alguien dejó una cuerda enrollada y una serpiente muerta, puesta con cuidado, como una lección. Era una corrección. Y aquí las correcciones se pagaban.

Caminó hacia la choza. La entrada estaba abierta. Dentro, en la penumbra, Ix Chan ya estaba sentada junto al fuego bajo, moliendo maíz en un metate. No alzó la vista.

El metate tenía una esquina astillada y, sin embargo, sonaba como si estuviera entero. La piedra contra la piedra, la masa tomando forma, el mismo ritmo que parecía sostener la choza desde antes de que existieran sus nombres.

Gonzalo pensó que en Europa había visto hombres discutir por un santo y matarse por una palabra; aquí, el mundo se ordenaba con una piedra y un

grano. Y aun así, si tocabas el ritmo equivocado, también podía matarte.

Ix Chan no lo miró. Cambió apenas la presión de la mano, y el sonido se volvió más rápido, como si la piedra tuviera humor propio y quisiera corregirlo: La piedra lo devolvía al hambre y al plato.

Él se quedó en el umbral. El silencio entre ellos era denso, lleno de futuros ya escritos en raíces.

Finalmente, entró. Se sentó al otro lado del fuego. Observó sus manos trabajar. El ritmo seguía, con él dentro o fuera.

Ninguno habló.

Afuera, el sol se ponía. Las sombras entraron por la puerta como raíces oscuras.

Ix Chan terminó de moler. Sirvió la masa en un plato de barro y lo extendió hacia él. Él lo tomó. La tortilla quemaba los dedos.

Comió. Ella comió. El silencio solo roto por el crepitar del fuego.

Al recoger, al pasar, su mano rozó el borde del collar y la piel del pecho donde el cuarzo descansaba.

Gonzalo no se movió. Sintió el contacto, breve y claro, y después el vacío que dejaba.

Esa noche, durmió en el suelo, junto a la puerta. Ix Chan en la hamaca al fondo. No hubo contacto.

Pero en la oscuridad, él escuchó. La respiración de ella, el crujir de la choza, los sonidos lejanos de la selva. Y en medio, el latido lento y profundo que había sentido bajo la ceiba, como si las raíces llegaran hasta aquí, envolviéndolos en una espiral que solo descendía.

Antes de dormirse, una imagen: un niño pequeño, con sus ojos y sus cicatrices, sentado bajo la misma ceiba, tocando la misma corteza áspera.

Cerró los ojos. El cuarzo le enfriaba el esternón; el jade le tiraba del cuello. Dos piedras, dos mundos, atadas para siempre por el silencio de un árbol que no olvidaba.

Capítulo 12: “El matrimonio del Sol y la Luna” (1516)

En una marcha hacia el este decidió dejar atrás el nombre que le había impuesto la fiebre española. Escogió Ka’an k’áamal, el que mide la cuerda. Lo dijo en voz alta con la boca seca y la palabra le dejó el gusto de la tierra en los dientes. Los otros lo repitieron sin reír; el nombre se pegó a su espalda como una marca de sal.

Le pintaron el cuerpo con achiote y sak lu’um —tierra blanca—. Los dedos de Ix Chan trazaron líneas rectas desde sus hombros hasta las muñecas, luego círculos concéntricos alrededor del ombligo. El pigmento olía a tierra húmeda y a raíz molida. Gonzalo permaneció inmóvil, mirando al frente, mientras ella trabajaba en silencio. Mapa, no adorno.

Vio la caña hueca antes de entender para qué servía.

En un rincón, una mujer preparaba calabazas cortadas y una caña hueca como quien prepara una cuerda de arco: sin pudor, sin ceremonia, con la precisión de lo cotidiano. El líquido olía a hongos machacados y a miel vieja.

Un muchacho del linaje menor, fanfarrón de plaza, dijo que aguantaba lo que fuera. Dos respiraciones

después estaba corriendo hacia el monte con la dignidad atrás, apretándose el vientre como si se le hubiera soltado el alma.

Gonzalo lo vio sin asco y sin risa. Guardó el dato junto a las tácticas: aquí también se trabajaba el cuerpo hasta volverlo útil.

Ix Chan no comentó nada. Siguió pintándole las líneas en el torso, como si ese viaje breve al monte fuera parte del trabajo.

Afuera, el sonido de los tambores ya empezaba, un latido bajo que venía de la plaza. Más lento, grave, como el pulso de la tierra antes de un temblor; lejos del ritmo frenético de los rituales de Chaac.

—K'iin —dijo Ix Chan, señalando el hombro derecho.

—Uj —respondió, señalando el izquierdo.

Sol y luna. Posiciones.

Cuando terminó, ella le entregó un patí blanco, tejido tan fino que la luz lo atravesaba. Se lo puso. La tela le rozó la piel recién pintada, pegándose a los círculos de achiote. Iba descalzo. Sus pies, ahora cubiertos de callos duros como piedra, no necesitaban protección.

Al salir de la choza, la luz de la mañana lo cegó. La plaza estaba llena: un círculo ordenado de rostros inmóviles. Los holkanob formaban un pasillo desde

la choza hasta la ceiba. El batab esperaba bajo el árbol, junto a un hombre anciano que Gonzalo no había visto antes: el sacerdote principal, Ah Kin Mai, cuyo torso estaba tan cubierto de glifos que parecía un muro de texto vivo.

Gonzalo caminó. Sentía las miradas pegadas a su piel pintada, recorriendo las líneas rectas, los círculos. Nadie lo aceptaba. Nadie lo rechazaba. Lo medían.

Al llegar frente a la ceiba, Ix Chan ya estaba allí. Llevaba un huipil rojo oscuro, el color de la tierra al atardecer, y en el cabello, flores de xtabentún entretejidas con cuentas de jade. No se miraron.

El anciano Ah Kin Mai alzó las manos. En la derecha sostenía un incensario de barro; el humo de copal se elevaba en espirales lentas, torciéndose en el aire quieto.

—U yóolal le k'iin yéetel uj —comenzó, su voz ronca como corteza—. Ma' u k'aaba' ch'íibal. U k'aaba' k'áax.

Por la voluntad del sol y la luna. No es un nombre de esclavo. Es un nombre que ata.

Uno de los holkanob se acercó. En sus manos, una bandeja de madera. Sobre ella, el abadí.

La moneda de plata brillaba bajo el sol, pero ya no era la misma. Alguien había grabado nuevos signos en sus bordes: glifos mayas —un k'in, una lamat— entremezclados con las inscripciones árabes ya desgastadas. En el centro, donde antes estaba la media luna, ahora había una espiral tosca, tallada con algo afilado. El objeto ya no pertenecía a Granada, ni a Palos, ni siquiera completamente a Yucatán. Era una cosa deformada, un hueso remendado.

Ah Kin Mai tomó la moneda. La sopló, dejando que el humo del copal se enroscara alrededor.

—Dagargunyele —dijo, y la palabra sonó diferente esta vez: como condición; el título se quedaba corto—. Le lo' wa k'a'abet u paakat a wóol. Esto es lo que debe cargar tu espíritu.

Extendió la moneda hacia Gonzalo. Este la tomó. La plata estaba tibia por el humo. Al cerrar la mano, los bordes grabados le clavaron los glifos en la palma.

Ix Chan se acercó. Tomó la moneda de la mano de Gonzalo y, con un movimiento rápido, la hundió en un cuenco de balché que sostenía un asistente. El líquido amargo burbujeó alrededor de la plata. Luego la sacó, goteante, y la colgó de un cordel de henequén que ató alrededor de su propio cuello, junto al collar de jade.

El cordel quedó en su cuello.

El batab dio un paso al frente. Habló directamente a Gonzalo, en un maya lento, claro:

—A k'aaba' ma' tu'ux ka'ana'an. Tu nombre no tiene lugar aquí. Le k'iin yéetel uj ku k'áaxik a wóol. El sol y la luna atarán tu espíritu. Wa ka'aj óolal, ka pulik a k'i'ix. Si cumples, vivirás. Wa ma', a k'i'ix ku pul. Si no, tu vida se cumplirá.

Gonzalo asintió. No tenía otra respuesta.

La ceremonia terminó tan abruptamente como había comenzado. Ah Kin Mai se dio media vuelta y se perdió entre la gente. El batab siguió su ejemplo. La multitud empezó a dispersarse, en silencio, como si acabaran de presenciar un intercambio comercial, no una unión.

Gonzalo se quedó bajo la ceiba, Ix Chan a su lado. El abadí colgaba del cuello de ella, aún goteando balché sobre el huipil rojo. La mancha se extendía como una herida.

—K'a' abéet —murmuró Ix Chan, sin mirarlo.

Él no respondió. Miró sus manos: las líneas de achiote ya se estaban agrietando con el sudor. En la palma derecha, los glifos del abadí habían dejado una marca rojiza, un negativo en su piel.

Ix Chan empezó a caminar de regreso a la choza. Él la siguió, a unos pasos de distancia. Al pasar junto al fuego ritual, aún encendido, vio al joven holkan de las cicatrices en espiral observándolo desde la sombra de un ramón. Sus ojos no mostraban envidia ni desprecio. Mostraban cálculo.

Dentro de la choza, Ix Chan se quitó el huipil manchado y lo colgó de una viga. El abadí quedó colgando sobre el fuego bajo, la plata brillando débilmente en la penumbra. Se sentó en el metate y comenzó a moler maíz, como siempre.

Gonzalo se quedó de pie junto a la puerta. El olor a copal aún le impregnaba la piel, mezclado con el achiote. Afuera, los tambores habían cesado. Solo quedaba el sonido de la piedra sobre el grano, monótono, infinito.

Extendió la mano y tocó la marca roja en su palma. Los glifos invisibles le ardían.

Cerró la mano. El dolor era agudo, preciso.

El silencio entre ellos tenía bordes.

Y en el cuello de Ix Chan, el abadí giraba lentamente, atrapando la poca luz, mostrando sus inscripciones rotas.

La plata siguió girando. No dijo nada.

Capítulo 13: “El secreto de Ixmo” (1517)

El dolor duró dos días y una noche. Ix Chan no gritó. Respiró, jadeó, sudó, pero el sonido que salió de su garganta fue un silbido apretado, como el viento forzado por una grieta en la roca. Gonzalo esperó fuera de la choza, sentado contra el tronco de un ramón, limpiando el filo de su navaja de obsidiana con movimientos circulares, una y otra vez, hasta que la piedra brilló bajo la luna.

Dentro, la partera —una mujer vieja con las manos pintadas de azul— murmuró instrucciones. El olor a sangre fresca y a zuhuy ha —agua sagrada— se colaba por las rendijas de la puerta.

Al amanecer del tercer día, el silbido cesó. Un llanto agudo, frágil, cortó el aire.

La partera salió, las manos aún manchadas. Miró a Gonzalo y asintió, una sola vez. No sonrió.

Él entró.

Ix Chan estaba sentada en la hamaca, envuelta en mantas de algodón. En sus brazos, un bulto pequeño y quieto. El rostro de la mujer estaba pálido, los ojos hundidos, pero su mirada seguía fija en Gonzalo.

—Talán —dijo, su voz ronca por el esfuerzo.

Gonzalo se acercó. Ella apartó la tela que cubría al bebé. Era una niña. Tenía el rostro arrugado, los ojos cerrados, el cabello negro y pegajoso. Respiraba.

Ix Chan giró a la niña con cuidado, mostrando la espalda. Allí, justo entre los omóplatos, había una marca.

Una mancha de nacimiento, pero con forma definida: una espiral imperfecta, del color del achiote oscuro, como si alguien hubiera presionado un sello en la piel tierna. Los giros eran estrechos, apretados, como los surcos del colgante de cuarzo y las raíces de la ceiba. No era una herida.

Gonzalo extendió la mano, pero no tocó. La mano se le quedó suspendida sobre la espalda mínima de la niña.

Ix Chan cubrió la marca rápidamente.

—U k'aba' Ixmo —dijo. Su nombre es Ixmo.

Luego, en un maya bajo y urgente:

—Ma' a p'áat. No lo digas. Wa p'áat, u yólal le ki'ichpam k'áat. Si lo dices, el templo la querrá.

Gonzalo miró la tela que cubría la espalda de Ixmo. No preguntó más.

La partera entró de nuevo con un cuenco de caldo de chachalaca. Ix Chan le habló en voz baja, rápida. La vieja asintió; sus ojos pasaron de Ix Chan a Gonzalo, luego al bulto en los brazos. La complicidad pasó de la vieja a Ix Chan sin pregunta.

—Dagargunyele —murmuró la partera, mirando a la niña, no a Gonzalo—. U yóolal ma' tu'ux u páak'ach. Su camino no será fácil.

Gonzalo apretó la mandíbula.

Ix Chan dio de mamar a la niña en silencio. Gonzalo observó desde la puerta. La niña succionaba con fuerza, los puños cerrados contra la manta.

Al atardecer, llegó el batab con dos holkanob. Traían ofrendas: mazorcas de maíz, frijol, un collar de conchas. El batab miró a la niña, luego a Gonzalo.

—Bix a k'áaba'? —preguntó.

—Ixmo —respondió Ix Chan antes de que Gonzalo pudiera abrir la boca.

El batab asintió. No pidió ver más. No inspeccionó. Sus ojos, sin embargo, se detuvieron un instante en el bulto apretado contra el pecho de Ix Chan, como si pudiera ver a través de la tela. Luego se fue, dejando las ofrendas en el suelo.

Pero esa noche, mientras Gonzalo salía a orinar, vio una sombra quieta entre los árboles, al borde del claro. Silueta humana, no animal, inmóvil, observando la choza. No se acercó. No hizo ruido. Al cabo de un rato, la sombra se desvaneció entre la maleza.

Al regresar, encontró a Ix Chan despierta, meciendo a la niña. Sus ojos brillaban en la oscuridad.

Antes de que pudiera decir nada, algo golpeó la pared de palma. Suave. Tres toques.

Ix Chan no se levantó. Solo giró la cabeza hacia la puerta.

Gonzalo salió.

En el suelo, en el borde de la luz, había un “mensaje”: una cuerda corta con tres nudos apretados, y al lado, una lagartija seca atravesada por una espina. Ninguna palabra. Ningún sello. Pero el orden de los nudos era demasiado pulcro para ser casual.

Gonzalo lo miró un instante. El polvo alrededor de los nudos seguía intacto; quien lo había dejado no se había acercado más de lo necesario.

Volvió a entrar sin llevarse la cuerda.

—Ah Kin Mai —dijo, sin preguntar—. U yóolal ka p'áat. Él ya sabe. O quiere saber.

Gonzalo no respondió. Se sentó en el suelo, espalda contra la pared de palma. Escuchó la respiración de la niña, leve y rápida.

Extendió la mano y tocó el filo de la obsidiana que aún llevaba en el cinturón. La piedra estaba fría, afilada. La volvió a soltar.

Ix Chan se durmió al fin, exhausta. Gonzalo permaneció despierto, vigilando la puerta. En la penumbra, los contornos de la choza se deformaban. Las sombras se retorcían en espirales lentas.

La manta subía y bajaba sobre la espalda de Ixmo, ocultando la espiral.

Gonzalo apoyó la cabeza contra la pared de palma. La palabra Dagargunyele le volvió a la boca y no la dijo.

Afuera, el viento frío de la noche seca sopló desde el norte, trayendo el olor a tierra polvorienta y a copal lejano. Un olor a sequía. A espera.

Gonzalo cerró los ojos. No rezó. No pidió. Solo contó respiraciones en la oscuridad: la de Ix Chan, profunda y cansada; la de Ixmo, leve y rápida; la suya, lenta, medida.

Afuera, el viento raspó las hojas del ramón y trajo polvo. La puerta crujió.

Gonzalo abrió los ojos. La niña seguía ahí, tibia, mínima, con la espiral escondida bajo la tela. En el claro, una rama crujió.

Se quedó despierto.

Capítulo 14: “Trampa de las Estacas” (1517)

Los hombres de Sacalum no atacaban en línea. Salían de la selva en grupos de tres, golpeaban y se desvanecían. Llevaban tres lunas desgastando los bordes del territorio cupul: maíz robado, chozas aisladas quemadas, senderos vacíos al amanecer.

Gonzalo observó desde una loma baja, oculto entre las raíces de una ceiba. El camino que venía del este serpenteaba entre dos colinas de piedra caliza, un paso estrecho que olía a orina de venado y a tierra removida. Costura, no camino.

El batab lo encontró allí al atardecer. Dos holkanob lo acompañaban, pero se quedaron atrás.

—Habla —dijo el batab.

Gonzalo no respondió de inmediato. Tomó un palo seco y dibujó en la tierra suelta. Primero, el camino. Luego, a ambos lados, una serie de líneas curvas que se estrechaban hacia el centro, como una garganta que se cierra.

—U múul’ le bej —dijo. El cerco del camino.

El batab estudió el dibujo. Sus ojos, rodeados de arrugas profundas, no mostraron sorpresa. Mostraron interés frío.

—Bix?

Gonzalo señaló las colinas.

—Ka' p'óok es' (Cavar hoyos). Ka' ch'áak che' (Afilando palos). Ka' chúuk u k'íinil (Esperar su día).

Explicó el resto con las manos: hombres escondidos en las alturas, otros empujando desde atrás, el paso hecho garganta. Una táctica que había visto en Nápoles y que le volvía a la mano con el olor del balché, naciendo de nuevo, deformada por la selva.

El batab escupió al suelo, junto al dibujo.

—Ch'i'ibal —dijo, pero no como insulto. Como hecho. Luego asintió.

—K'a' abéet.

No hubo más discusión.

Trabajaron toda la noche. Veinte hombres cavaron hoyos de un antebrazo de profundidad en las laderas blandas, inclinados hacia el camino. Otros afilaban estacas de chacá —madera dura como hierro— en fogatas bajas. El fuego endurecía las puntas y teñía de humo la ropa y la piel.

Gonzalo supervisaba, corrigiendo ángulos, probando la firmeza del suelo. Un joven holkan, el mismo de las cicatrices en espiral, trabajaba a su lado sin hablar. De vez en cuando, sus ojos se encontraban con los de Gonzalo. Después el joven miraba las estacas, el declive, la tierra removida.

Al amanecer, la trampa estaba lista. Los hoyos, camuflados con ramas y hojas secas. Las estacas, fijas en el fondo, esperando el peso de un cuerpo cayendo. Los hombres se ocultaron entre las rocas de las colinas, con piedras y lanzas. Gonzalo se colocó en el punto más alto, detrás de un tronco caído. Tenía un arco cupul, fabricado apresuradamente para su envergadura. La cuerda le raspaba los dedos.

El sol ascendió, quemando la bruma. El olor a tierra húmeda se volvió polvo y sudor. Gonzalo respiró lento, contando los latidos de su propio corazón. Recordó el silencio antes del asalto en Nápoles, la paciencia geométrica de las trincheras. Esta vez no había muros de piedra. Había selva, y el enemigo era un rumor entre los árboles.

Llegaron como era habitual: tres exploradores primero, moviéndose rápido, escudriñando el camino. Pasaron sobre los hoyos camuflados sin activarlos. Gonzalo no se movió. Dejó que pasaran.

Detrás, el grupo principal: unos quince hombres de Sacalum, pintados con rayas verdes y negras, llevando macuahuitl y hondas. Caminaban confiados, hablando en voz baja. Entraron en la garganta.

Gonzalo levantó un brazo. Desde la colina opuesta, un silbido de pájaro falso respondió.

Cuando el centro del grupo estuvo sobre la zona de hoyos, bajó el brazo.

Un holkan empujó una roca grande desde arriba. Rodó colina abajo con un estruendo seco. Los hombres de Sacalum se agruparon instintivamente, mirando hacia el sonido. Fue entonces cuando los cupules en las laderas lanzaron sus primeras piedras.

No fue una lluvia perfecta.

Una piedra rebotó en la caliza y volvió con mala intención: le abrió la ceja a un cupul propio. El hombre se quedó un segundo mirando la sangre, como si no entendiera el concepto.

—Aprendé a tirar, niño —le soltó alguien desde arriba, sin mirar.

El herido intentó reírse y le salió un bufido. Le apretaron un puñado de tierra en la herida

—medicina rápida— y lo empujaron de vuelta a su puesto.

Abajo, los de Sacalum ya miraban hacia las laderas.

Pero fue suficiente para el pánico. Los de Sacalum retrocedieron, unos tropezando, otros corriendo hacia atrás. Y los hoyos, cubiertos con ramas frágiles, cedieron.

El primer grito fue de sorpresa más que de dolor. Un hombre desapareció hasta la cintura en un hoyo, la estaca de chacá atravesándole el muslo. Otro cayó de lado, la punta le abrió el costado. El grupo se desintegró en movimientos frenéticos, caóticos. Barro, estacas y cuerpos torciéndose en ángulos incorrectos deshicieron la formación.

Gonzalo disparó su arco. La flecha golpeó a un hombre en el hombro, no letal, pero lo hizo girar y caer contra otro hoyo. La cuerda le mordió el dedo. Apuntó para mantener el flujo de cuerpos moviéndose hacia los puntos afilados.

Los cupules bajaron entonces de las colinas, en silencio, sin gritos de guerra. Remataron a los heridos con golpes de macuahuitl en la nuca, rápido, eficiente.

Gonzalo observó desde arriba. El aire olía a sangre fresca, a excremento, a miedo agrio. Vio a un hombre

de Sacalum, joven, arrastrándose con una estaca sobresaliendo de su pantorrilla. Sus ojos barrieron la ladera, buscando una salida, y por un instante se encontraron con los de Gonzalo. El joven dejó de arrastrarse.

El joven holkan cupul se acercó al herido y le hundió una lanza en la garganta. El cuerpo se calmó.

De los quince, dos lograron escapar. Uno herido levemente, el otro ileso, que había estado en la retaguardia. Corrieron colina abajo, hacia la espesura, desapareciendo entre los árboles.

Nadie los persiguió.

El silencio volvió, más pesado que antes. Solo el jadeo de los cupules, el goteo de sangre en la tierra.

Gonzalo bajó al camino. Sus pies se hundieron en el barro rosado. Caminó entre los cuerpos. El joven holkan se le acercó, limpiando su lanza en el patí de un muerto.

—Mix báa' (Nada) —dijo el holkan, pero su tono no era de desprecio. Era de asentimiento. Algo se había establecido.

El batab llegó entonces, caminando con calma. Observó el resultado: los hoyos, los cuerpos, la eficacia sangrienta. Su mirada pasó por Gonzalo,

luego se fijó en el dibujo que aún estaba marcado en la tierra, ahora manchado de huellas y sangre.

—Dagargunyele —pronunció, mirando las estacas.

Gonzalo asintió, una vez. Miró la espesura donde dos sombras ya corrían. No dio la orden de perseguir. El batab tampoco la dio.

El batab dio órdenes. Los cupules despojaron los cuerpos con la práctica de quien limpia un animal cazado: armas, adornos, sandalias.

Gonzalo se apartó. Subió de nuevo a su punto de observación. Desde allí, el camino parecía una herida en la tierra, un surco oscuro y húmedo. En el borde de la selva, creyó ver movimiento: una silueta mirando hacia atrás antes de perderse para siempre.

Esa noche, en el asentamiento, le entregaron un cuenco doble de pozole y un patí nuevo, sin manchas. Nadie le dio las gracias. Nadie lo celebró. Pero cuando pasó junto al grupo de holkanob que comía junto al fuego, el silencio cayó expectante.

Ix Chan lo esperaba en la choza. Había oído los rumores. Le sirvió agua sin preguntar. Sus ojos escudriñaron su rostro, sus manos, buscando algo.

—Bix? —preguntó al fin.

—Ka' p'áat —respondió él. Se cumplió.

Ella asintió. No hubo más palabras.

Gonzalo se sentó junto al fuego. Miró sus manos. No temblaban. Tenían tierra en los pliegues, humo en la piel y un poco de sangre seca bajo las uñas.

Afuera, el viento nocturno sopló, trayendo el olor lejano a carne quemada. Alguien, en algún lugar, estaba incinerando los restos.

El olor llegó hasta la choza y se quedó pegado al techo de palma.

En la oscuridad, mientras Ixmo dormía en su hamaca y Ix Chan tejía en silencio, Gonzalo escuchó el roce del hilo, una pasada después de otra.

Cerró los ojos. En la negrura, el dibujo volvió: camino, laderas, hoyos cubiertos, cuerpos moviéndose hacia los puntos afilados.

La cuerda del arco todavía le raspaba el dedo.

Parte 7: El reflejo del mar

Capítulo 15: “Reflejos” (1519)

El mar llegó antes que los barcos.

Traía un hedor dulzón, algas en descomposición y madera con brea. El viento venía desde el este, cargado de una humedad pesada que se pegaba a la piel como un sudor ajeno.

Gonzalo estaba en la milpa, arrancando hierbas alrededor de los tallos de maíz, cuando el joven holkan de las cicatrices en espiral llegó corriendo. No jadeaba. Su respiración era controlada, pero sus ojos brillaban con una urgencia contenida.

—Yan u k’a’aj ólal —dijo. Alguien busca tu voluntad.

—Bix?

—Jun tul español —respondió el holkan, y añadió, con una precisión que cortó el aire—: Aguilar.

El nombre cayó entre los surcos de la milpa como una piedra. Gonzalo no se movió. Sus manos, cubiertas de tierra, cerraron un puñado de hierbas hasta que los jugos verdes le mancharon los dedos. El agua. El mar volvía como olor y como nombre, sin promesa.

—Tu'ux?

—Na'ach bej —dijo el holkan, señalando hacia el sendero norte. En el camino viejo.

Gonzalo asintió. Se levantó, sacudiéndose la tierra de los muslos. No fue a la choza por nada. No tomó arma. Caminó detrás del holkan, sintiendo el peso del abadí colgando del cuello de Ix Chan, como si la moneda mutilada se hubiera vuelto más pesada con la noticia.

El sendero era el mismo por el que había llegado ocho años antes, ahora bordeado de ramones más altos, de ceibas cuyas raíces habían engullido las piedras de los bordes. El aire estaba quieto, con sal vieja pegada a las hojas.

Aguilar estaba bajo la sombra de una ceiba, junto a un arroyo seco. No estaba solo. Lo acompañaban dos guerreros cupules que Gonzalo no reconoció, observando desde una distancia prudente. La mirada

del otro, siempre presente, midiendo este reencuentro.

Aguilar se había transformado. Ya no era el esqueleto tembloroso del naufragio. Había engordado un poco, su rostro estaba quemado por el sol, y llevaba una túnica de lino español, aunque raída y remendada con tejido maya. En sus manos sostenía un rosario de cuentas de madera.

Aguilar apretó el rosario con fuerza, como si las cuentas fueran una cuerda para no hundirse. Al lado del arroyo seco, alguien había dejado una piedra pequeña tallada —un rostro sin nombre, comido por el tiempo— y Aguilar la miró como si mirara una boca.

Se persignó una vez, luego otra, rápido, murmurando algo que no llegó a ser oración.

Un niño cupul que estaba con los guardias lo vio y se acercó a tocar la piedra con un dedo.

—Si vive ahí —dijo, sin solemnidad—, que pague maíz.

Aguilar lo miró, confundido, ofendido por una lógica que no cabía en su miedo. El niño ya se había ido: aquí las cosas, o sirven, o estorban. Lo demás es ruido.

Sus ojos, sin embargo, eran los mismos: ansiosos, calculadores, profundamente incómodos en cualquier piel.

—Gonzalo —dijo, en español.

La palabra sonó extraña, como un objeto desenterrado después de mucho tiempo. Gonzalo no respondió de inmediato. Estudió a Aguilar: la manera en que sostenía el rosario, la tensión en sus hombros, la mirada que iba de él a los cupules y de vuelta.

—Jerónimo —dijo al fin.

Aguilar respiró hondo, como si hubiera estado conteniendo el aire.

—Han llegado barcos —dijo, sin preámbulos—. De Cuba. Hernán Cortés los comanda. Buscan oro, sí, pero también buscan aliados. Saben de nosotros.

Gonzalo esperó. El arroyo seco a sus pies mostraba grietas en la tierra, como venas vacías.

—Me han tomado como intérprete —continuó Aguilar, bajando la voz—. Puedo conseguirte un lugar. Un respiro. Podemos volver.

La palabra “volver” flotó entre ellos, irreal. Gonzalo miró más allá de Aguilar, hacia la espesura. Por un instante, vio el Tinto rojo y el barquito hundiéndose.

Después, la risa de Ixmo. La imagen se disolvió rápidamente.

—¿Volver a qué? —preguntó, no con amargura, con genuina curiosidad.

Aguilar parpadeó, desconcertado.

—A la cristiandad. A tu gente. A ser quien eras.

—Quién era se ahogó —dijo Gonzalo, y su voz sonó plana, como un hecho.

Aguilar se acercó un paso, su rostro se tensó.

—No vengo a decirte que son demonios —dijo Aguilar, apretando el rosario—. Me dieron comida cuando no podía caminar. Aprendí sus palabras. Pero cada día tengo que guardar la lengua para no perderme del todo. Tú has hecho... —hizo un gesto vago hacia la dirección del asentamiento— cosas que allá no sabrían nombrar. Cortés puede darte salida.

Gonzalo observó el rosario en las manos de Aguilar. Las cuentas estaban pulidas por el uso, brillantes. Un objeto que pesaba, pero de una manera distinta. Un peso que pedía fe, no acción.

—¿Y ellos? —preguntó Gonzalo, señalando con un leve movimiento de cabeza a los cupules que observaban.

Aguilar siguió su mirada. Su expresión se endureció.

—No todos son enemigos —dijo, sin mirar a los cupules—. Pero no son nuestra gente. Cuando lleguen las espadas, no podré interceder por todos.

El silencio cayó entre ellos, denso, cortado solo por el zumbido de los insectos. Gonzalo notó que los dos guerreros cupules habían cambiado su postura, apenas perceptible. Habían entendido el veneno.

—Yo no voy a volver —dijo Gonzalo al fin.

Aguilar lo miró fijamente, como si buscara una grieta, un signo de duda. No la encontró.

—¿Por ellos? —preguntó, desprecio y desconcierto mezclados en su voz.

—Por mí —respondió Gonzalo.

La incompatibilidad era simple. Como dos sabores que no vuelven a separarse.

Aguilar retrocedió un paso, como si la simpleza de la respuesta lo hubiera herido más que un insulto.

—Entonces eres uno de ellos —dijo, y esta vez su voz tembló; lástima más que miedo.

Gonzalo no asintió. No lo negó. Simplemente sostuvo la mirada de Aguilar hasta que el otro bajó los ojos.

—Diles a tus capitanes que no me busquen —dijo Gonzalo, su tono ahora formal, casi administrativo—. Diles que aquí no hay oro. Solo tierra y hambre.

Aguilar abrió la boca para decir algo más, pero un sonido lejano lo interrumpió. Un trueno profundo, del horizonte, no del cielo. Un cañonazo.

Los dos guerreros cupules se pusieron en guardia al instante, sus manos en las empuñaduras de sus armas. Aguilar palideció, girando hacia el este, de donde provenía el sonido.

—Es la señal —murmuró, más para sí mismo—. No esperarán.

Gonzalo no se movió. Escuchó el eco del cañón retumbando en las colinas, un sonido que no había escuchado en ocho años. Un sonido de hierro, de pólvora, de un mundo que avanzaba implacable.

Aguilar lo miró por última vez, una mezcla de pena y desprecio en su rostro.

—Dios te juzgará, Gonzalo.

Gonzalo respondió en maya. Sin levantar la voz.

Aguilar no entendió las palabras, pero entendió el tono. Dio media vuelta y comenzó a caminar rápidamente por el sendero, seguido por los dos

guerreros cupules que lo escoltarían de vuelta a los límites del territorio. No miró atrás.

Gonzalo se quedó bajo la ceiba, junto al arroyo seco. El aire del este era más fuerte ahora, mezclado con el polvo que el viento levantaba. Desde el asentamiento, en la distancia, oyó los primeros gritos de alarma, el sonido de caracoles sonando. Los cupules ya sabían. Los cañones no mentían.

El cañón dejó una vibración en el pecho. Gonzalo giró hacia el asentamiento antes de mirar el camino de Aguilar.

Cerró los ojos. En la oscuridad, el sonido del cañón se mezcló con el recuerdo del trueno en Nápoles, con el golpe de las olas en el barco que se partía, con el silbido de la primera flecha que había visto en Yucatán. Todos sonidos de pérdida.

Cuando abrió los ojos, el joven holkan de las cicatrices en espiral estaba a su lado, mirándolo. Esperaba una orden, una señal, cualquier cosa.

Gonzalo respiró hondo, llenando sus pulmones de aire pesado.

—Ka' k'áax —dijo. Preparaos.

El holkan asintió, una chispa de algo que podría haber sido respeto, o simplemente alivio, en sus ojos.

Luego giró y corrió de vuelta hacia el asentamiento, gritando advertencias.

Gonzalo lo siguió más despacio. Al pasar junto al arroyo seco, vio su reflejo en un charco de agua estancada, verde y opaca. Su rostro estaba curtido, marcado por cicatrices y pintura vieja. Era el que quedaba; el niño del Tinto ya no.

El mar podía venir. Podía traer barcos, cañones, hombres con armaduras. Pero él estaba tierra adentro, donde el agua era escasa y las raíces eran profundas.

Y cuando el siguiente cañonazo retumbó, más cercano esta vez, no miró hacia el este. Miró hacia el oeste, hacia el asentamiento, hacia la choza donde su hija dormía.

El silencio que siguió al estruendo se llenó de pasos apresurados, órdenes en maya y armas reunidas.

Él caminó hacia ese ruido. Sin prisa. Como quien ya no busca orilla.

Parte 8: Balam Ob

Capítulo 16: “Mapa de piel de cabra” (1520)

La piel olía a animal muerto y a humo. Estaba extendida sobre una mesa de piedra, aún rígida en los bordes, el vello ennegrecido por el fuego. Era el flanco de una cabra, desollada la luna anterior, curtida con orines y ceniza. En un extremo, una mancha oscura de sangre vieja se había fijado para siempre, con forma de isla desconocida.

Gonzalo se inclinó sobre ella, un carbón de chacá en la mano derecha. A su alrededor, el batab, el joven holkan de las cicatrices y otros dos ancianos observaban.

Al borde de la reunión, un principal con plumas de guacamayo en la cabeza y el pecho pintado de rojo se abrió paso levantando demasiado el mentón.

—Mi voz alcanza antes que mis hombres —dijo, mirando a los ancianos más que al mapa.

Nadie respondió. Un asistente le acercó agua. Bebió con una solemnidad perfecta, derramándose la mitad en la barbilla.

El batab no lo miró siquiera. Señaló el mapa con el carbón.

El principal se limpió la barbilla con el dorso de la mano y quedó al borde de la mesa, quieto, con las plumas demasiado altas.

El carbón volvió a la piel.

La reunión siguió sin acomodarse a él.

Los ancianos miraban la piel de cabra, no a Gonzalo. Esperaban líneas.

—U yóolal ma' tu'ux u b'ín —dijo Gonzalo, trazando una línea curva con el carbón. Por donde no caminan.

El carbón chirrió contra la piel. La línea serpenteaba entre las manchas naturales del cuero, evitando una zona de piel más clara, enroscándose alrededor de la mancha de sangre-isla.

—Le bej' —continuó, señalando un punto donde la línea se hacía más gruesa—. U múul'. Yaan u ch'i'ibal u k'aax. El camino. El cerco. La selva tiene dientes.

Uno de los ancianos, un hombre con el torso pintado con glifos de Chaac, tocó la piel con un dedo nudoso.

—Bix a woch'ben? —preguntó. ¿Cómo sabes?

Gonzalo no levantó la vista. Señaló su propio hombro, donde la cicatriz del caimán seguía visible, un surco irregular.

—U k'i'ixil in wóol. El precio de mi cuerpo.

La respuesta quedaba corta, pero era verdad. Conocía el territorio por haberse hundido en él; explorarlo no lo explicaba. Cada cicatriz era un punto en el mapa: aquí el agua escasea, aquí el suelo cede, aquí los árboles forman una barrera natural. La forma no estaba dibujada, pero estaba en la manera en que las líneas convergían hacia los puntos de estrangulamiento, en cómo los caminos falsos se enroscaban sobre sí mismos antes de terminar en nada.

El batab tomó el carbón de la mano de Gonzalo. Con movimientos firmes, añadió marcas: una X donde estaban los manantiales, círculos pequeños para los asentamientos cupules, triángulos para los puestos

de vigilancia. Después apoyó la punta del carbón sobre el borde oriental y la dejó allí.

—Le español —dijo el batab.

Gonzalo asintió. Tomó un puñado de polvo de sak lu'um de un cuenco y lo esparció sobre una sección del mapa, creando una zona nebulosa.

—Tierra quemada —dijo.

El anciano de los glifos de Chaac frunció el ceño.

—Ma' tak'in. Ma' ix'i'im. No hay oro. No hay maíz.

Gonzalo señaló el polvo blanco sobre la piel, luego el borde oriental.

—K'áak' —dijo. Fuego.

El anciano retiró el dedo de la piel. El polvo blanco quedó pegado a su uña.

Trabajaron hasta que la luz del atardecer se volvió demasiado débil. El mapa estaba ahora cubierto de un enjambre de líneas, símbolos y zonas sombreadas. Esta piel reunía futuras muertes, decisiones que empobrecerían a los suyos para hacer más pobre al enemigo.

El batab dio un paso atrás, estudiando la obra terminada. Su rostro era inexpresivo, pero sus ojos

recorrían cada marca, cada elección. Finalmente, asintió.

—Ka' p'áat —dijo. Que se cumpla.

Luego tomó la piel por una esquina. La sostuvo un momento suspendida sobre la mesa, hasta que todos vieron el mapa completo por última vez. Después la acercó a la lámpara de copal que ardía en el centro.

Gonzalo no protestó. Había esperado ese gesto desde la primera línea.

La llama lamió el borde de la piel. El pelo se encrespó primero, soltando un olor agrio a cuerno quemado. Luego la piel misma comenzó a contraerse, las líneas de carbón distorsionándose, los símbolos fundiéndose en una mancha negra que se expandía desde el centro hacia afuera.

Los hombres observaron en silencio. La destrucción fue administrativa. El joven holkan de las cicatrices miraba fijamente el punto donde el fuego consumía la mancha de sangre-isla, sus ojos reflejando el brillo naranja. Aprendiendo.

El aire se llenó de un humo espeso y grasiento.

El humo le raspó la garganta. Parpadeó y, por un instante, el mar ocupó el cuero. Las líneas de carbón se movieron como lomos de olas. La mancha de

sangre-isla se hinchó, roja, y el borde chamuscado se volvió costa. Vio un muelle que no existía aquí. Oyó madera partiéndose. Y en medio del crujido, el silbido apretado del parto, como si la choza respirara dentro del fuego.

Luego el pelo se encrespó otra vez, real, y la piel se contrajo en su esquina. El mapa volvió a ser un animal que ardía.

Cuando la mitad era ya ceniza rizada y negra, el batab soltó la esquina. El resto de la piel cayó al suelo de tierra, donde continuó ardiendo con una llama baja y constante hasta consumirse por completo. El olor a animal quemado se pegó a la ropa, a la lengua.

—¿Te acordás? —preguntó el batab, mientras el último rescoldo se apagaba.

Gonzalo cerró los ojos. Detrás de los párpados, las líneas reaparecieron, claras y frías. La curva del camino falso, la ubicación de los manantiales, la zona de polvo que significaba tierra quemada. Memoria muscular: peso de arco, tensión de cuerda, ángulo de estaca.

—Lo tengo —dijo.

El batab sostuvo su mirada un momento más largo de lo necesario. Luego se dio media vuelta y salió de

la habitación, seguido por los ancianos. Solo quedaron Gonzalo y el joven holkan.

El guerrero se acercó a los restos del mapa, pisoteó suavemente las cenizas hasta reducirlas a polvo negro. Luego miró a Gonzalo.

—Dagargunyele —dijo.

Gonzalo no respondió. Salió al aire fresco de la noche. Se frotó los dedos, pero el residuo de carbón se había mezclado con el sudor, entrando en los surcos de su piel.

En la distancia, hacia el este, no se veían luces de barcos. Solo la oscuridad absoluta de la selva y el mar más allá. Gonzalo repasó las líneas sin cerrar los ojos: camino falso, manantial, puesto de vigilancia, zona blanca.

Caminó hacia su choza. Ix Chan dormía, Ixmo respiraba tranquila en su hamaca baja. Se sentó junto al fuego bajo, mirando las llamas. Por un instante, vio el contorno de la piel de cabra retorciéndose, las líneas de carbón iluminándose antes de desaparecer.

Extendió la mano y tocó la ceniza fría del hogar.

El polvo negro le quedó bajo las uñas.

Afuera, un viento seco sopló desde el norte,
barriendo el polvo negro hacia la tierra del
asentamiento, las milpas y los bordes del camino.

Capítulo 17: “Fuego de los dioses” (1524)

El maíz estaba a punto de doblarse. Las mazorcas, gruesas como puños de niño, brillaban bajo un sol blanco que no perdonaba. Gonzalo caminó entre los surcos, tocando las hojas secas que crujían como pergamino viejo. Milpa de los cupules del norte, no suya, cerca del límite con el territorio de los Chel. Tierra fértil, regada por un manantial que nunca se secaba.

El holkan de las cicatrices en espiral lo seguía a tres pasos de distancia. Las marcas viejas eran pálidas, hundidas en la piel; las nuevas, rosadas y tensas, cortaban las espirales como ramas recién quebradas. Esperaba.

—Bix? —preguntó al fin.

Gonzalo arrancó una mazorca. La abrió con los dedos. Los granos estaban duros, amarillos, perfectos. Comida para seis lunas. Para niños, para guerreros, para ancianos. No comió un grano. Se quedó un instante con la mazorca abierta en las manos, como si pesara más de lo que pesaba. Sintió un tirón mínimo en el antebrazo: un temblor que no era frío. Lo apretó y el temblor se fue, obediente, escondido.

—K’áak’ —dijo, dejando caer la mazorca al suelo.

El holkan no parpadeó.

—Le ixí'im... —comenzó, pero se detuvo. El maíz...

—Ma' tak'in —cortó Gonzalo. No es oro. U k'áak' naj. Es terreno quemado.

Lo dijo en voz baja, pero la palabra k'áak' pesó en el aire caliente como una losa. El fuego tocaba el maíz, no las puntas ni los mapas.

Regresaron al asentamiento al atardecer. El consejo se reunió en la casa del batab, ahora un hombre más encorvado, cuyos ojos habían visto demasiadas estaciones secas. Estaban presentes los ancianos de los linajes principales, sus rostros tallados por la desconfianza.

Gonzalo no se sentó. Permaneció de pie frente a ellos, el polvo del camino aún en sus pies.

—U yóolal le español ma' tu'ux u chíikul —dijo. Los españoles no se cansan. U yóolal u bíin bej', u ch'a' u ixí'im. Caminan y toman el maíz. Wa ch'a'ik, u ch'i' u wóol. Si lo toman, se fortalecen.

Uno de los ancianos, un hombre con la piel como corteza de chacá, golpeó el suelo con su bastón.

—Le ixí'im u yóolal u kuxtal. El maíz es vida. Ka' ch'a'ik u kuxtal? ¿Tomamos nuestra vida?

—Ka' ch'a'ik u kuxtal le español —respondió Gonzalo, sin alterar el tono. Tomamos la suya.

Explicó con palabras escasas, apoyándose en gestos que todos entendían: el fuego alcanzaría las cosechas, las reservas escondidas, los campos de frijol y calabaza. Las cosechas del norte, las reservas escondidas en cuevas secas, los campos de frijol y calabaza. Sin comida, los españoles avanzarían más lento. Sus aliados indígenas dudarían. El hambre era un enemigo que no dormía.

El silencio que siguió fue denso, cargado del crujir de las esteras y la respiración entrecortada de un anciano. La mirada del otro lo recorría, midiendo el costo de su lógica, más que su utilidad.

El batab finalmente habló, su voz un susurro áspero.

—Le ixí'im u yóolal u páal. El maíz es para los hijos. Bix u páal? ¿Y los hijos?

Gonzalo miró hacia la entrada, donde la luz del atardecer se colaba por la purada. Por un instante, vio a Ixmo —ya una niña grande— corriendo tras una mariposa, sus pies descalzos levantando polvo. Los hijos. No solo ella. Todos los niños del asentamiento.

—U páal u k'í'ixil —dijo, y las palabras le sabían a ceniza. Los hijos son el precio.

El batab asintió una vez. La orden estaba dada.

La quema comenzó al amanecer siguiente. Gonzalo dirigió a un grupo de veinte holkanob, hombres endurecidos por escaramuzas anteriores. No llevaban antorchas. Llevaban tizones —maderas resinosas envueltas en tela empapada en grasa de tortuga— que arderían por más tiempo.

El primer campo estaba en un valle pequeño, protegido por una colina. Los agricultores cupules, advertidos, habían recogido lo que pudieron en sacos y huían hacia el sur, arrastrando a niños y animales. Una mujer mayor se detuvo frente a Gonzalo, sus ojos secos pero llenos de un reproche antiguo.

—Dagargunyele —escupió, y la palabra sonó a maldición verdadera esta vez.

Él no respondió. Hizo una seña.

Uno de los holkanob acercó el tizón a un manojo de hojas secas. La llama prendió con facilidad, demasiado fácil. Gonzalo miró el borde naranja avanzar y sintió, otra vez, el temblor mínimo en la mano. Cerró el puño hasta clavarse las uñas en la palma. La mano se quietó. La orden siguió siendo la orden.

Los holkanob arrojaron los tizones sobre las plantas secas.

El fuego se arrastró. Primero una línea dorada en el borde del campo, luego un muro bajo de llamas que avanzaba con un crepitar seco, como huesos rompiéndose bajo el sol. El humo era denso, blanquecino, y olía a pan quemado y a tierra agonizante. Gonzalo observó, inmóvil, mientras las llamas consumían el trabajo de una estación.

A su lado, el holkan de las cicatrices tosía. El humo le hacía lagrimear los ojos, pero no se apartaba.

—Mix báa' —murmuró, como hablando consigo mismo. Nada.

Gonzalo no respondió.

Quemaron tres campos ese día. Al tercero, el humo se había elevado tanto que el sol se volvió un disco pálido en un cielo de leche sucia. Por un momento, Gonzalo vio el borde del mar en ese blanco sucio, como si la espuma hubiera subido al cielo. Parpadeó. Solo era humo.

Las cenizas, livianas como plumas de ave muerta, empezaron a caer, cubriendo el cabello, los hombros, la tierra ya calcinada.

Al regresar al asentamiento, el silencio los rodeó como una muralla. Los que no habían ido a quemar los observaban desde las puertas de sus chozas, sus rostros cerrados. Los rostros cerrados reconocían una herida autoinfligida.

Esa noche hubo reparto.

En el centro del asentamiento, una olla grande hervía con un caldo ralo. La gente hacía fila sin hablar. Una mujer servía porciones medidas con una concha. Dos cucharones y nada más. Un niño protestó con un quejido corto, de tripa vacía. La madre le apretó la nuca para callarlo. El quejido se tragó. Quedó el ruido del caldo.

Ix Chan lo esperaba en el umbral. En sus brazos, Ixmo dormía, agotada por el día. La niña tenía una mota de ceniza en la mejilla, como una lágrima gris.

Ix Chan no dijo nada. Sus ojos recorrieron el cuerpo de Gonzalo, buscando sangre, heridas, signos de lucha. No encontró nada más que hollín y el olor a grasa de tortuga quemada. Su mirada se detuvo en sus ojos, y en ese instante, él supo que ella entendía. No la táctica. El paso.

Ella dio media vuelta y entró en la choza. No le ofreció agua.

Gonzalo entró detrás de ella. Se quedó de pie junto al poste central, con el olor a maíz quemado pegado a la piel y a lo profundo de las fosas nasales.

Desde el norte, un viento trajo humo fresco. Le llenó la boca de ceniza. Escupió al suelo. La saliva salió gris.

Era el mismo fuego de la lámpara, el del mapa: bajo, constante. Solo que ahora ardía en los surcos.

En la choza, Ixmo se movió en brazos de Ix Chan sin despertar. La mota de ceniza seguía en su mejilla.

Afuera, un niño lloró de hambre en alguna parte. Un llanto fino, repetido, como si alguien raspaba una piedra.

Gonzalo no se movió. Se quedó escuchando. La ceniza siguió cayendo.

En la olla quedaban los cucharones medidos. Afuera seguía el llanto. La ceniza le raspaba la lengua.

El fuego dejó el norte negro. Por la mañana, habría que contar lo que quedaba.

Capítulo 18: “El juramento de Los Gemelos” (1525)

La ceiba sagrada había engordado. Sus raíces, antes expuestas como venas, ahora se habían hundido más en la tierra, levantando el suelo a su alrededor en un anillo de tierra compactada y piedras. Era un trono de madera viva, y hoy, un tribunal.

Gonzalo llegó con el primer grupo. No lo habían llamado; lo habían escoltado. Cuatro holkanob de distintos linajes —Chel, Cupul, Cochuah, Tutul Xiú— lo flanquearon en silencio durante el camino. Traslado de propiedad, no arresto.

Bajo la ceiba, ya estaban reunidos los batabo’ob de los cuatro linajes, y en el centro, dos hombres idénticos.

Los gemelos.

Vestían patíes blancos inmaculados y mantos de algodón teñido con añil azul oscuro. Sus rostros, jóvenes pero marcados por líneas de pintura ritual, se repetían casi sin diferencia. Solo una cicatriz sobre el labio superior del que estaba a la izquierda rompía la simetría: una marca de obsidiana mal curada. Detrás de ellos, los cuatro batabo’ob permanecían inmóviles.

El gemelo con la cicatriz, Nachán Can, habló primero. Su voz era clara, sin el ronquido de los ancianos.

—U yóolal le k'a'ax —dijo. Por la voluntad de la selva.

Nachán Chan no habló enseguida. Hundió dos dedos en la tierra húmeda al pie de la ceiba y se los llevó a la frente. Recién entonces dijo: —U yóolal le cháak. Por la voluntad de la lluvia.

No miraban a Gonzalo. Miraban a la ceiba, como si el árbol fuera el verdadero interlocutor.

El batab cupul, ahora más encorvado que nunca, dio un paso al frente. En sus manos sostenía un macuahuitl, pero no uno de guerra. Era antiguo, las cuchillas de obsidiana reemplazadas por incrustaciones de jade verde oscuro que formaban un patrón en espiral a lo largo del mango.

—Dagargunyele —dijo el batab, y esta vez la palabra no salió de su boca.

Salió de la boca del gemelo sin cicatriz, Nachán Chan, como si fuera un título registrado, una propiedad verbal.

Gonzalo sintió el peso del abadí contra su pecho, aunque la moneda colgaba del cuello de Ix Chan, en

la choza, a leguas de distancia. Objetos que pesan, incluso en su ausencia.

El batab extendió el macuahuitl ceremonial hacia los gemelos. Cada uno puso una mano sobre el mango, sus dedos entrelazándose sobre la espiral de jade.

—Ka' jats' utsil —dijeron al unísono. Juramos utilidad.

El jade quedó atrapado bajo sus dedos.

Luego, juntos, giraron y extendieron el macuahuitl hacia Gonzalo, señalándolo.

Nachán Can no dijo nada. Tocó con el extremo del arma la tierra frente a Gonzalo.

Nachán Chan habló desde atrás: —U táanil. Su herramienta.

Gonzalo no se movió. Los holkanob reunidos, los sacerdotes al borde del claro, los batabo'ob bajo la sombra de la ceiba: todos miraban el punto donde el macuahuitl tocaba la tierra.

El batab cupul se acercó a él. Sus ojos, velados por cataratas incipientes, aún tenían la claridad del cálculo.

—Ma' a jats' —susurró, solo para Gonzalo. No jures.
—A jats'obo'. Ellos juran por ti.

Gonzalo tragó. El lodo seco de la ceremonia anterior pareció volverle a la frente.

Los gemelos bajaron el macuahuitl. Un sacerdote anciano, de un linaje que Gonzalo no reconoció, se acercó con un cuenco de balché. Los gemelos bebieron, uno tras otro, y escupieron el líquido sobre las raíces de la ceiba. La tierra oscura absorbió el licor rápidamente, sin dejar rastro.

Luego, Nachán Can, el de la cicatriz, tomó un poco de la tierra humedecida y se acercó a Gonzalo. Con gesto rápido, le untó un dedo de lodo frío en la frente, dibujando una línea recta de arriba abajo.

—U t'aanil —dijo. Su palabra.

Nachán Chan no completó la frase. Apoyó dos dedos en el pecho de Gonzalo, sobre el lugar donde habría estado el abadí.

El ritual terminó. Los gemelos se dieron media vuelta y salieron del claro, seguidos por los batab'ob y los sacerdotes. Los holkanob se dispersaron. Nadie dio instrucciones a Gonzalo. Nadie le explicó qué significaba el lodo en la frente. La ceremonia había sido, en esencia, una notificación.

Quedó solo bajo la ceiba, con el olor a balché agrio y tierra mojada. Se tocó la frente; el lodo ya se estaba secando, agrietando.

Desde el borde de la selva, el joven holkan de las marcas en espiral lo observaba. No se acercó. Solo asintió, una vez, como si hubiera presenciado la conclusión lógica de un proceso que ambos habían visto desarrollarse desde hacía años. Luego desapareció entre los árboles.

Gonzalo miró hacia arriba. Las ramas de la ceiba formaban un dosel tan espeso que el cielo del mediodía era solo parches de luz blanca entre un mar de verde oscuro. En una rama baja colgaban restos de cordel viejo.

Caminó de regreso al asentamiento. En el camino, pasó por un grupo de niños que jugaban a la guerra. Uno de ellos, un niño cupul de no más de ocho años, blandía un palo a modo de macuahuitl y gritaba:

—¡Dagargunyele! ¡Dagargunyele!

Los otros niños huían de él, riendo, gritando. La palabra funcionaba como un grito de poder, un nombre que infundía miedo en el juego.

Gonzalo se detuvo. El niño, al verlo, bajó el palo de inmediato, sus ojos abiertos por un miedo real y repentino. Los otros niños se callaron.

Él siguió caminando. No corrigió. No reconoció. El grito quedó atrás, más pequeño, repetido por otro niño.

Al llegar a la choza, Ix Chan estaba tejiendo. Ixmo, ahora de ocho años, trazaba líneas en la tierra con un palo. Formas abstractas que, por un momento, a Gonzalo le parecieron mapas tácticos, espirales imperfectas. La niña lo miró, vio el lodo seco en su frente, y volvió a su dibujo sin preguntar.

Ix Chan alzó la vista. Sus ojos se posaron en la marca de lodo, luego en los ojos de él. No dijo nada. No había nada que decir. Ella, mejor que nadie, entendía los pactos que se sellaban sin consentimiento.

Gonzalo se sentó junto al fuego frío. La ceniza del día anterior seguía allí, intacta. El olor a maíz quemado aún se aferraba a su ropa, mezclado ahora con el olor dulzón del balché.

Extendió las manos. Las miró. Eran las mismas manos que habían cavado hoyos, dibujado mapas, arrojado tizones. El lodo de la frente se le quebró y cayó sobre los dedos.

Afuera, el viento agitó las hojas de los ramones. El sonido era fricción: hojas contra hojas, madera contra aire.

Gonzalo se tocó la frente. El lodo seco se resquebrajó y un polvo oscuro le quedó en la yema del dedo. Lo miró un instante, como si fuera carbón.

Ixmo siguió dibujando en la tierra. Una línea. Otra.
Un giro torpe que volvía sobre sí mismo y se cerraba
mal. No levantó la vista.

Ix Chan volvió al telar.

Gonzalo bajó la mano. El polvo de lodo cayó sobre la
ceniza del fuego frío y se confundió con ella, dejando
otra capa.

Afuera, en algún lugar del asentamiento, un niño
volvió a gritar el nombre como si fuera juego. Esta
vez más lejos, más suelto.

Gonzalo no dijo nada. Escuchó hasta que el grito se
perdió entre los árboles.

Capítulo 19: “El engaño de las cartas” (1527)

El papel olía a barco y a ratón muerto. Tres hojas arrancadas de un libro de cuentas capturado en un asalto menor cerca de la costa. Las guardaban envueltas en piel de venado, junto a un tarro de tinta reseca y una pluma de ganso mellada.

Gonzalo estaba en la casa del consejo, ahora despojada de los signos de los gemelos. Solo el batab cupul y el nakom de las marcas en espiral —ya no un holkan: la cara tallada por el mando— permanecían. Sobre la mesa de piedra, las hojas parecían frágiles, pálidas, un pedazo de otro mundo traído a este lugar de tierra y humo.

—Bix —dijo el batab, señalando el papel. Su voz era un ronquido seco. Cómo.

Gonzalo miró la hoja, luego la tinta reseca. El carbón del mapa había sido más limpio que esto.

Gonzalo tomó la pluma. La examinó. Recordó la última vez que había visto algo así, cuando el fuego lamía los manuscritos y la tinta se volvía humo. La escritura entonces era algo que se destruía. Ahora era algo que iba a fabricarse para destruir.

—A k'áat u p'áat —dijo el nakom. Quieres que hable.

Gonzalo asintió. Sabía lo suficiente: firmas, nombres, frases cortas. La mentira debía oler a verdad, o al menos a la ambición verosímil de un hombre ambicioso.

—Leti'ob —dijo Gonzalo, señalando hacia el este, hacia donde los españoles se reordenaban. Ellos.

—U yóolal u túumben ich k'iin —continuó. Para que se golpeen entre ellos.

El batab dejó de mirar el papel y miró hacia el este.

Gonzalo mezcló agua con la pasta seca de tinta. El olor a agallas y metal llenó el aire, un olor químico, ajeno, que no pertenecía a la selva ni al copal. Mojó la pluma. La tinta salió espesa, negra como obsidiana. Dudó un instante, la punta suspendida sobre la hoja pálida. Una gota se formó en el extremo y casi cayó.

Comenzó a escribir.

No dictó en voz alta. Los otros observaron el movimiento de su mano, el nacimiento de formas que para ellos eran signos mudos. Un ritual sin canto. La pluma raspaba el papel con un sonido seco, insistente, como una cuchilla sobre cuero.

Escribió despacio, torpemente, como un soldado raso que escribe a un capitán. Fingió ser un tal Alonso de la Barrera. El nombre le salió de una cantina de Nápoles: vino agrio, una moneda golpeando la mesa, una risa cortada por tos.

Escribió que los hombres de Montejo planeaban traicionar a sus aliados indígenas, que guardaban el oro más puro para sí, que pensaban esclavizar a los pueblos de la costa apenas ganada la guerra. Mentiras simples, creíbles porque olían a lo que ya era probable.

Luego, la parte más delicada: una posdata como hecha con prisa, como si la pluma temblara de miedo.

«El tal Guerrero no es más que un salvaje útil; una vez sometidos los mayas, se le dará caza como a un perro rabioso».

Firmó con una rúbrica insegura, un garabato que pretendía ser la firma de un hombre apurado, de un hombre que mira por encima del hombro.

Cuando terminó, dejó la pluma a un lado. La tinta brillaba aún húmeda, como un insecto recién aplastado.

El nakom tomó la hoja con la cautela de quien sostiene una serpiente. No podía leerla, pero entendía su peso.

—Bix ka p'áat? —preguntó. Cómo se hace llegar.

—Jun tul ch'íbal —respondió Gonzalo. Un prisionero. Uno que crea que escapó. Que encuentre esto donde nadie lo vigile, entre restos viejos, como si lo hubiera encontrado solo.

El batab asintió. Su boca se curvó apenas en una línea delgada, sin humor. Era un plan sucio. Requería paciencia.

Dos días después, un prisionero español —un muchacho andaluz de no más de diecisiete años, capturado en una escaramuza menor— escapó durante la noche. Los guardianes cupules habían sido notablemente descuidados. El muchacho huyó hacia el este, sin mirar atrás.

En su fuga tropezó con los restos de un pequeño campamento abandonado. Encontró, semi enterrado bajo una piedra, un envoltorio de tela con tres cartas. La de Alonso de la Barrera estaba arriba.

El muchacho siguió corriendo.

Una semana más tarde, los espías reportaron disturbios en el campamento español. Acusaciones,

gritos, un hombre herido en un duelo. La desconfianza, esa semilla negra, había encontrado tierra fértil.

El peso frío de la pluma le quedó en la memoria de la mano. Había usado la escritura —la misma que una vez vio arder— como arma.

Esa noche, en la choza, Ix Chan lo miró mientras él se lavaba las manos en un cuenco de agua, frotándose los dedos como si pudiera quitarse una mancha que no se veía.

—Bix a báa'tel? —preguntó ella, su voz neutra. Qué hiciste.

—In p'áat —dijo él, secándose las manos. Mentí.

Ix Chan asintió una vez. No preguntó más.

Más tarde salió a tomar aire. La noche estaba quieta. El humo del día —de fogones, de milpas lejanas— quedaba pegado al bajo del cielo. El olor a tinta, sin embargo, seguía en su nariz, como si se hubiera quedado en la piel.

En el borde del claro vio una figura en la penumbra: uno de los vigías cupules, quieto, mirando hacia la choza.

La luna cayó sobre una rama blanca, pelada por insectos. Durante un instante pareció una vara

clavada entre los ramones. Después volvió a ser madera.

El vigía hizo un gesto breve hacia el este y desapareció entre la maleza.

Gonzalo se tocó el pecho por costumbre. Bajo la camisa encontró la cuerda, la piel, el cuarzo frío contra el esternón.

No llamó.

Esperó.

El viento movió las hojas. Nada más.

En la oscuridad, detrás de la choza, algo respiró hondo. Por un segundo pareció un caballo grande, húmedo y caliente, con olor de cuero engrasado y metal. Luego el sonido se torció y fue otra cosa: un venado en la maleza, o un perro flaco, o solo el viento entrando por una rendija de hojas.

Gonzalo bajó la mano del pecho.

La rama blanca volvió a verse un instante entre el follaje, demasiado recta. Parpadeó y lo que quedó fue selva: madera, hojas, sombra.

Gonzalo no respondió a nada. Respiró por la boca. El aire olía a hoja húmeda, ceniza vieja y tinta.

El claro pareció más pequeño, como si las raíces de la ceiba se cerraran alrededor.

El vigía ya no estaba.

Solo el borde del claro. El mismo. Y el zumbido de insectos retomando su lugar, como si alguien hubiera soltado un hilo que un momento estuvo tenso.

Gonzalo se quedó quieto, la mano cerrada sobre el cuarzo. La piedra no daba calor. Solo enfriaba.

Volvió a la choza. El olor a tinta lo siguió como un perro.

Se lavó otra vez. Frotó entre los dedos. El agua se enturbió, pero sus uñas seguían con una sombra oscura pegada en los surcos, como si el papel hubiera dejado un residuo más profundo que el carbón.

Miró hacia el este. Las cartas ya estarían pasando de mano en mano, doblándose, manchándose, cambiando de voz.

Cerró la mano. No sobre plata. Sobre nada. Y aun así el gesto pesó.

En la noche, muy lejos, un sonido seco —como pluma sobre papel— pareció insistir un instante entre los árboles. Luego se perdió, tragado por el mismo silencio que siempre volvía a ocuparlo todo.

Capítulo 20: “Eclipse del Águila” (1527)

El cielo amaneció blanco y bajo. No había nubes: solo una claridad plana, sin profundidad, que achataba los árboles y endurecía las sombras. El aire olía a polvo caliente y a quietud.

Gonzalo lo sintió primero en la piel: una tirantez extraña, como si la luz estuviera más delgada, más cortante. *Ix Chan*, moliendo maíz, se detuvo un instante y levantó la vista.

—Ch’a’ —murmuró, sin mirarlo. *Agarra*.

No dijo qué. Él ya lo sabía. Los que contaban los ciclos lo habían dicho tres lunas atrás, en voz baja, como quien entrega un arma: el sol mordería su propio camino. Hoy.

Salió. El asentamiento respiraba con su ritmo habitual —niños, humo, agua hacia el cenote—, pero había una tensión nueva, una capa casi invisible. Junto al campo de *pok-ta-pok*, los *holkanob* entrenaban con pausas mínimas, como si cada golpe esperara permiso del cielo.

En el extremo del campo, una pelota negra de caucho golpeó la piedra con un sonido sordo y subió demasiado alto.

Nadie celebró el rebote. Los hombres la siguieron con los ojos hasta que cayó de nuevo y rodó hacia la sombra.

Uno de los jugadores la levantó con la cadera y la devolvió al centro. El caucho volvió a picar, oscuro, obstinado.

El juego siguió, pero ya no parecía juego. Cada golpe sonaba solo.

Ix Chan, en la choza, seguía moliendo. El metate sonaba igual. El cielo, en cambio, ya estaba raro.

El nakom de las marcas en espiral lo esperaba junto a la ceiba. La calma en su cara era una máscara; en los ojos, una pregunta apretada.

—Bix ka p'áat? —dijo. Cómo lo harás.

—Ma' in p'áat —respondió Gonzalo. No lo haré. Le k'iin u p'áat. El sol lo hará.

Se reunieron en la plaza al mediodía, cuando la sombra de la ceiba era un círculo duro a sus pies. Los principales holkanob, los batabo'ob de linajes aliados y un puñado de sacerdotes jóvenes formaron un semicírculo. Los viejos no estaban: se habían recluido, negándose a presenciar lo que llamaban “la danza del sol enloquecido”. La mirada del otro era múltiple: expectante, escéptica, temerosa.

Gonzalo no dio discurso. Señaló el cielo.

—Le k'iin u yóolal u ch'a'ik u wich. El sol decidirá tapar su ojo. Wa ch'a'ik, ka jats' u táanil. Cuando lo haga, juraré su fuerza.

No dijo “la fuerza de los dioses”. Dijo “su fuerza”. Algunos asintieron. Otros fruncieron el ceño. El nakom permaneció inmóvil, los dedos quietos sobre el mango del macuahuitl.

La espera fue silenciosa. El sol picaba, pero el aire se iba espesando, como si el día estuviera conteniendo algo. Los insectos bajaron el zumbido. Las aves se quedaron mal paradas, inquietas.

Entonces el borde empezó a faltar.

Fue un mordisco lento en el disco blanco. La luz amarilleó primero, luego se volvió verdosa. Amarilla primero, luego verdosa. Las sombras perdieron borde, como si alguien las frotara con la palma. Un pájaro bajó a destiempo y chocó contra una rama, chillando como si el día se hubiera vuelto un error.

Un grito estalló entre las mujeres. Un niño empezó a llorar. Gonzalo no se movió. Observó cómo el círculo de oscuridad crecía, devorando el sol, convirtiendo el mediodía en un crepúsculo antinatural. El aire se enfrió de golpe. Un viento seco sopló desde el norte y levantó remolinos de polvo.

El mundo quedó quieto. Hasta las hojas parecían colgadas de un hilo.

Vio las caras a su alrededor con esa luz mala: ojos abiertos de más, bocas entreabiertas, manos apretándose. Algunos se arrodillaron. Otros miraban a Gonzalo buscando una señal, una orden, cualquier cosa que los sacara del agujero.

Él levantó entonces el macuahuitl ceremonial que los gemelos le habían asignado. El jade incrustado en espiral tragaba la poca luz y la devolvía como una mancha oscura.

Levantó la voz.

El primer grito le salió áspero, metálico, como si le raspaba la garganta desde adentro.

—U yóolal le k'iin! —rugió. ¡Por la voluntad del sol!

En ese momento la oscuridad fue casi total. Solo quedó un anillo de fuego sanguíneo rodeando el agujero negro donde antes estaba el sol. Aparecieron estrellas, tímidas, como una vergüenza.

Gonzalo bajó el macuahuitl y señaló hacia el este, hacia donde sabía que estaban los exploradores españoles.

—Ka' bín! —ordenó. ¡Id!

Los holkanob se pusieron en movimiento. Iban a mirar, a sembrar el rumor de que el eclipse era una señal dirigida contra el enemigo. A dejar que el miedo trabajara sin necesidad de sangre.

Él permaneció en la plaza, bajo el anillo de fuego. Sintió las miradas en la espalda. No se volvió.

La luz volvió despacio, como algo que se recompone con torpeza. El sol recuperó su ojo. Las sombras reaparecieron, sucias. Los insectos retomaron el zumbido: primero uno, luego muchos, como si la selva hubiera estado conteniendo el aliento.

El nakom se acercó. Su cara estaba pálida.

—Bix a wóol? —preguntó. Cómo te sientes.

Gonzalo miró su mano en el mango del arma. No temblaba.

—Ma' —dijo. Nada.

Se limpió el sudor con el dorso de la muñeca y le quedó polvo pegado. El nakom siguió mirándolo.

Al atardecer llegaron noticias: los exploradores habían visto retroceder a los españoles y a sus aliados varias leguas. Algunos interpretaron el eclipse como señal de dioses enfurecidos. Otros murmuraron el nombre “Guerrero” con cautela.

En la choza, Ix Chan había encendido una lámpara. La luz normal, de llama, parecía falsa después del cielo. Ixmo, sentada en el suelo, dibujaba en la tierra con un dedo: un círculo con puntas, como rayos. Un sol. Luego lo tachó con carbón, una línea negra.

La niña alzó la vista hacia Gonzalo. Sus ojos, grandes y oscuros, lo escudriñaron sin piedad infantil.

—Le k'iin ch'a'aj u wich —dijo, seria. El sol se tapó el ojo.

—Bey xan —respondió él. Así es.

Ixmo frunció la frente, como si probara una idea.

—A wich ma' —añadió, señalándose los ojos. Los tuyos no.

Gonzalo no supo qué contestar. Ix Chan, desde la sombra, lo miraba con las manos quietas sobre el telar.

Esa noche, al intentar dormir, volvió una imagen: el águila del estandarte español, negra, coronada, con las alas abiertas. No miraba el mundo. Lo miraba a él.

En las garras, un disco oscuro ocupaba el lugar de la cruz y la corona. El águila apretaba. El disco no se rompía.

Gonzalo abrió los ojos. La choza era un pozo. El aire todavía olía a polvo frío, a día mordido.

Se llevó la mano a la garganta. No encontró nada. Y sin embargo tragó como si tuviera el jade ahí, atravesado.

Se dio vuelta sobre la estera. Ixmo respiraba en su hamaca. Ix Chan estaba despierta; lo supo por el ritmo exacto, sin sueño. Ninguno habló.

Afuera el mundo siguió igual: grillos, hojas, agua lejos. En la plaza, algunos seguían despiertos.

Cerró los ojos otra vez. El silencio quedó ahí.

Parte 9: K'uxaj Saastal

Capítulo 21: “El Sacrificio de Ixmo” (1528)

El metate sonaba a hueso contra piedra. Ix Chan molía la última masa del día, el grano reducido a polvo áspero bajo la mano que no se detenía. Gonzalo medía la puerta. La sombra del guardia —un holkan cochuah, nuevo en el turno— se alargaba sobre la tierra barrida, inmóvil como un poste.

Ixmo, de ocho años, rascaba la tierra con un palo. Abría surcos urgentes y luego pasaba la palma, borrándolos. Cada cierto tiempo, su mano izquierda buscaba su espalda, palmeando el lugar entre los omóplatos donde la tela del huipil escondía la espiral oscura.

—Ka' tal —dijo Ix Chan, como quien marca una llegada, sin levantar la vista.

La sombra en la puerta se quebró. Dos figuras llegaban por el sendero: el batab cupul, su espalda un arco de renuncia, y detrás, Ah Kin Mai. El sacerdote vestía un manto blanco que no tenía una mancha. En sus manos llevaba un códice plegado, de papel de corteza, endurecido con cal y pintura vieja.

Junto a la ceiba, unos niños pateaban una pelota de caucho. Uno de ellos, un niño cupul de cara redonda, agarró un palo y lo blandió.

—¡Dagargunyele! —gritó, apuntando a sus compañeros—. ¡A mí me toca!

Los otros rieron, pero la risa se cortó en seco cuando vieron a los adultos. El niño dejó caer el palo como si se hubiera quemado. El juego se deshizo sin discusión: los niños se escabulleron entre las chozas.

Ah Kin Mai pasó sin mirarlos. Sus ojos, negros y lisos, estaban fijos en el hueco de la puerta.

Gonzalo salió. Se colocó al lado de la entrada, dejando un espacio que era a la vez un umbral y una línea.

El batab habló primero. La voz le salió baja, astillada.

—U yóolal le k'iin.

Ah Kin Mai desplegó el códice. Las páginas crujieron apenas. Sobre la superficie blanca había columnas de

puntos y barras, días pintados en rojo y negro, un pequeño rostro solar mordido por una línea oscura. Con el pulgar señaló una cuenta.

—U xook —dijo el sacerdote.

Gonzalo no los tomó. Miró el nudo marcado, luego la cara de Ah Kin Mai, luego la puerta de la choza.

—Tu'ux?

Ah Kin Mai inclinó la cabeza, un movimiento mínimo, hacia el interior donde Ixmo seguía rayando el suelo.

—U páal. K'a' abéet u páakat u k'u'uk'umal. La niña. El templo debe mirar su marca.

Dentro, el sonido del metate se aceleró. El ritmo era constante, mecánico, una barrera de ruido.

Gonzalo respiró. El aire olía a ceniza y a la flor agria del ramón.

—Ma'.

La palabra cayó al polvo y se quedó ahí.

Ah Kin Mai plegó el códice, una página sobre otra, sin apuro. El batab miró a Gonzalo, luego a la puerta de la choza. No volvió a hablar. Se alejaron por el sendero con la misma solemnidad con la que se recibe un tributo.

Gonzalo se volvió. Ix Chan había dejado de moler. Ixmo había dejado de rascar. La mano de Ix Chan seguía sobre el metate, blanca de masa hasta la muñeca.

—Bix a wóol? —preguntó Ix Chan.

Gonzalo caminó hacia el rincón de las herramientas. Sacó un pedernal y un trozo de carbón. Se arrodilló junto a los surcos de Ixmo y empezó a trazar líneas en la tierra: rutinas, turnos, accesos, horarios.

Ix Chan observó. No asintió. Miró primero las líneas, después a Ixmo, después la puerta por donde se habían ido los hombres.

—¿Yix?

Ix Chan tragó saliva. Se limpió la masa de los dedos contra el huipil. Recién entonces dijo: —Ak'ab.

Ixmo se acercó. Su dedo siguió una línea que salía de la choza y serpenteaba hacia la cueva de los murciélagos.

—¿In bin?

Gonzalo la miró. Los ojos de la niña iban de la línea a la puerta.

—Bey.

Al anoecer, Ix Chan hizo un fardo pequeño: dos huipiles, tres mazorcas, un pedernal. Ató todo con una tira de henequén y lo apretó contra el pecho antes de dejarlo junto a la puerta.

Gonzalo salió primero. El guardia cochuah ya no estaba frente a su puerta. Estaba en el cruce de senderos, observando los flancos. Su mirada barría el perímetro, metódica, profesional.

Ixmo salió detrás de su madre, envuelta en un manto oscuro. Caminaron hacia la choza de la partera vieja, la que había ayudado a nacer a Ixmo y debía favores. Era una choza al borde del basurero, donde el olor a podrido encubría otros olores.

La partera los esperaba en el umbral. No dijo nada. Corrió la estera y los dejó pasar. Ix Chan entró con Ixmo. Gonzalo se quedó fuera.

—Ch'a' —dijo la partera, entregándole un saco de piel pequeño.

Dentro, semillas de chile seco y un trozo de raíz de habín.

Gonzalo asintió. La partera cerró la estera.

Desde la plaza, los teponaztlis comenzaron el ritual del anoecer. El golpe era bajo, de madera hueca, y llegaba por la tierra antes que por el aire.

Gonzalo miró la choza que ya no guardaba a su hija. Luego miró sus manos. En la palma derecha quedaba apenas la sombra rojiza del abadí, la marca que la moneda grabada le había dejado años atrás durante el matrimonio con Ix Chan.

Caminó de regreso. En el suelo de su choza, los surcos y las líneas de carbón se superponían. Los borró con el pie. La tierra quedó lisa.

Afuera, un niño gritó en la distancia, imitando un grito de guerra. Esta vez dijo otro nombre, uno que Gonzalo no reconoció.

Dentro, el metate yacía callado. Ix Chan se había llevado la piedra de moler. Solo quedaba el hueco en el suelo donde solía estar: un negativo exacto, lleno de sombra.

Gonzalo se sentó junto al fuego frío. Se quedó ahí. El hueco del metate respiraba con la oscuridad.

Capítulo 22: “El Espía de Montejo” (1529)

Lo trajeron al amanecer, cuando la bruma aún pegaba la ropa a la piel. Dos holkanes cochuah lo sostenían por los brazos. El hombre no se resistía. Caminaba con la cabeza gacha, los pies arrastrando surcos en la tierra húmeda. Un nahua de los que viajaban con ellos, no español. Olía a humo ajeno y a grasa de caballo.

Gonzalo los esperaba en la casa del consejo, ahora una habitación con olor a cal y silencio. El batab ya estaba allí, sentado en un banco bajo, observando el polvo que el prisionero traía consigo. No hubo saludos.

Uno de los holkanes arrojó un saco pequeño de lona a los pies de Gonzalo. El sonido fue seco, metálico.

—Tu’ux? —preguntó Gonzalo. ¿Dónde?

—Na’ach bej —respondió el holkan, señalando hacia el norte—. U ch’a’ u bej’. Tomó el camino.

Gonzalo se arrodilló y vació el saco. Los objetos cayeron con un tintineo opaco: un pedernal español, una navaja de hierro oxidada, un trozo de cordel enrollado y tres monedas de cobre. Nada de valor.

Luego, algo más: un pedazo de tela doblado con cuidado.

Lo desplegó. Era un fragmento de un mapa más grande, rasgado en los bordes. Trazos de carbón: el asentamiento como un círculo, el cenote Xkekén marcado, y una línea punteada que bajaba desde el norte hasta el borde de la plaza. Pasaba justo por detrás de la choza de la partera vieja.

El silencio en la habitación se espesó. El batab dejó de mirar el polvo y fijó los ojos en el trazo.

Gonzalo se levantó. Se acercó al prisionero. El hombre tenía los labios partidos y una quemadura reciente en el dorso de la mano derecha, una media luna de hierro caliente.

—Bix a k'aaba'? —preguntó Gonzalo. ¿Cómo te llamas?

El nahua no respondió. Escupió al suelo, una masa espesa y sanguinolenta.

Uno de los holkanes levantó el mango de su macuahuitl. Gonzalo alzó la mano. El mango quedó en el aire.

En vez de preguntar, Gonzalo señaló con el dedo el punto en el mapa donde la línea punteada rozaba la choza de la partera.

El nahua siguió el dedo. Sus ojos, antes opacos, parpadearon. Reconocimiento.

Gonzalo retrocedió un paso. Alguien contó pasos. La línea apuntaba a un lugar doméstico, un escondite.

El prisionero tosió, una tos profunda que le sacudió el pecho. Al llevarse la mano a la boca, la manga de su camisa rasgada se corrió un poco. Justo sobre la muñeca, casi escondido, había un tatuaje pequeño: un ojo, simple, sin ornamento.

El batab lo vio. Asintió, una vez.

—U ch'íibal —murmuró. El cautivo.

Gonzalo recogió el mapa y lo acercó a la lámpara de aceite que ardía sobre una piedra. La llama lamió la tela. El carbón se encendió un instante, dibujando la línea punteada en fuego antes de que el lienzo se consumiera en un crespón negro que se deshizo entre sus dedos.

El olor a tela quemada llenó la habitación, agrio, invasivo.

—U páal —dijo Gonzalo entonces, su voz clara en el humo.

El batab no se inmutó.

—Bix a taak? —preguntó. ¿Qué quieres?

—Ka' ch'a'. Ka' p'áat u k'i'ixil. Que cumpla su costo.

Los holkanes tomaron al nahua por los brazos. El hombre no volvió a escupir.

Mientras los holkanes se llevaban al nahua, Gonzalo tomó el pedernal español de entre las pertenencias. Lo sopesó en la mano. Era un objeto bien hecho, con un filo preciso. No lo guardó. Lo dejó sobre la piedra que hacía de mesa, al lado de la lámpara.

—Ka' ts'o'ok u bej' —dijo dirigiéndose al holkan cochuah que lo había traído.

El hombre frunció el ceño, sin entender.

Gonzalo señaló el aire donde el mapa había estado.

—U bej' ma'. Ya no es camino. Ka' ch'a' u ch'e'en. Tomen el cenote. Ka' p'áat u ch'i'ibal. Que sea una trampa.

El holkan miró hacia la salida, donde el sendero bajaba al agua.

El holkan asintió. Salió.

El batab y Gonzalo se quedaron solos. El humo del mapa quemado se había pegado a las paredes de cal, dejando una mancha oscura.

—U páal tu'ux? —preguntó el batab, finalmente.
¿Dónde está la niña?

—Ma' tu'ux —respondió Gonzalo. En ninguna parte.

Gonzalo salió de la casa del consejo. Afuera, el día ya estaba caliente y húmedo. Camino a la choza de la partera, pasó junto al cenote Xkekén. Un niño sacaba agua con un cántaro. Gonzalo lo miró un momento: el tiempo del cubo, la visibilidad desde los árboles, el golpe sordo del barro contra la piedra.

Siguió caminando.

En la choza de la partera, la estera estaba corrida. Ix Chan estaba dentro, moliendo maíz en un metate prestado. El sonido era diferente, más inestable. Ixmo estaba sentada en un rincón, hilando algodón con un huso torpe, infantil.

Gonzalo se quedó en el umbral. No entró.

—U bej' ch'a'ab —dijo, mirando a Ix Chan.

Ella no dejó de moler. Asintió una vez, con la barbilla.

Gonzalo extendió la mano. En la palma, llena de callos y cicatrices, no había nada.

Ix Chan dejó el metate. Se acercó. No tocó su mano. Tomó su muñeca con presión firme y la giró para ver la palma. Allí, entre las líneas de suerte y trabajo, el

polvo negro del mapa quemado se había metido en los surcos más profundos.

No intentó limpiarlo. Soltó la muñeca.

—K'a' abéet —susurró.

Gonzalo retiró la mano. La cerró.

Al salir, pasó junto al montón de basura donde se pudrían los desperdicios del asentamiento. Allí, medio enterrado entre cáscaras y ceniza, el saco de lona vacío del prisionero yacía abierto, como una boca sin lengua. Una mosca verde zumbaba alrededor del borde.

Siguió de largo.

La mancha de carbón le tiró de la piel cuando cerró el puño.

Capítulo 23: “La Danza de los Cráneos” (1530)

Los cuerpos llegaron al atardecer, arrastrados con cuerdas de henequén atadas a los tobillos. Seis hombres de Sacalum, muertos en la escaramuza en el paso del río. La tierra húmeda dejó un rastro espeso desde la orilla del bosque hasta el claro frente a la ceiba, con hojas pegadas a la sangre y al barro.

Gonzalo supervisaba desde el borde. No daba órdenes. Observaba. Los holkanes trabajaban en silencio, con la eficacia de carniceros. Un joven, el mismo que había estado en la puerta de su choza, usaba un cuchillo de pedernal para separar la cabeza del primer cuerpo. El sonido fue un desgarró áspero, seguido del golpe sordo del hueso contra la piedra plana colocada como mesa.

La piedra recibía. El cuchillo volvía. La cuerda tiraba.

—Ponlos en círculo —dijo Gonzalo.

El holkan joven asintió y comenzó a colocar las cabezas en el suelo, formando un anillo con los rostros mirando hacia afuera, hacia la selva. Los ojos abiertos empezaban a velarse con una película

opaca. Las moscas ya zumbaban, atraídas por el olor a hierro y víscera abierta.

El batab apareció, acompañado por dos ancianos de linaje. Se quedaron a distancia, evaluando el trabajo. Sus ojos pasaron por los holkanes que obedecían, por las cabezas en círculo, por Gonzalo en el borde, seco de sangre.

—Dagargunyele —llamó el batab.

Gonzalo se volvió.

—K'a' p'áat u báa'tel. Que se cumpla el trabajo.

Gonzalo hizo una seña.

Otro holkan trajo un brasero de barro lleno de carbón encendido. El humo serviría para ahumar las cabezas. Arrojó un puñado de resina de copal sobre las brasas. Una columna espesa y blanca se elevó, envolviendo el círculo en un olor de iglesia y carnicería.

La gente del asentamiento empezó a congregarse. Llegaban por familias, se detenían a cierta distancia, observaban. Los niños se colaban entre las piernas de los adultos, con la boca apenas abierta y los dedos hundidos en la tela de sus madres. Una mujer cubrió la cara de su hijo con la mano, pero el niño se soltó y siguió mirando.

Nadie lloró. Nadie gritó. El silencio era casi completo, roto solo por el crepitar de la resina y el zumbido de las moscas.

Gonzalo caminó alrededor del círculo. Sus ojos recorrieron cada cabeza, midiendo lo que dirían desde el camino. Uno de los muertos tenía el labio partido por un golpe de macuahuitl, otro una oreja cercenada.

—Ese —dijo Gonzalo, señalando al de la oreja cortada—. Ponlo más alto.

El holkan joven tomó la cabeza por el cabello enmarañado y la colocó sobre una estaca corta clavada en el centro del círculo. Quedó por encima de las demás, mirando hacia el camino.

El humo de copal se mezclaba con el olor a sangre enfriada. El aire se volvió dulzón y metálico, una combinación que se pegaba al paladar.

Gonzalo dio un paso atrás.

Al volverse, vio a Ix Chan.

Estaba al borde de la multitud, con Ixmo aferrada a su falda. Sus ojos iban de las cabezas al humo, de la estaca a las manos de Gonzalo. Su rostro permanecía quieto, cerrado.

Él siguió su mirada. En el dorso de su mano derecha, entre los nudillos, una salpicadura oscura se había secado. Barro del rastro que los cuerpos habían dejado, no sangre.

Ix Chan alzó la vista y lo miró de frente. No dijo nada. Sostuvo la mirada el tiempo suficiente para que quedara asentado.

Luego tomó a Ixmo de la mano y se dio media vuelta, desapareciendo entre la gente.

La ceremonia se disolvió sin anuncio. La gente volvió a sus chozas. Los holkanes se quedaron un rato más, limpiando las herramientas en la tierra. El humo siguió ascendiendo, cada vez más tenue, hasta que solo quedó el olor.

Gonzalo caminó de regreso a su choza vacía. En el sendero pasó junto a dos niños que jugaban a empujarse. Al verlo acercarse, se pusieron rígidos, bajaron la cabeza y se apartaron.

Dentro, el aire estaba quieto y caliente. Se acercó al cántaro de agua. Mojó los nudillos. El barro seco se ablandó apenas, volviéndose una pasta rojiza que tiñó el agua de rosado. No siguió frotando. En las grietas, una sombra oscura persistía, como el carbón de otro mapa.

Secó sus manos en los muslos del pantalón. El tejido áspero absorbió la humedad, dejando dos manchas oscuras.

Afuera, el sol se había puesto. Desde la plaza llegó el golpeteo rítmico de un martillo de piedra contra un clavo de madera. Cada golpe era seco, preciso.

Gonzalo se sentó en el suelo, espalda contra la pared. Cerró los ojos para escuchar.

Diez golpes. Quince. Luego el silencio.

En la pausa, el olor a copal quemado se filtró por la puerta.

Capítulo 24: “El Secreto de la Cruz”

(1531)

La cruz era de madera de cedro, tosca, sin pulir. La encontraron en el bolsillo de un soldado español muerto en una emboscada al norte, junto a dos monedas y un pedazo de queso duro como piedra. El holkan que la trajo la sostenía con dos dedos, lejos del cuerpo, como si fuera una serpiente recién desprendida.

La soltó sobre la mesa de piedra frente a Gonzalo. Una astilla seca se desprendió del brazo corto y quedó junto al polvo.

—U ch’íibal —dijo el holkan, retrocediendo un paso.

Gonzalo la tomó. La madera era ligera, áspera. Un palo vertical cruzado por otro más corto, atados con un cordel desgastado. En el centro, donde se unían, alguien había tallado una figura rudimentaria: apenas un hombre con los brazos abiertos. La talla era torpe, casi infantil.

El batab y dos ancianos observaban desde el otro lado de la mesa. No tocaron el objeto. Sus ojos no mostraban reverencia ni odio. Mostraban cálculo.

—U páak'ach —dijo uno de los ancianos, un hombre del linaje de los Tutul Xiú.

Gonzalo giró la cruz en sus manos. El cordel estaba negro de grasa en los nudos; la madera olía a sudor viejo, a bolsillo cerrado, a camino largo.

—Bix a taak? —preguntó el batab.

Gonzalo no respondió. Salió de la casa del consejo con la cruz en la mano. A la luz del día parecía aún más ordinaria. Caminó hacia el borde del asentamiento, donde un grupo de holkanes reparaba una sección de la empalizada. Uno de ellos, un hombre joven con una cicatriz en forma de lágrima bajo el ojo, martillaba un clavo de madera.

—Talán —dijo Gonzalo, extendiendo la cruz al joven.

El holkan dejó el martillo. Tomó el objeto, lo examinó de arriba abajo.

—¿U ch'a'? —preguntó.

Gonzalo asintió.

El hombre no dudó. Colocó la cruz vertical contra el poste dañado, la ajustó y, con dos golpes precisos del martillo, la clavó como refuerzo. La figura tallada quedó mirando hacia la selva, los brazos abiertos abrazando la madera podrida.

Los otros holkanes miraron un instante y siguieron trabajando. La cruz quedó encajada en la empalizada, entre barro seco, fibras rotas y madera comida por insectos.

Gonzalo recuperó el martillo del suelo. El mango estaba caliente por el sol. Lo devolvió al hombre y se volvió para irse.

En ese momento, un niño pasó corriendo, persiguiendo un perro escuálido. Al ver la cruz clavada, se detuvo. Sus ojos se abrieron, curiosos. Extendió un dedo y rozó la figura tallada.

—¿Bix a k'aaba'? —preguntó el niño, mirando a Gonzalo.

Gonzalo miró la cruz, luego al niño.

—Ma' —dijo—. Ma' k'aaba'.

El niño frunció el ceño, insatisfecho. Dio una palmada a la madera y salió corriendo tras el perro.

Al regresar a su choza, Gonzalo encontró a Ix Chan afuera, tejiendo un cesto con fibras de henequén. Ixmo estaba sentada a su lado, deshojando una mazorca de maíz. La niña alzó la vista y lo vio acercarse. Sus ojos fueron primero a sus manos.

Él no llevaba nada.

Ix Chan no dejó de tejer. Pero sus dedos apretaron los nudos con más fuerza.

—U ch'í'ibal tu'ux? —preguntó, sin mirarlo.

—Tu'ux ka p'áat —respondió Gonzalo.

Ella alzó la vista. Le sostuvo los ojos.

—U páal ma' u yóolal u ch'a'.

Gonzalo sostuvo la mirada.

—Ma' —dijo, más duro de lo que quería.

Ix Chan lo miró un momento más, luego bajó la cabeza y volvió al cesto. El siguiente nudo le quedó torcido.

Ixmo dejó caer los granos de maíz que tenía en la mano. Se levantó y caminó hacia la empalizada.

Gonzalo no la siguió. La miró desde donde estaba. La niña se detuvo frente a la sección reparada. La cruz estaba a la altura de su cabeza. Extendió la mano, pero no tocó la madera. Trazó con el dedo en el aire la forma de los brazos abiertos.

Luego se dio la vuelta y regresó corriendo, saltando sobre las raíces expuestas.

Esa noche, mientras Gonzalo se lavaba las manos en un cuenco de agua, notó que bajo las uñas tenía

astillas de cedro. Intentó sacarlas con los dientes. No salieron.

Frotó sus manos con ceniza, el abrasivo que usaban para limpiar ollas. La piel se enrojeció. Las astillas siguieron bajo las uñas.

Afuera, un viento seco sopló desde el este. Trajo olor a tierra quemada y un canto lejano, hecho de sílabas ásperas.

Al secarse las manos en el pantalón, las astillas le pincharon a través de la tela.

Cerró los ojos. Contó las púas bajo sus uñas. Una, dos, tres.

El canto siguió, lejos.

Capítulo 25: “El Abrazo del Enemigo” (1533)

El río olía a lodo revuelto y a raíces podridas. La niebla flotaba baja sobre la superficie del agua, sucia, espesa, tapando la corriente. Gonzalo y tres holkanes —entre ellos el joven de la cicatriz en forma de lágrima— esperaban en la orilla de guijarros, de pie, mirando hacia la otra margen donde las sombras comenzaban a moverse.

Eran cinco. Dos españoles y tres indígenas de vestimenta mixta: camisas rasgadas, mantas mayas. El que lideraba era un español bajo y fornido, con barba rojiza mal recortada y un jubón de cuero grasiento. Llevaba piezas sueltas de cuero endurecido sobre el pecho y los hombros. En la cintura, un crucifijo de latón brillaba opacamente contra la tela sucia.

Ningún bando cruzó el agua. Se quedaron cada uno en su lado, separados por diez metros de corriente rápida y piedras resbaladizas.

El español alzó una mano. Sostenía un saco pequeño de lona, atado con un cordel. Lo agitó una vez. Dentro, los granos rozaron la tela con un ruido seco.

Gonzalo asintió. Uno de sus holkanes avanzó hasta el borde del agua y colocó sobre una piedra plana un trozo de corteza de caoba, lisa por un lado. Luego retrocedió.

Del otro lado, un indígena aliado hizo lo mismo con el saco. Volvió sin cruzarse, sin mirarse.

El joven holkan cupul recogió el saco. Lo pesó en la mano. Lo abrió lo justo para meter dos dedos y llevárselos a la lengua. Miró a Gonzalo. Asintió. Sal verdadera.

Gonzalo tomó la corteza. Con la punta del cuchillo había tallado glifos mínimos: la posición de un campamento español, horarios de cambio de guardia. Información útil, limitada.

El español examinó la corteza. Pasó el pulgar por las marcas talladas, como si pudiera sentir el camino con la yema del dedo. Después frunció el ceño y guardó la madera en su bolsa.

El agua corría entre los dos grupos. Nadie habló.

Fue entonces cuando el joven holkan señaló el crucifijo de latón que colgaba del pecho del español.

—¿Tak'in? —preguntó, la voz clara en la niebla.

El español parpadeó, sorprendido. Tocó el crucifijo con una mano protectora.

—Es Dios —dijo, en un español roto, con acento caribeño.

El holkan avanzó un paso, con curiosidad seca. Extendió el brazo para tocar. Sus dedos rozaron el latón. Luego, con un movimiento rápido, se lo llevó a la boca y lo mordió, probando la dureza con los dientes.

Clic seco.

Soltó el crucifijo. Golpeó el pecho del español.

—Ma' tak'in —dijo, y escupió al suelo. Se limpió los dientes con la lengua, como quien ya decidió.

Una risa breve, ahogada, nació entre los cupules y murió enseguida.

El español se puso rojo. Bajó la vista. En el brazo vertical del Cristo quedaban dos hoyuelos claros, marcas de dientes en el latón blando. Se lo guardó dentro del jubón, apretándolo contra la piel.

Dio media vuelta. Su grupo lo siguió y se desvanecieron en la neblina del otro lado del río.

Gonzalo y sus hombres esperaron un minuto. Luego se volvieron y subieron por la orilla empinada hacia donde habían dejado las canoas.

Al pasar junto a un remanso de agua quieta, Gonzalo vio su reflejo en la superficie oscura. La imagen se ondulaba. Por un instante apareció un rostro más joven, pálido, con la sombra de un uniforme español. La boca era la suya y no era la suya. Parpadeó. La piel pintada volvió a cerrarse sobre el agua.

Subieron a las canoas. El saco de sal quedó en el fondo, entre sus pies. El viaje de regreso fue silencioso; solo el sonido de los remos cortando el agua turbia.

Llegaron al asentamiento con la lona mojada. La sal había empezado a filtrarse, formando una costra blanquecina en el exterior del saco.

Al desatar el cordel, un poco de esa costra se desprendió y se le pegó a los dedos. Gonzalo siguió trabajando.

Más tarde, en la casa del consejo, la sal ya estaba mezclada con el sudor de sus manos.

Tenía un pequeño corte en el dorso de la mano izquierda, una herida vieja que no había cerrado del todo. La sal se metió ahí.

El ardor llegó lento, fino, metiéndose bajo la piel. Se frotó la mano en el pantalón y la sal se corrió, extendiendo el dolor.

Miró el corte. La piel alrededor estaba roja, irritada. La sal había entrado por una grieta pequeña y seguía trabajando.

El saco de sal fue a las reservas. La corteza con glifos ya estaba del otro lado del río.

Gonzalo cerró la mano. El ardor subió hasta el nudillo.

Parte 10: U K'ayil K'áak'

Capítulo 26: “El Hambre del Monte” (1534)

Primero cambió el sonido.

El metate de Ix Chan, en la choza de la partera, raspaba seco contra el grano. Piedra contra piedra, cáscaras, granos vacíos, una masa que no terminaba de formarse. El maíz del último almacén estaba picado por gorgojos; al molerse se volvía más polvo que comida.

Gonzalo pasó junto a la choza y lo oyó. No entró. Sabía qué sonido era.

En el cenote Xkekén, el agua había bajado. La marca oscura en la piedra mostraba un descenso de dos dedos desde la luna anterior. Lo que quedaba en el fondo tenía un brillo verde opaco y olía a algas

estancadas. Un niño bebió de allí y pasó días doblado sobre el vientre. Al cuarto día lo enterraron.

Lo enterraron rápido, en un hoyo poco profundo cerca del basurero. La tierra estaba tan seca que parecía polvo de ladrillo.

Las reservas de frijol, guardadas en ollas de barro selladas con cera, fueron abiertas. Dentro, una pelusa gris y blanca cubría los granos como una piel enferma. Hongo. El olor era tan penetrante que ni los perros se acercaban.

El batab ordenó quemar las ollas enteras. El humo que salió de la hoguera era denso, dulzón y nauseabundo. Se pegó a la ropa, al cabello, a la parte posterior de la garganta.

Gonzalo caminaba por el asentamiento y miraba las grietas en la tierra. En la fila del agua, una mujer contaba las gotas que caían del cántaro roto; un viejo chupaba una piedra para juntar saliva; dos niños se disputaban una cáscara de calabaza con las uñas.

Una mañana encontró al joven holkan de la cicatriz en forma de lágrima afilando su cuchillo de pedernal con demasiada fuerza. La piedra sonaba áspera, irregular.

—¿Bix? —preguntó Gonzalo.

El holkan no alzó la vista.

—In wíinkil —dijo—. Mi hermano menor. U k'a'aj.
Tiene fiebre.

Era un dato.

Gonzalo asintió. No había comida extra. En la casa del consejo, la sal estaba guardada en su saco, intacta, como si tocarla fuera gastar.

Al mediodía, el calor apretaba la piel. El aire estaba quieto. Las hojas de los ramones colgaban flácidas, cubiertas de un polvo fino y blanco. El viento del norte levantaba tierra seca y la metía en los ojos.

Ix Chan salió de la choza de la partera con un cántaro vacío. Tomó el sendero del pozo secundario, más lejano, cerca de las ruinas. Ixmo la seguía con pasos cortos, la cabeza gacha, dejando más distancia de la habitual entre ella y Gonzalo.

Gonzalo las dejó avanzar. Miró el cántaro vacío, la espalda de Ix Chan, los pies de Ixmo levantando polvo.

Reunió a los holkanes principales a la intemperie, bajo el sol fijo.

—U ch'e'en —dijo, señalando hacia Xkekén—. Ka' ts'o'ok. Se cierra.

Nadie protestó. Todos habían visto el agua verde.
Todos habían enterrado al niño.

Al anoecer, mientras colocaban una barrera de ramas espinosas sobre la boca del cenote, Gonzalo se acercó al borde. Miró hacia abajo. La poca agua que reflejaba el crepúsculo parecía aceitosa, inmóvil. El olor a humedad podrida subía mezclado con tierra caliente.

En el bolsillo de su pantalón, sus dedos encontraron unos granos de maíz secos que había recogido del suelo cerca del almacén. Los sacó. Eran tres, arrugados, del color de la arena.

Los sostuvo en la palma un momento. Luego los arrojó al cenote.

Cayeron sin sonido y desaparecieron en la oscuridad verde.

Regresó a su choza. Ix Chan e Ixmo seguían fuera. El aire dentro olía a paja seca y sudor viejo. Se sentó en el suelo.

Desde fuera llegó el llanto de un bebé, bajo, cortado, con pausas largas entre una bocanada y otra.

El llanto se detuvo de repente.

El silencio le secó la boca. Gonzalo cerró los ojos y contó.

Capítulo 27: “La Muralla de Escudos” (1534)

La construcción comenzó al amanecer, cuando el aire aún era frío y las sombras alargadas. No hubo ceremonia. Los holkanes trajeron los troncos de chacá cortados en la luna anterior y los dispusieron en fila junto al límite este del asentamiento, donde la selva se adelgazaba hacia un claro pedregoso.

Gonzalo supervisaba el trazado. Con un palo afilado dibujó una línea en la tierra. La línea seguía las curvas del terreno, evitaba los afloramientos de roca, aprovechaba la pendiente.

—Desde aquí —dijo, señalando el primer punto.

El joven holkan de la cicatriz en forma de lágrima tomó una barra de hierro española, capturada meses atrás. La clavó en el suelo donde Gonzalo había indicado. Otros dos hombres comenzaron a cavar el hoyo para el primer poste. La tierra, seca y compacta, cedía a golpes de azadón con un sonido bajo, cerrado.

El trabajo era puro oficio. Medir, cavar, enderezar, rellenar. La prisa generaba errores; un hoyo mal cavado haría caer el poste con el primer embate. Gonzalo caminaba a lo largo de la línea, corregía

ángulos con el pie, probaba la firmeza del suelo. Su mano apenas se alzaba para señalar.

A media mañana, Ix Chan apareció con un cántaro de agua y un cuenco de pozole frío. Se detuvo a cierta distancia, observando el avance de la palizada. Los hombres que cavaban cerca del sendero principal la miraron, luego miraron a Gonzalo.

Gonzalo inclinó la cabeza, breve.

Ix Chan avanzó y dejó el agua y la comida en el suelo, al borde del área de trabajo. No dijo nada. Sus ojos barrieron la línea de troncos, los hoyos, la barrera que empezaba a nacer. Luego se volvió y se fue por el mismo sendero.

Al mediodía, el primer tramo de la empalizada ya estaba erguido: una docena de troncos afilados en la punta, clavados a intervalos irregulares, con barro fresco apretado en la base. Desde el otro lado, el asentamiento parecía más pequeño. Desde dentro, la selva parecía más lejos.

Gonzalo llamó al joven holkan.

—¿Bix a k'aaba'? —preguntó, señalando la estructura.

El hombre miró la madera, luego a Gonzalo.

—U múul' —respondió.

—Ma' —dijo Gonzalo—. U péek'.

El holkan asintió, sin hablar.

Por la tarde, llegó el batab con dos ancianos. Caminaron a lo largo de la obra, tocando los troncos, evaluando la altura. Uno de ellos, un hombre del linaje de los Tutul Xiú, señaló un punto donde la muralla se curvaba dejando un pequeño hueco, una rendija natural entre dos rocas.

—U ch'e'en —dijo el anciano.

Gonzalo siguió la línea con los ojos. El hueco era apenas suficiente para que un hombre pasara agachado.

—Ka' p'áat —dijo Gonzalo.

El batab lo miró. Asintió. Lo supo el consejo. Para el resto, no existía.

Al atardecer, la muralla tenía la altura de un hombre en su tramo completo. Los holkanes comenzaron a afilar las puntas de los troncos con hachas de piedra. El sonido era seco, repetitivo, madera abriéndose en golpes cortos.

Gonzalo se alejó del trabajo y caminó hacia el lado interno. Desde allí, la vista de su choza —la que había compartido con Ix Chan, ahora vacía— quedaba cortada por la madera nueva. Solo se veía

el techo de palma. El sendero hacia la choza de la partera quedaba oculto tras los postes. Entre la muralla y las primeras chozas corría un pasillo estrecho, ya marcado por huellas.

Ixmo apareció en el extremo de ese corredor. Caminaba despacio, arrastrando un manajo de leña. Al ver a Gonzalo se detuvo. Miró la muralla, luego a él.

Gonzalo alzó una mano, un saludo mínimo.

La niña no respondió. Dio media vuelta y desapareció detrás de la choza más cercana.

El sol se puso. Los hombres dejaron de trabajar. La muralla era ahora una sombra larga y dentada que cruzaba el este del asentamiento. En su base, las herramientas quedaron amontonadas: azadones, cuerdas, hachas. Mañana seguirían.

Gonzalo fue el último en irse. Se acercó a la muralla y apoyó una mano en uno de los troncos. La madera era áspera, fría. El aire olía a tierra removida y a savia de chacá, amarga, resinosa.

Desde el otro lado llegó el grito de un mono aullador. La madera lo devolvió apagado.

Gonzalo retiró la mano. La savia le había dejado una mancha pegajosa en la palma. La frotó contra el muslo, pero el brillo quedó en la piel.

Caminó por el corredor oscuro. A cada paso, la pared nueva le devolvía el roce de sus sandalias contra la tierra.

Capítulo 28: “Las Flechas de Fuego” (1535)

La grasa de tortuga hirviendo olía a carne podrida y sal marina. Gonzalo observaba desde unos pasos de distancia mientras el joven holkan de la cicatriz removía la mezcla en una olla de barro sobre las brasas. Había grasa, resina de copal molida y cera de abejas silvestres. La pasta espesa, negruzca, levantaba bolsas lentas que reventaban con chasquidos húmedos.

Otros tres hombres, sentados en el suelo, enrollaban tiras de algodón alrededor de las puntas de las flechas, justo detrás de la obsidiana. Dedos, tela, nudo. Cada envoltorio debía quedar firme, con espacio suficiente para beber la grasa caliente sin soltarse en el vuelo.

—Bix? —preguntó Gonzalo.

El holkan miró la olla, luego a Gonzalo.

—K'áak' —dijo.

Tomó una flecha ya preparada y hundió la punta envuelta en la pasta caliente. La giró dos veces, la sacó y la sostuvo en alto para que el exceso

escurriera. La grasa se enfrió rápido, formando una costra brillante y pegajosa alrededor de la tela.

Al atardecer llevaron las flechas a la muralla. Una veintena, colocadas en un cesto de mimbre forrado con hojas secas. El aire estaba quieto, pesado.

Gonzalo escogió a cuatro arqueros por la frialdad: hombres capaces de esperar con la cuerda tirante. Les dio una flecha a cada uno.

—U yóolal le che’ —dijo, señalando el borde del claro donde comenzaba el campamento español, visible a través de los árboles como manchas de lona descolorida.

Los arqueros tomaron posiciones detrás de la empalizada, encendieron las puntas con teas de ocote y esperaron.

Gonzalo mantuvo la mano alzada. Esperó al sople correcto. Un minuto. Dos.

Un perro empezó a ladrar en el campamento español, agudo y persistente.

Entonces Gonzalo bajó la mano.

Las flechas salieron una tras otra, en secuencia medida. El aire crujió al paso de las puntas encendidas. Las llamas anaranjadas dejaron estelas de humo oscuro contra el cielo crepuscular.

La primera cayó corta, clavándose en el tronco de un ramón seco. La llama prendió de inmediato; la corteza empezó a abrirse en líneas negras. La segunda y la tercera volaron más lejos y desaparecieron entre las copas que bordeaban el campamento.

La cuarta flecha se desvió. Una ráfaga repentina la empujó hacia la izquierda. Cayó en un parche de hierba seca a medio camino entre la muralla y el campamento.

El fuego prendió allí.

Desde el campamento llegaron gritos en español y el sonido de una campana tocando a rebato. Era un incendio pequeño: hombres corriendo con mantas, cubos, tierra.

En la muralla, los arqueros bajaron los arcos. Uno de ellos tosió. El humo del ramón ardiente, llevado por el viento cambiante, empezaba a arrastrarse hacia ellos, espeso y acre.

Gonzalo giró y bajó de la empalizada. Al pasar junto al cesto tomó una de las flechas sin usar. La grasa ya estaba fría al tacto. La devolvió.

De regreso al asentamiento, el olor a humo lo siguió. Grasiento, dulzón, agarrado a la garganta, distinto de la sequedad de la leña.

Encontró a Ix Chan fuera de la choza de la partera, colgando ropa lavada en una cuerda de henequén. Vio acercarse a Gonzalo, luego miró por encima de su hombro la columna de humo que se elevaba más allá de los árboles. No dijo nada. Sus manos siguieron trabajando.

Gonzalo se detuvo frente a ella.

—Ka' p'áat —dijo.

Ix Chan terminó de colgar una túnica de algodón y se secó las manos en la falda.

—Ixmo —dijo—. Tos.

Gonzalo miró hacia la entrada. Ixmo estaba sentada en el umbral, jugando con unas semillas. Respiraba por la boca. Cada entrada de aire le raspaba la garganta.

Ix Chan lo miraba.

Gonzalo asintió una vez. No había nada que decir.

Esa noche, mientras comía un plato de frijoles y maíz, el humo volvió desde la garganta. Bebió agua. El amargo siguió atrás de la lengua.

Al acostarse, el olor seguía allí. Cerró los ojos y vio el parche de hierba ardiendo en el lugar equivocado.

Del otro lado apagarían fuegos pequeños,
maldiciendo en un idioma que ya le sonaba ajeno.

Gonzalo giró sobre su estera, de espaldas a la puerta.
En la oscuridad, tragó una vez. El humo no bajó.

Capítulo 29: “El Asedio de Nito — Puerto del Río Dulce” (1535)

Negro lento, con olor a fruta podrida y lodo revuelto. Gonzalo bajó de la canoa y el barro le chupó el pie hasta el tobillo. Sonó húmedo, satisfecho.

Alrededor, los holkanes desembarcaban sin hablar. El aire quieto. Mosquitos pegados a párpados, labios, nuca. El sol entraba en manchas verdes entre la espesura.

Un joven tropezó. Su sandalia quedó atrapada. Tiró del talón con las manos. El barro apretó. Se rió, corto. Otro holkan llegó, agarró el cuero y tiró. Desgarró. La sandalia salió; la suela se quedó dentro.

Gonzalo miró el hueco. Se llenó de agua negra al instante. Siguió.

Gonzalo empezó por los nudos.

El campamento español se veía a media legua: lonas descoloridas, un casco que brillaba, humo bajo. Gonzalo caminó la línea entre pantano y claro. Marcó puntos: un árbol caído, un montículo duro, caña brava donde un hombre se quedaría pegado.

A cada punto dejó un hombre. Con mano baja:
quedate. Con dos dedos: mirá. Con puño: esperá.
Asentían. Algunos ya tenían el ojo vidrioso.

En un claro firme clavó una estaca corta de chacá.
Ató henequén. Un nudo simple. Dos pasos más, otro
nudo.

Repitió la distancia hasta que el henequén dibujó
una línea baja sobre el barro.

El pasillo quedó marcado.

Uno tosió. Escupió al agua. La mancha blanca flotó
un instante y se hundió.

Al tercer día, el pantano empezó a salir por la boca y
por el vientre.

El holkan de la cicatriz en lágrima vomitó al
amanecer. Lo que salió era oscuro, con hilos verdes.
Se limpió con el dorso de la mano y volvió al tronco
donde vigilaba.

El viejo se apartó y se agachó entre matorrales. El
sonido fue líquido, violento. Volvió pálido, con las
piernas temblando. Ocupó su lugar. Gonzalo le miró
los dedos: intentaban cerrarse y seguían vibrando.

La noche trajo fiebre. Temblaban bajo mantas
húmedas. Dientes golpeando. Gonzalo pasó entre
cuerpos, sin detenerse. Oía los jadeos, contaba los

intervalos, veía cuánto faltaba para que alguien bebiere del negro o caminara fuera del pasillo.

Al cuarto día cortó el agua.

Juntó a los que aún podían tensar un arco. Habló cerca del oído.

—El arroyo baja de la colina.

Tres troncos.

Unas piedras.

Se tapa.

Un hombre lo miró con ojos rojos.

—¿Y el agua?

—Beberán de aquí —dijo Gonzalo—.

El hombre miró el agua negra y tragó saliva.

Nadie preguntó otra vez.

Más tarde, una tea de ocote medio apagada cayó sobre redes españolas abandonadas. La lona estaba impregnada de grasa y sal. Prendió con un chasquido. Llamas bajas, pegadas al suelo. Humo negro, espeso, olor a pelo quemado.

El viento giró. El humo volvió. Entró en ojos y garganta. Tosieron. Se frotaron la cara con las mangas. Uno quedó con lágrimas abiertas, sin parpadear.

Gonzalo miró el humo arrastrarse hacia su línea. No se movió.

Al amanecer del quinto día, el viejo permanecía encogido contra raíces de ceiba de pantano. Ojos abiertos al dosel. Piel gris, cera.

Dos hombres miraron a Gonzalo.

Gonzalo se agachó, tocó el cuello. Frío. Asintió.

—A la canoa.

Lo cargaron sin ceremonia. Al bajarlo, el brazo colgó. La mano rozó el agua negra; los dedos flotaron un instante y se hundieron.

Volvieron al cerco.

Ese día un holkan se cortó el pie con una concha al vadear un remanso. La herida supuraba y olía mal. Alguien sacó cristales gruesos, restos del saco del trueque.

Gonzalo los dejó caer sobre la carne abierta.

El hombre apretó la mandíbula. El gemido salió como un hilo. La sal espumó blanco y breve. El olor se cortó. Quedó sangre nueva.

—Atadla.

Envolvieron el pie con tela. El hombre no dejó de temblar.

Al séptimo día los españoles intentaron salir. Un grupo pequeño, huesudo, avanzó sin formación por el lado este hacia un arroyo menos profundo.

Los holkanes ocultos tensaron los arcos.

Gonzalo mantuvo la mano quieta.

Dos pasaron.

El tercero, un aliado indígena, tropezó y cayó de cara al barro. Se levantó separado, giró la cabeza, vio solo verde y negro. Corrió hacia la espesura donde no había nadie.

Un holkan miró a Gonzalo.

Gonzalo mantuvo los ojos en el agua.

El hombre desapareció, jadeando.

Al anochecer, Gonzalo se sentó en una piedra plana al borde del agua. El pantano soltaba burbujas bajas; cada una abría un círculo aceitoso antes de cerrarse.

Miró sus manos. Barro negro bajo las uñas. En la muñeca, el henequén había dejado una línea roja, hinchada. Ardía con el sudor.

Bebió del cántaro. El agua sabía a hierro y humo.

En la distancia, en el campamento, una antorcha se movió y se apagó.

Gonzalo bajó el cántaro. En el dorso de la mano, una picadura rascada se había endurecido. La piel alrededor latía con el pulso.

Capítulo 30: “La Carta de Alvarado” (1536)

En el real y asiento de Nito, a la ribera del río que los indios llaman Dulce, a siete días del mes de Março, año del Señor de 1536.

Muy Illustre y Excelentísimo Señor,

Esta va escripta con la poca tinta que resta, y el papel beue el agua del ayre, que aquí es perpetua. La letra se corre y se borra. Si V. m. hallare renglones mal entendidos, no es por descuydo; es por la humedad, que nos come assí los huesos como la voluntad.

De los ochenta hombres que salieron de San Pedro —digo ochenta, aunque el alférez dize setenta y nueve, porque uno quedó atrás con el pie hinchado y no le cuentan— ay al presente quarenta y tres con calenturas y flujos de vientre. O quarenta y dos: esta mañana uno amaneció callado y no le he visto menearse. Los mosquitos no cesan, ni de día ni de noche; pican a través de la camisa, y entran en los oydos y en los ojos.

Se han perdido seys cauillos. En monte seco cae vn cauillo y se le levanta, si ay hombres bastantes; aquí el barro les traga las patas hasta el coruejón y no los suelta. Relinchan como criaturas y patalean hasta

*cansarse. Quedan mirando. Luego la noche los apaga.
Por la mañana sólo ay la cuerda tirante y el barro liso,
como si jamás huuiessen estado.*

*La pólvora está mojada. De cada diez tiros, los siete no
prenden; a vezes ocho. Se golpea la piedra y salta
chispa, y no ay fuego. La mano queda negra y el ánimo
peor.*

*El enemigo no se muestra en campo raso. Son indios
ladinos y muy auisados. Vsan el monte por muralla;
tiran desde él, se esconden en él, y salen por donde
parecía no auer paso. Hacen señales con páxaros falsos.
No sé cómo lo hazen: parecen páxaros, y no lo son.
Vuelan poco y bastan.*

*Ay entre ellos vno que habla nuestra lengua. No se le ha
visto el rostro. Mas los nuestros juran auer oydo
mandamientos en buen castellano: “a la derecha”,
“quietos”, “esperad”. Dízenlo con rabia, porque no ay
cara a quien tornar el golpe. Vnos afirman que es
Guerrero, el náufrago de años ha, hecho indio; otros
que es sombra, o demonio del monte. Yo no sé. Lo cierto
es que nos adiuina: dónde cauar, dónde poner guarda,
cuándo tocar el agua. Donde se pone vn pie, ya parece
que lo esperan.*

A nuestra gente la fueron cortando por partes.

Nos atajaron el arroyo con troncos y piedras. Yo lo vi después, y no se oye quando lo hazen. Por la mañana el agua baja menos; luego nada. Los hombres beuen del pantano; y el pantano envenena. Entra por la boca y sale por baxo, sin parar. La fuerça se va con el agua, y el cuerpo queda como pellejo vacío.

El cerco anda por pasillos entre árbol y árbol, marcados con nudos en cuerdas. Vn nudo aquí, otro allá, puestos para quien sabe leerlos. Y el que no entiende pisa donde no deue. Después se oye la flecha, y no se vee el arco.

Vn aliado indio boluió y lo contó. Venía con calentura y hablaua a pedazos, como quien muerde. Dixo: “el barro no suelta”; y después: “el humo buelue”; y luego, señalándose el cuello, “nudos en los árboles”. Dixo también que ay vn pasillo que parece salida y acaba en lodo. (Aquí se corre la tinta; perdone V. m.) El hombre tiembla todavía. La tierra desta ribera se pega al cuerpo y no le dexa.

Entre los soldados corre vn nombre, o cosa parecida. Ninguno lo dize dos vezes de la mesma manera.

Dagargunyete. Dagarguniel. Dagargunele. Assí lo dicen, cada qual con miedo distinto.

(El escribano lo escribió y lo tachó. Lo volvió a escribir y lo tachó otra vez. En el margen quedaron

tres palabras y una mancha. Parece un insecto reventado. La mancha crece porque el papel estuvo mojado.)

Pídese socorro, si V. m. lo tuuiere por bien. No tantos hombres como perros de presa para rastrear en el monte. Guías. Intérpretes. (Mas intérpretes que no sean destos mesmos indios, porque aquí todos oyen y todos hablan, y lo que se dize se paga.) Pólvora seca, si en tal clima se halla. Sal en cantidad, para conservar lo poco que se caza. Clauos, machetes. Algún remedio contra la disentería. Y disciplina, porque los hombres, con la calentura encima, comiençan a dezir disparates: que las sogas se enredan solas, que las botas se hundan por voluntad, que el barro "los quiere". Es fiebre. Mas la fiebre mata assí como mata el hierro.

Queda en el real vn crucifixo de latón con señales de dientes. Vn indio lo mordió en vn trueque. El soldado que lo traía lo ha escondido de vergüença. El latón es blando; las señales están claras, como de perro. No lo digo por burla; dígolo porque lo he visto, y no se borra.

No ay más papel. Ay más que dezir, pero el papel se acaba antes que el barro.

Beso las manos de V. m., Por mandado del Adelantado Pedro de Aluarado, El capitán Francisco de Morales.

*Posdata, en el margen, en letra más pequeña y
apretada: Dízen —dízen— que el que manda entre
essos indios trae al cuello vna moneda con letras
estrañas, que llaman de moros o de turcos. No sé. Aquí
se dize qualquier cosa quando falta el agua. El papel se
acaba. Déxole. (hay un mosquito enahogado en la
tinta de la firma)*

Capítulo 31: “El Último Aliento” (1536)

El sonido era un ronquido húmedo, seguido de un silbido seco al entrar el aire. Luego otro ronquido. Espacio. Silbido.

Gonzalo estaba sentado en un banco bajo junto a la puerta de la choza de la partera. Se quedó afuera, contando.

Cinco segundos; luego siete.

Dentro, el holkan joven de la cicatriz en lágrima yacía sobre una estera de henequén. Ix Chan estaba arrodillada a su lado, con un trapo húmedo que ya no enfriaba nada.

Todo venía del pie.

El corte con la concha en Nito había abierto el camino: sal, carne viva, remanso, humo, diarrea, fiebre.

Ix Chan salió a la puerta. Miró a Gonzalo.

—No bebe.

Había un cántaro con agua hervida junto a la estera. El hombre no tragaba. El líquido se le escapaba por la comisura de los labios.

—El olor —dijo Ix Chan.

Entró.

El aire pesaba. Se arrodilló al otro lado y puso la mano en la frente. Quemaba.

Los ojos estaban abiertos y no miraban. El techo de palma, fijo, vidrioso.

Aspiró. El pecho subió. Exhaló y el ronquido se hundió. En los labios se formó una burbuja rosada. Estalló.

Ix Chan limpió.

Gonzalo tocó el pie hinchado. La piel estaba tensa, caliente; los dedos, amoratados. De la herida salía un líquido amarillo espeso.

Afuera, un niño pasó corriendo. Gritó una palabra suelta y desapareció.

El holkan intentó otra vez. El silbido fue más fino. Después nada.

Cinco.

Diez.

El pecho se elevó con un esfuerzo visible, como si tiraran de él desde adentro. Exhaló. Un ronquido breve. Seco.

Y no hubo más.

El silencio llenó la choza. Una mosca zumbó cerca del techo.

Ix Chan dejó el trapo en el suelo.

Gonzalo apoyó dos dedos en el cuello. Esperó. Nada. La piel seguía caliente, pero no latía.

Se levantó.

—Fuera.

Dos holkanes llegaron cuando Gonzalo salió. Les hizo una seña. Entraron y salieron cargando el cuerpo envuelto en la estera. La mancha oscura había pasado al tejido.

Uno de los holkanes llevaba los ojos rojos. Al tensar la soga murmuró, sin mirar a nadie:

—Me muerde.

Gonzalo le quitó la soga, apretó el nudo, se la devolvió.

—Atad.

En el claro al este del asentamiento amontonaron leña seca. Colocaron el cuerpo encima.

Un sacerdote joven llegó con un incensario. Gonzalo lo detuvo con la mano, sin hablar. Luego dijo:

—Solo fuego.

El sacerdote se quedó un instante y se fue.

Prendieron desde abajo. Primero tomó el borde de la estera. Luego el tejido entero. El humo salió negro, espeso, pegándose a la garganta.

Gonzalo se quedó.

El cráneo reventó con un crujido seco. Uno apartó la mirada.

Cuando el fuego tomó el centro, Gonzalo dio media vuelta.

En la casa del consejo el batab y dos ancianos estaban esperando.

—U táanil ma' —dijo el anciano del linaje Chel.

Gonzalo asintió.

—Yaan uts —dijo.

El batab lo miró un momento.

—Ka' ch'a' u bej'.

La frase dejó al muerto atrás. Quedaba el turno.

—In bin.

Salió.

El olor a humo flotaba en el asentamiento, mezclado con tierra seca.

Al pasar por la choza de la partera vio a Ix Chan lavando la estera en un barreño. Frotaba la mancha con ceniza y agua. No salía. Quedaba una sombra, el cuerpo en negativo.

Ix Chan alzó la vista.

—Ma’.

Gonzalo miró la sombra. Asintió y siguió.

En la muralla este tomó el puesto del joven.

Puso una mano en la madera caliente. Cerró el puño. Se le clavaron astillas en la palma. No las sacó.

Respiró.

El humo le raspó atrás de la garganta.

Se quedó allí.

Parte 11: Le Kib’nal Junajpu

Capítulo 32: “Las Raíces de la Ceiba” (1542)

La ceiba estaba más ancha. Su sombra fría cubría las piedras de contar. Sobre una estera de henequén, el batab de los cupules —ahora un hombre cuyo cuello se hundía en los hombros— dispuso tres montones: mazorcas de maíz pintonas, cinco cuchillos de pedernal gastados, un rollo de cordel de ixtle.

Gonzalo llevaba cuatro años bajo tierra, cerca de Tichac, en un suelo salado donde las raíces bebían lento. Su nombre, en cambio, seguía sentado en el círculo: Ixmo, con catorce años, espalda recta, huipil grueso para cubrir la espiral que ya no se nombraba en voz alta.

El batab dejó los montones sin tocar. Miró manos. Un anciano del linaje Chel, dos holkanes veteranos con cicatrices en los dedos, Ix Chan a la izquierda de su

hija. Sus propias manos, nudosas, tomaron una mazorca. La desgranó sobre la estera con un sonido seco, de dientes apretados.

—U táanil —dijo el batab—. Ma' tu'ux u k'áaba'. Yaan u p'íit. Su servicio. Su nombre ya no está aquí. Queda una parte.

El anciano Chel extendió una mano y tomó un puñado de granos. Los contó pasándolos a la otra palma. Uno. Dos. Tres. Se detuvo en el quince.

—Le p'íit... u yóolal u ch'a'ik —murmuró. La parte... por lo que se tomó.

El círculo ya lo sabía antes de sentarse: los Cochuah del sur venían cobrando desde la retirada del 35. Tierras quemadas por orden del consejo, cenizas útiles en su momento; el saldo quedó.

Ix Chan sostuvo la mirada en la corteza de la ceiba, donde una hilera de hormigas cargaba fragmentos de hoja seca.

—Bix u p'íit? —preguntó uno de los holkanes, la voz áspera de tabaco silvestre.

El batab señaló, sin tocar, el montón de cuchillos. Luego señaló a Ixmo.

—U múul' —dijo—. U ch'úup. El pago. La muchacha.

Ixmo respiró. El huipil le subió apenas sobre los hombros. Había crecido viendo pagos: maíz que cambiaba de dueño, sogas que apretaban decisiones, cuerpos que servían de garantía.

El anciano Chel dejó caer los granos. Sacó de entre sus ropas un objeto pequeño, envuelto en una tela gris. Lo desplegó sobre la estera.

Era el abadí.

La moneda estaba opaca, la plata comida por sudor y tierra. Los glifos tallados en los bordes eran surcos sucios. La espiral central parecía un ojo ciego. Había perdido el brillo y conservaba el peso.

—Le táanil u k'áaba' —dijo el anciano—. Ka' ch'a'ik. El servicio de su nombre. Que se tome.

Lo dejaron sobre la estera, entre los granos sueltos y los cuchillos gastados. El mismo metal que había colgado del cuello de Ix Chan entraba ahora en otra mano.

Ix Chan se inclinó por primera vez. Tomó la moneda. La plata estaba fría. La cerró en el puño y la guardó en el pliegue del cinturón.

—U ch'úup —repitió el batab, mirando a Ixmo—. Tu'ux? La muchacha. ¿A dónde?

Ixmo alzó la vista. Sus ojos, oscuros y planos como los de su madre, encontraron los del batab.

—Na'ach bej —dijo, la voz clara. Camino lejos.

El sendero hacia el sur, hacia el asentamiento Cochuah. Camino viejo, de cargadores de sal y de pasos medidos.

—U k'i' —añadió el batab—. Veinte lunas. Su tiempo. Veinte lunas.

Trabajo contado en cargas, agua, vigilancia de almacenes. Ixmo quedaría sentada del lado Cochuah hasta que el número cerrara.

Ix Chan asintió una sola vez. En el círculo siguió el ruido de los granos cayendo, el roce de los dedos sobre el pedernal.

Un perro flaco, costillas marcadas bajo el pelaje sucio, se arrastró hasta el borde de la estera. Olfateó el maíz. Uno de los holkanes lo apartó con el pie, como se aparta una piedra del lugar de contar. El animal resopló, retrocedió y se sentó a unos pasos, con la lengua colgando y los ojos amarillos clavados en el saco.

El batab tomó un trozo de carbón y trazó en una piedra plana: una línea para el camino, un círculo

para el asentamiento, un poste para la choza de vigilancia. Lo dejó a la vista.

—U ch'i' —dijo—. La entrada.

Ixmo estudió el dibujo. Asintió.

La negociación se cerró con manos ocupadas: cuchillos recogidos, cordel repartido, el maíz al saco. El anciano Chel se guardó dos hojas de pedernal; los holkanes tomaron el rollo de ixtle; el batab dejó el resto bajo su rodilla hasta levantarse.

Ix Chan se puso de pie. Ixmo la siguió. Al pasar junto al perro, un grano de maíz se le despegó de la falda y cayó. El animal lo tragó de un golpe de cabeza y se alejó trotando, cola baja.

En la choza, Ix Chan sacó el abadí y lo puso sobre el metate, que ya había pasado de moler a partir raíces secas. Tomó un cuchillo pequeño y raspó la plata hasta dejar una raya corta atravesando la espiral.

—U xook —dijo, sin alzar la voz—. Jach juntúul u k'i' tu'ux. Jun p'ée'l u lúuna. La cuenta. Una sola persona allá. Una luna.

Ixmo asintió y armó el fardo: dos huipiles, una manta delgada, un pedernal chico, un cántaro de barro. El colgante de cuarzo quedó bajo el piso de tierra. Al atardecer la acompañaron hasta el cruce del camino

viejo. Ix Chan le untó achiote en las muñecas: una capa delgada, roja, que olía a semilla machacada.

—Ma' a p'áat —le dijo, apretándole los antebrazos—. U ch'i' u yóolal u wilik. No te quedes. Mira la entrada.

Ixmo cargó el fardo y echó a andar sin volver la cabeza. El camino tenía polvo blanco de cal en los bordes, y cada paso le levantaba una nube corta que se pegaba al sudor.

Ix Chan regresó a la choza. Se sentó frente al metate y apretó el abadí rayado contra la palma hasta que el borde le dejó surcos rojos. Afuera el viento raspó el camino y metió polvo de cal por la puerta: se le acomodó bajo las uñas, se mezcló con grasa y con el achiote, y secó en una costra áspera y blanquecina, como si hubiera estado cavando en un muro viejo.

Se quedó mirando esa costra sin frotarla. El silencio de la choza se cerró por completo. Solo quedaba el zumbido de una mosca golpeándose contra el dintel, una y otra vez, con un ruido sordo y persistente.

Capítulo 33: “Balam: El Hijo Dividido” (1545)

El cenote olía a piedra mojada y a orina de murciélago. Balam, con diecisiete años, bajó los peldaños tallados en la roca; la humedad le atravesó las sandalias y le subió por los tobillos como un frío lento. Abajo, donde el agua verde se alzaba quieta, tres hombres lo esperaban de pie: uno del linaje sacerdotal, manos teñidas de azul; un holkan veterano, una cicatriz partiéndole el labio; un hombre de Mérida con camisa de lino ya mugrienta y pantalón corto, español con acento de Tabasco.

Los tres lo miraron sin saludo.

El sacerdote señaló el agua.

—U láak’ —dijo—. Tu’ux ka’ana’an? El otro. ¿Dónde debe estar?

Balam no respondió. Sabía a quién apuntaban. Canek estaba ese día en la milpa norte, revisando trampas para conejos. La separación llevaba dos años: el consejo les midió la utilidad y les asignó borde y almacén, frontera y agua.

El hombre de Mérida tosió, un sonido grueso.
Escupió al cenote. La saliva se quedó un instante en
la superficie antes de hundirse.

—Él quiere la sal —dijo en español, y torció el maya
en la boca—. Tak'in... u tak'in.

Hablaba de bultos y cargas: sal de costa por noticia
de pasos españoles al norte. Canek manejaba a los
cargadores. Balam, el agua y los depósitos.

El holkan veterano cruzó los brazos. La cicatriz se
tensó.

—U ch'i' —dijo—. Ma' a p'áat a láak'. U bej' ch'a'ab.
La entrada. No dejes al otro. El camino está tomado.

Balam miró el agua verde. El reflejo le devolvió una
cara estirada por la sombra: ojos oscuros de su
madre, mandíbula ancha de un padre que apenas
recordaba por manos y por hambre. Aspiró. El aire
olía a guano y a piedra húmeda.

—Bix? —preguntó.

El sacerdote sacó un cuenco pequeño de barro.
Adentro había una pasta gris: ceniza, cal, miel agria.
Hundió el índice y le dibujó una línea en la frente, de
sien a sien. La marca quedaba para otros ojos.

—U ch'úup —dijo—. Ka' ch'a'ik u k'i'ixil. La
muchacha. Que cargue su precio.

El hombre de Mérida extendió una bolsa de lona. Balam la tomó. Adentro chocaron cinco monedas de cobre español, oxidadas, y un papel doblado. El papel tenía humedad vieja, letras corridas, un sello borroso. Instrucciones para un encuentro junto al río San Pedro, en tierra de encomenderos.

—U p'ít —dijo el hombre—. Ka' p'áat. Su parte. Que se cumpla.

Balam guardó la bolsa en el morral. La pasta de la frente empezó a tirarle de la piel al secarse.

Subieron en silencio. Arriba, el sol de mediodía le blanqueó los ojos. El holkan se detuvo junto a un ramón y bajó la voz.

—A wóol ma' tu'ux u bin —le dijo—. A k'ab'a' yaan tu'ux u k'áax. Tu voluntad no irá donde quiera. Tu nombre tiene dónde atarse.

Balam sintió la bolsa contra la cadera. Del otro lado del asentamiento, Canek seguía entre cargadores, sal y senderos abiertos a golpes. Aquí estaban el agua, los depósitos, la marca secándose en la frente.

Al regresar al asentamiento, Balam pasó por el almacén de sal. Un niño, tal vez de doce años, forcejeaba con un costal demasiado pesado. La tela cedió. La sal se derramó en el suelo de tierra, un charco blanco y granular.

El guardia del almacén —viejo, un ojo velado— se acercó sin prisa. Miró el charco, miró al niño. Se agachó, tomó un puñado del suelo y se lo metió en la boca apretándole la mandíbula.

—Ch'a' —ordenó.

El niño tragó a golpes, tosiendo. La saliva se le volvió espesa en seguida; le ardió la garganta y le subió sed por los ojos. El guardia se limpió los dedos en su propia pierna y volvió a la sombra del almacén sin decir nada más.

Balam siguió.

En su choza, vacía desde que Ixmo se fue al sur, encontró a Ix Chan sentada en el suelo, tejiendo una red de pesca. Las agujas de hueso subían y bajaban con un ritmo parejo, como quien cuenta sin mirar.

Ella alzó la vista. Sus ojos se posaron en la línea gris de la frente. No preguntó. La red siguió creciendo.

Balam sacó la bolsa. Dejó caer las monedas sobre la estera. Sonaron opacas. Desdobló el papel. Las letras españolas costaban, pero alcanzaban: lugar, fecha, cantidad de sal.

—Ka' bin —dijo Ix Chan, sin mirar el papel.

—In láak'... —empezó Balam.

—Ma' —cortó ella, seco, como un nudo apretado—. U bej' ch'a'ab. No. El camino está tomado.

Balam dobló el papel y lo guardó.

Esa noche preparó su equipo: un machete español con la empuñadura gastada, una cantimplora de cuero, un pedernal. Afuera se oían risas, voces jóvenes de holkanes en entrenamiento. Entre ellas, la de Canek, suelta, lejos. Balam se quedó dentro.

Al amanecer partió hacia el norte. La marca de ceniza y cal se había cuarteado en placas finas. Al borde de la milpa vio una espalda alejarse, ancha, un paso familiar y rápido, yéndose en dirección opuesta. No gritó. No levantó la mano. Apretó el mango del machete y siguió.

En el primer descanso, junto a un arroyo seco, sacó la cantimplora. El agua sabía a cuero viejo y a óxido. Un hilo le escurrió por el mentón y cayó sobre el papel dentro de la bolsa. La tinta empezó a correrse; letras y números se abrieron en manchas azuladas y difusas.

Balam miró el papel un momento. Lo dobló de nuevo y lo guardó. La humedad había comido la lectura; el encargo seguía entero.

Siguió caminando. El residuo de la pasta, mezclado con sudor, le goteó por la sien y le entró al borde del

ojo. Escocía. Se limpió con el dorso de la mano y se dejó una franja gris, áspera, pegada a la piel. El ardor no aflojaba; se quedaba ahí, fino y constante, como si la cal quisiera morder más hondo.

Capítulo 34: “Canek: El Guerrero Jaguar” (1550)

En el mercado de Bacalar, el nombre de Canek salió entre chiles secos y medidas de sal. Un vendedor lo usó para cerrar un trato: “Canek lo trae en dos lunas, maíz por sal”. Un cargador adolescente, frotándose los hombros marcados por el mecapal, lo dejó caer como contraseña para pasar un bulto de cera sin preguntas. Dos niños lo gritaron al embestir un montón de hojas secas, guerra de barro y uñas. Canek oyó esas repeticiones sin mover la cara, con el zumbido del nombre pegado a la oreja como un insecto.

A los veintidós años el cuerpo se le había ensanchado. Hombros curtidos por cargar fardos desde los doce, espalda cerrada, manos de dedos duros. Una cicatriz nueva —surco rosado y limpio— le cruzaba el antebrazo izquierdo; vino de un machete mal negociado en un trueque junto al río Hondo. Alguien le decía “la sonrisa del español” cuando la veía, aunque aquel español había sido mestizo y borracho y el filo, tosco, venía con herrumbre en el lomo.

Esa mañana el consejo de Bacalar se reunió bajo un enramado de palma a medio techar. El aire olía a

pescado ahumado y a cal. Cuatro hombres de linajes metidos en el comercio costero ocupaban bancos bajos. Canek se paró frente a ellos, manos quietas a los costados, esperando que le dieran el peso exacto.

Uno —piel brillante de ungüento de cacao— señaló un rollo de tela extendido en el suelo. Tenía rutas marcadas con carbón: Bacalar, el río, la costa, puntos como heridas pequeñas.

—U ch'í'ibal —dijo—. Tu'ux ka'ana'an? El asunto. ¿Dónde debe estar?

Canek ya había oído el rumor: un cargador desviaba sal de los fardos sellados. Abría por abajo, cambiaba por arena fina, cosía de nuevo. El peso cuadraba. El sabor delataba.

—Na'ach bej —dijo Canek. Camino lejos.

El camino viejo. Selva cerrada. Bordes donde el puesto de vigilancia no alcanzaba.

Los hombres se miraron. El del ungüento soltó de su cinturón un saco de red y lo vació sobre la tela. Cayeron tres dientes humanos, amarillentos, raíces oscuras. Prueba de un castigo anterior: contabilidad hecha en boca.

Otro, barba rala y ojos fatigados, habló sin levantar el mentón.

—U táanil. Ka' ch'a'ik u k'i'ixil. Su servicio. Que cargue su costo.

Canek asintió. En Bacalar esas frases pedían corte limpio, marca útil, un costo que no encendiera una vendetta de linaje.

La disciplina vino después, fuera del asentamiento, en un claro. Un holkan veterano —de los que habían conocido a su padre— lo hizo acostarse en la tierra y le puso una piedra plana sobre el pecho.

—U péek' —dijo—.

Muralla y peso. Canek llenó los pulmones y sostuvo el aire con la piedra fría apretándole el esternón. El veterano contó en voz baja, con la calma de quien cuenta maíz. Al veinte, Canek soltó el aire. La piedra se movió apenas.

El veterano le apoyó dos dedos en el cuello, sintiendo el golpe de la sangre.

—Ma' u ch'a'ik a wóol. Que no te tomen la voluntad.

Canek mantuvo los ojos abiertos. La piedra seguía en su pecho. El pulso le golpeaba contra los dedos del viejo.

Al atardecer Canek tomó a dos holkanes jóvenes y se metió por el camino viejo. No llevaban armas vistosas. Llevaban cuerda de henequén, un cuchillo

de pedernal bien asentado, y un frasco chico con miel mezclada con polvo de chile habanero.

Encontraron al cargador en un recodo, sentado junto a un fardo demasiado pequeño para su espalda. Era delgado, unos treinta años, ojos saltones, manos temblorosas. Se encogió al verlos.

Canek señaló el fardo. Uno de los holkanes lo abrió con el pedernal. Adentro la sal era gris, suelta, mezclada con granos apagados de arena.

El hombre empezó a balbucear humedad, robos anteriores, juramentos. Canek lo dejó gastar aire. Luego hizo una seña corta.

Los holkanes lo sujetaron. Canek destapó el frasco y, con el índice, untó la mezcla sobre los labios del cargador. La miel se pegó de inmediato; el chile mordió en cuanto tragó saliva. El hombre tardaría días en comer, beber o hablar sin dolor.

El hombre tosió y se le llenaron los ojos de agua. El polvo rojo quedó atrapado en la película pegajosa. Uno de los holkanes dejó cerca un trapo limpio y un cántaro. Los objetos quedaron ahí, a una distancia que obligaba a moverse.

Canek tomó una cuerda de henequén y anudó una rama baja junto al camino. Diez pasos más adelante

dejó otro nudo. Señales para quien supiera leer fibra y distancia: esta ruta acababa de cobrar.

Mientras se alejaban, un pájaro carpintero empezó a picotear el primer nudo. El golpe sonaba seco, insistente. Un holkán giró la cabeza. Canek siguió sin detenerse. Cuando el pájaro encontró la hebra, tiró hasta abrirla; la cuerda quedó colgando en una maraña de fibras sueltas, como una advertencia rota por una boca sin dueño.

De vuelta en Bacalar el nombre ya se usaba distinto. Un anciano que repartía pozole lo miró pasar y dijo: “Ahí va el que ajusta cuentas”. Un niño con leña en brazos lo señaló y habló al oído de su compañero. Canek registró esas bocas sin devolverles ojos. En el pueblo, su nombre pasaba de fardo en fardo, de deuda en deuda, de aviso en aviso.

Esa noche, en la choza cerca del muelle, se lavó las manos. La miel con chile le había dejado una película pegajosa entre índice y pulgar. El agua resbaló. La ceniza raspó la piel. El tacto siguió grasoso: borde del cántaro, tela de hamaca, piel propia.

Se acostó con las manos sobre el pecho, sintiendo el calor que subía de los dedos. El olor dulce y punzante del chile se mezcló con humo viejo y tierra húmeda. Afuera alguien pasó cantando una copla en

español mezclado con maya, voz ronca, alegre,
borracha, pegando sílabas como monedas.

Canek cerró los ojos.

La cuerda deshecha por el pájaro había quedado en
el suelo, en un rincón, fibra suelta sin función. En sus
dedos, la película persistía. Entre piel y mundo
quedaba ese residuo mínimo, una capa difícil de
explicar y fácil de reconocer al tocar.

Capítulo 35: “Ixmo: La Mano del Templo” (1560)

La puerta del templo era de zapote, pesada, con goznes de hierro oxidado que gemían al abrir como un animal viejo. Ixmo, con veintinueve años, empujó con el hombro. El aire interior le cayó encima: cal recién mezclada, copal cansado, grasa de lámparas de sebo ardiendo día y noche en nichos altos. La luz entraba solo por claraboyas angostas y cortaba el polvo en columnas rectas.

Un asistente del sacerdote, joven, cráneo afeitado, túnica blanca manchada de amarillo, la esperaba junto a un banco de piedra. Sobre el banco, alineados con precisión, había un cuenco de barro con agua turbia, un lienzo de algodón crudo, una espátula de hueso y un tintero de cuerno con tinta negra espesa.

—Tu’ux ka’ana’an —dijo sin buscarle los ojos, voz plana de instrucción repetida. Dónde debes estar.

Ixmo se paró donde la claraboya dejaba el banco al descubierto. Dejó el manto en un escabel. Bajo el huipil la espiral entre los omóplatos levantaba apenas la tela: sombra y relieve, una textura que el cuerpo no podía ocultar del todo cuando respiraba.

El asistente hundió la espátula en el tintero y extendió tinta sobre el lienzo. Olía a hollín y a orina fermentada. Señaló el cuenco.

Ixmo mojó las manos. El agua estaba fría y tenía partículas en suspensión que le rasparon la piel. Se secó con el borde del huipil. El asistente le tomó la mano derecha, la volteó palma arriba, y la presionó contra el lienzo embadurnado. La presión fue firme, profesional, como un sello.

Contó en voz baja. Al cinco soltó la muñeca.

—Ch'a' —ordenó.

Ixmo lavó la tinta. El agua se volvió gris. El negro se resistió en los surcos de la palma y en las yemas; quedó una sombra azulada atrapada en la piel, pegada donde la mano más trabaja.

El asistente miró la impresión: callos, líneas, cortes viejos. Asintió y enrolló el lienzo sin ceremonia.

—Ka' bin —dijo—. U k'áaba' tu'ux u ch'a'ab. Ve. Su nombre queda donde se toma.

La llevó a la sala del archivo. Era más grande, con estantes de madera carcomida que llegaban al techo. Había rollos de lienzo, tablillas de cedro, y algunos pliegos de papel español manoseado, robado o

comprado. El aire olía a polvo, a madera podrida, a tinta vieja.

Ahí esperaba el encargado del archivo, un hombre de edad difícil, ojos velados por cataratas incipientes, dedos permanentemente manchados de negro. Nah Balam, le decían también El Contador.

Sin saludo, le extendió una tablilla de cedro. En ella había nombres tallados con punzón fino y, al lado, marcas de cuenta: líneas, puntos, círculos cerrados.

—U xook —dijo, voz áspera—. Ch'a' a wilik. La cuenta. Toma y mira.

Ixmo recorrió los nombres con la vista. Reconoció algunos: mujeres del sur, dos parteras ya enterradas, una tejedora de Chichén. Las marcas al lado iban con cargas, sal, maíz, días debidos.

El Contador señaló el final de la tablilla, un espacio aún sin tallar.

—A k'áaba' —dijo—. Yaan u p'ít. Tu nombre. Tiene una parte.

La deuda era reciente y tenía forma de trabajo. Tres lunas atrás Ixmo había metido el cuerpo donde no la llamaron: una niña de linaje menor iba a entrar al servicio de limpieza y era la única mano de una abuela ciega. Ixmo tomó su lugar por un tiempo. El

templo aceptó sin discutir; la cuenta se movió de nombre.

El Contador buscó un nombre más arriba.

—U ch'i' —dijo—. Ka' p'áat u láak'. La entrada. Que quede lo otro.

Ix Chable. Cupules del norte. La tablilla decía que había cobrado una cura y había guardado la palabra. El hijo dejó de toser sangre; el manantial siguió oculto.

El Contador le puso en la mano un trozo de carbón envuelto en hoja de maíz. Pesaba poco. Ensuciaba.

—U t'aan —dijo. Su palabra.

Ixmo guardó el carbón. El encargo bajó a la bolsa con él: ubicación limpia, sin gritos, sin sangre en la entrada del templo.

Al salir del archivo cruzó el patio donde se manejaban cosas que olían a comida y a peso. Un aprendiz, quince o menos, trasvasaba agua de un cántaro grande a uno chico. Le temblaban las manos. El agua se le derramó y abrió un charco oscuro en la tierra apisonada.

El Contador, sin levantar la voz, señaló el charco.

El muchacho se arrodilló y empezó a sorber del suelo. Lamido a lamido. Barro en la boca. Agua con tierra. Nadie se rió. El Contador giró y volvió al archivo con la misma calma con que se guarda una tablilla.

Ixmo cruzó el patio hacia la luz del día. Entrecerró los ojos. La sombra azul de la palma parecía más oscura bajo el sol.

Camino al barrio norte, el mercado le tiró olores a la cara: pescado salado, sudor, humo. Un vendedor la llamó por el nombre del padre, un nombre que ya se usaba menos y más bajo. Ixmo siguió sin responder.

La choza de Ix Chable quedaba al borde de un terreno pedregoso, cerca de donde empezaban pastizales para el ganado español. Una cabra flaca, atada a un poste, masticaba una hierba seca con la paciencia de quien no tiene otra cosa.

Ixmo tocó la cortina. Ix Chable salió. Cuarenta y tantos, cara marcada por fatiga, ojos desconfiados. Reconoció a Ixmo y le endureció la boca.

—Talán —dijo Ixmo.

—Ma' —respondió la otra, cruzándose de brazos.

Ixmo se sentó en una piedra plana junto al camino, a un costado de la puerta. Sacó el carbón. Con la punta

dibujó en la tierra marcas de cuenta: una línea, dos, tres, un círculo cerrado; luego borró con el dedo y volvió a trazar. El carbón dejaba polvo negro en la uña. Esperó con el cuerpo quieto.

Pasaron minutos. La cabra baló, ronca. Ix Chable siguió en la puerta. Al final habló sin acercarse.

—U yáax k'áax —murmuró—. Tu'ux ka'ana'an u ch'e'en. El primer monte. Dónde debe estar el pozo.

Ixmo alzó la vista.

Ix Chable señaló al noreste. Una loma de piedra caliza se levantaba entre árboles bajos.

—Yan u ch'ojo' —dijo—. U láak' ma' tak. Tiene musgo. El otro no sirve.

Ix Chable habló con frases cortas, cerradas. Entregaba algo que ya debía.

Ixmo asintió. Dejó el carbón sobre la piedra. Ix Chable lo miró y no lo tocó.

En el templo, El Contador escuchó la ubicación y la pasó a una tablilla nueva con glifos precisos. Luego buscó el nombre de Ix Chable en la principal y cerró una marca: círculo completo, sin ornamento.

—Ts'o'ok —dijo. Terminado.

Ixmo extendió la mano, palma arriba, por reflejo de trámite. El Contador miró la sombra azul en los surcos, miró su cara, y volvió a la tablilla.

—U p'ít yan. Queda su parte.

Ixmo bajó la mano.

Ixmo salió. En el patio el charco ya era tierra oscura. Quedaban huellas de dedos marcadas en barro seco, como un negativo torpe.

En su choza, al anochecer, miró la mano derecha bajo la luz de una lámpara de aceite. La tinta en la palma se había mezclado con sudor y polvo del camino. Al frotarla no cedía.

Tomó un cuchillo pequeño y raspó la piel con cuidado. Cayó un serrín fino, oscuro, sobre la estera: pellejo muerto y tinta seca. La mancha seguía en el fondo de los surcos, obstinada.

Se acostó con la mano levantada, separada del cuerpo, para no manchar tela. En la oscuridad subió de la palma un olor acre de tinta vieja y sudor. Quedaba en la piel una capa más delgada que la epidermis y más difícil de arrancar.

Epílogo: Ítem 227-B

La caja de archivo medía cuarenta por sesenta centímetros. Cartón corrugado, beige desvaído, una etiqueta adhesiva blanca en el lateral. El rotulador negro se había abierto con humedad vieja: Fondo Reservado — Donación Códices y Documentos — Ítem 227-B.

La mesa era de acero inoxidable. Una lámpara de luz fría clavaba un rectángulo blanco sobre el metal. La Dra. Teresa Zúñiga Albornoz acomodó a un lado los guantes de nitrilo azul pálido, la espátula de teflón, el pincel de cerda suave. Al costado, una portátil abierta mostraba una ficha digital: medidas, material, estado, observaciones. Las listas desplegadas esperaban cerradas.

Zúñiga se calzó los guantes. El nitrilo crujió al ajustarse. Abrió la caja.

Sobre espuma neutra había un envoltorio de papel de seda acidificado, amarillento y quebradizo en los pliegues. Lo abrió con movimientos cortos, sin apuro. El objeto salió en silencio.

Era un fragmento de lienzo de algodón crudo, irregular, de unos veinte centímetros de lado. La tela estaba rígida, impregnada de una sustancia oscura y quebradiza que la dejaba como cartón. En el centro

quedaba una impronta palmar descolorida; los surcos se insinuaban en un marrón apenas más oscuro. Alrededor, círculos de humedad, oxidación antigua. En un borde, restos de adhesivo: goma marrón cristalizada, como si hubiera pegado el lienzo a otra cosa.

Zúñiga tomó una lupa con luz integrada. La huella ofrecía líneas gastadas, cortes viejos, callos borrados por el tiempo. El borde la detuvo. Bajo la lupa el adhesivo tenía textura granulada, con inclusiones terrosas atrapadas. Cerca de la impronta sobrevivían trazos tenues de pigmento azulado, casi borrados, residuo metido en la fibra.

Buscó 227-B en la base. La entrada era una frase y una compra:

Procedencia: Mercado de antigüedades, Mérida, 1987. Vendedor anónimo. Descripción: "Fragmento textil con impronta, posiblemente ritual, cultura maya colonial". Fondo Reservado. Estudio pendiente.

El archivo lo había sostenido décadas a fuerza de etiqueta y quietud.

Con la espátula tomó una muestra mínima del adhesivo y la dejó en un porta-muestras. Rotuló. Con el pincel levantó polvo del lienzo. Era gris y fino,

mezcla del propio cartón desintegrado y del depósito.

Un correo del departamento de adquisiciones entró con asunto en mayúsculas: URGENTE — Espacio en Depósito 4. Zúñiga lo dejó cerrado. Midió la impronta: 12,3 cm de palma. Tecleó el número. En observaciones escribió sin adjetivos: Impronta palmar sobre textil impregnado. Adhesivo residual con inclusiones. Pigmento azul residual (posible índigo). El cursor parpadeó pidiendo otro campo.

Pablo cruzó la puerta con una bandeja. Sellos de jade en bolsitas plásticas, cada una con su etiqueta.

—¿El famoso fragmento? —tiró al pasar.

—Puede ser —dijo Zúñiga, sin alzar la vista.

—El director quiere piezas para vitrinas. La ficha antes del viernes.

Pablo siguió con la bandeja. El laboratorio quedó con el zumbido bajo del aire acondicionado y el golpe seco del teclado.

Zúñiga tomó una foto con la cámara del laboratorio. El flash sacó un detalle en el borde inferior: marcas lineales, muy tenues, como rasguños hechos con algo puntiagudo sobre tela seca. Amplió la imagen en la

pantalla. Las líneas no armaban lectura; quedaban como daño o intento.

Escribió: Marcas lineales en borde inferior. Ilegibles.

El material cedía en los bordes. Cualquier prueba podía llevarse una parte. Zúñiga lo envolvió con papel de seda nuevo, lo acomodó sobre espuma fresca dentro de la misma caja. En la tapa exterior pegó una etiqueta con código de barras y una línea de inventario: Frag. textil 227-B — Impronta palmar — s. XVI? — Estado frágil — Depósito.

Al cerrar, el borde del adhesivo rozó el guante. Una partícula dura quedó pegada a la yema del índice. Zúñiga la retiró: un cristal diminuto de goma cristalizada, transparente, duro como sal vieja.

Dejó la caja en la mesa, lista para volver al depósito reservado. En la pantalla, el software pidió categoría. El desplegable ofrecía: Ritual, Administrativo, Doméstico, Desconocido. Zúñiga marcó Administrativo. Dejó también Desconocido.

Apagó la lámpara. La luz del laboratorio cayó a penumbra. Quedó el gris de una ventana blindada y el ruido del sistema de ventilación: zumbido constante, más vibración en el piso que sonido en el aire. Dentro del zumbido, tres pulsos y una pausa se

repitearon un instante; patrón breve metido en los ductos.

Zúñiga se quitó los guantes y los tiró al contenedor. En la yema del índice quedó un punto rojo, presión pequeña. Se frotó con el pulgar; el ardor siguió fino.

Cerró la portátil. La ficha quedó guardada. La caja esperó sobre el acero, cartón contra metal, etiqueta contra tiempo. El zumbido volvió a su línea pareja.